



CUANDO TODO  
PARECÍA ESTAR  
*en nuestra contra*

ESTEFANIA GEA

CUANDO TODO  
PARECÍA ESTAR  
*en nuestra contra*

ESTEFANIA GEA

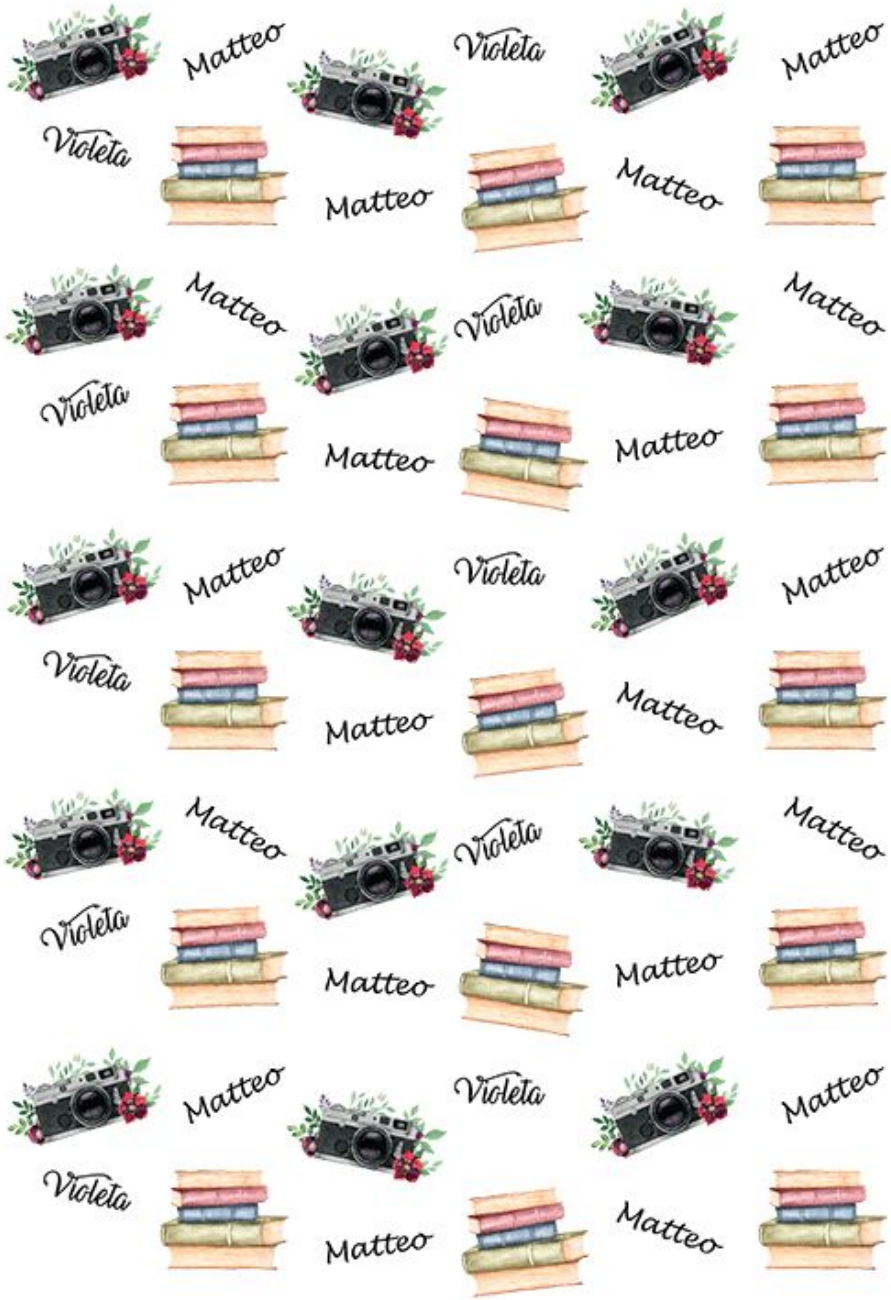
Título: *Cuando todo parecía estar en nuestra contra*  
© 2019, Estefanía Gea

De la maquetación: 2019, Romeo Ediciones  
Del diseño de la cubierta: 2019, IMAGINA DESIGN

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al motor de mi vida  
por darme fuerzas cada día.  
Te amo, HUGO.



# PRÓLOGO



Aquella relación me parecía demasiado surrealista, por más que lo intentaba, no conseguía encontrar el sentido a tanta sobreprotección. Ya era un tío hecho y derecho y con la zona más que poblada a sus treinta y siete años de edad. Tenía un trabajo más que estable, era traductor y corrector en una editorial muy importante en su ciudad, la mayoría de las veces trabajaba desde casa, era una de las ventajas de ser prácticamente su propio jefe. Patricia, su jefa, tenía plena confianza en él y apenas se metía en lo que hacía, se veían lo justo para las reuniones y acuerdos semanales y poco más, el resto del tiempo dependía de sí mismo y de los plazos de trabajo establecidos, por lo que disponía de total flexibilidad laboral. Su único objetivo: cumplir los plazos acordados y, por supuesto, una perfecta y coherente traducción y corrección. De ello dependía el prestigio de la editorial de cara a otros países y del suyo propio, cosa que solo él había conseguido en los últimos diez años. Disponía de un pequeño equipo que se encargaban de lo más simple: cuentos infantiles, libros de cocina, libros con un número de páginas inferior a las doscientas... y poca cosa más. En Mateo recaía la responsabilidad más grande, el resto: libros de más de doscientas páginas y novelas de todo tipo. La traducción se realizaba en distintos idiomas y para distintos países, como Francia, Italia e Inglaterra. Por ahora, estos eran sus principales mercados. Si la cosa seguía así de bien, tenían intención de ampliar en uno o dos países más a dos años vista. En Latinoamérica gusta mucho la novela española, por ello tenían muchas ganas de cruzar el charco y poder ampliar el negocio en aquella zona, pero era un proyecto a largo plazo.

Su sueldo era bastante alto y, a día de hoy y sin entender por qué, seguía viviendo con su madre, algo innecesario en mi opinión y más dada su independencia económica, con lo que todavía menos entendible.

Sí me consta que durante los primeros años de trabajo en la editorial se independizó a un estudio monísimo en el mismo pueblo donde siempre había vivido, a las afueras de Barcelona. Tenía una única y amplia habitación con mucha luz, unos amplios ventanales con unas magníficas vistas a la montaña, un armario que toda mujer querría para ella sola, con una cama de dos por dos y un pequeño escritorio debajo de la ventana. La cocina era tipo americana, totalmente equipada, que dejaba ver todo el salón y su amplio sofá color mostaza de cinco plazas, más *chaise longue* y un cuarto de baño con bañera de hidromasaje. La decoración era sencilla y la sensación que provocaba al entrar era de libertad. Vamos, que no podía quejarse, era un chollo para un treintañero guapo, soltero y con buena posición económica.

Este es un tema en el que tendré que indagar, aunque poco a poco para no parecer entrometida, pero sí me mosquea un poco la situación.

1.



## ¿Quién es Violeta?

Al contrario de él, soy una chica muy independiente, responsable y organizada, también la vida me ha forzado a que fuera así. No tengo ningún recuerdo mental de mis padres, solo a través de las pocas fotos que tenían mis abuelos. Murieron cuando solo tenía cuatro años y, en ese periodo corto de tiempo, mi tutela tampoco la tuvieron ellos. Los primeros doce meses se hizo cargo de mí el Estado, ya que mis padres eran consumidores habituales de droga, principalmente de heroína, entre muchas otras, y como consecuencia de esta adicción yo había nacido con esos efectos en mi sangre, por lo que necesité controles diarios para mi crecimiento y por el conocido síndrome de abstinencia. Después de aquel proceso largo y duro —según me contó mi abuela—, mi custodia pasó directamente a mis abuelos maternos, mis padres nunca fueron capaces de cambiar aquella vida tras mi nacimiento, por lo que no eran aptos para mi educación y cuidado. Mis abuelos me han criado, me han educado, me han mimado, me han consolado en malos momentos, han estado a mi lado en cada una de mis decisiones. A día de hoy, soy quien soy gracias a ellos, me han enseñado a ser la persona que soy. Sobre mis abuelos paternos, nunca supimos de ellos, se desentendieron por completo de la situación en general. Cuando se enteraron de que iban a ser abuelos de mí, tampoco les provocó ningún entusiasmo, por lo que no me he molestado en conocerlos o saber de ellos.

Soy feliz con lo que tengo.



Mis abuelos tampoco tuvieron más hijos, por lo que mi familia somos mis abuelos y yo. Sin menospreciar a mi grupo de amigos, que sin ellos todo hubiera sido más cuesta arriba, y a mi sí pero no hermana Olivia.

Mi nombre es Violeta, era el color preferido de mi madre de niña, por ello mi abuela quiso que ese fuera mi nombre a pesar de todo. Tengo treinta y cinco años, soy periodista y en mis ratos libres escribo novela romántica, aunque debería decantarme más por la fantástica, dada mi imaginación. Nunca he publicado nada, las escribo y las guardo en el ordenador porque, a día de hoy, no he sido capaz de hacer nada con ellas. Me da miedo la opinión que me puedan dar sobre ellas, por lo que las escribo para mí y mi mayor seguidora: mi abuela. Pobrecita mía, cree en mí como nadie y me anima constantemente a hablar con alguna editorial. Aunque ya lleva un tiempo que no me lo menciona. Dice que tengo un talento natural, que las historias me salen solas y que dispongo de una imaginación muy amplia, cree que puedo llegar lejos y así no tener que estar siempre en la calle buscando la noticia para el periódico local para el que trabajo. Sufre por mí la mujer, y no le quito razón, llueva, nieve, haga viento o estemos a cuarenta grados, el trabajo no perdona, pero yo lo elegí y me gusta.

Vivo puerta con puerta con ellos, son todo lo que tengo y no puedo estar lejos de ellos, no son invasivos, por lo que no están pendientes de mí todo el tiempo, entro y salgo sin que se escuche abrir la mirilla para vigilarme, ni abren la puerta de forma repentina para pillarme con alguno de mis ligues. No me gusta invertir el tiempo en una sola cosa o persona, así que sí, ligues con «s». He intentado en alguna ocasión iniciar una relación estable, pero no han sido muy comprensivos con mi profesión y mis horarios locos, por lo que ha resultado imposible que cuajara, así que hace tiempo que me rendí en ese aspecto y desde entonces no lo pienso, que pase lo que tenga que pasar, yo soy feliz y mis ligues me satisfacen, por lo que todos contentos: trabajo, casa, sexo, amigos y mis abuelos. ¿Qué más se puede pedir? Yo ahora mismo nada más.

## 2.



## Proyectos...

Esa mañana, haciendo limpieza en casa de papeles, recibos y cosas varias, encontré la primera novela que escribí, imprimí y encuaderné con mucha ilusión. La sostuve en mis manos varios minutos sin pensar en nada, solo la miraba, pero un cosquilleo en mi estómago hizo que me rondaran varias preguntas: ¿tendría razón mi abuela y valía para esto? ¿Alguna editorial estaría dispuesta a publicarme? ¿Alguien me leería? La dejé encima de la cama mientras continuaba con el resto de cosas. Ese día comí con mis abuelos y, por la tarde, fui a tomar unas cervezas al bar de siempre con Felipe y Valeria, forman parte de mi grupo de amigos, los conocí cuando realizaba las prácticas de becario en otra redacción y, desde entonces, la amistad ha continuado. No eran pareja, pero se acostaban juntos cada vez que les entraba un calentón. Hacían muy buena pareja, pero se resistían a reconocer que lo que sentían el uno por el otro era un sentimiento más profundo que solo sexo. Estaban bien así, sin responsabilidades ni ataduras, tenían miedo a dar un paso más y que todo se estropeará. Nunca se habían expresado mutuamente sus sentimientos reales, aunque se palpaba en el ambiente que esos dos se querían por encima de un polvo.

Cuando llegué a casa, sobre las ocho de la tarde, el borrador de mi novela continuaba encima de la cama, había olvidado volver a meterlo en la caja de *recuerdos*. Me aseeé, me puse cómoda, me preparé una ensalada de atún y empecé a curiosear editoriales por la zona que estuvieran dispuestas a leer mi borrador, destacué cuatro entre las mejores valoradas, anoté los *emails* y me puse a

redactarlo. Todo esto sin pensarlo demasiado, sabía que, si profundizaba mucho en esta decisión, no seguiría adelante con la publicación.

*Buenas tardes:*

*Mi nombre es Violeta, estoy buscando editoriales que estén dispuestas a leerse el borrador de mi primera novela para ver si tiene opciones de ser publicada.*

*Tengo más escritos por si fuese necesario presentarlos.*

*No sé cómo debo proceder, por lo que quedo a la espera de noticias.*

*Muchas gracias.*

*Violeta S. P.*

Y, sin pensármelo dos veces para no arrepentirme y borrarlo todo, di a la tecla «Enviar».

Imaginaba que al menos una de las cuatro editoriales contactadas se dignaría a contestar.

Esa noche dejé el ordenador encendido y cogí la lectura que tenía a medias desde hacía ya varios días, me metí en la cama y continué navegando entre sus páginas hasta que el sueño se apoderó de mi ser.

—Buenos días, abuela, traigo el desayuno.

—Vaya, cariño, ¿celebramos algo? —preguntó sorprendida.

—Sí y no, por una parte, me apetecía desayunar contigo. ¿Puedo?

—Pues claro que puedes, qué tontería es esa. ¿Y por la otra, Violeta? ¿Por fin tienes novio?

Erre que erre, siempre con el mismo temita del novio, mi abuela es muy chapada a la antigua en este tema y cree que a mi edad necesito un novio o un marido, si por ella fuera... pero cómo le dices que soy feliz con mis escarceos y mi cero preocupación por un tío. No me apetece llegar a casa y lavar calzoncillos o ver zapatillas

ennegrecidas por la habitación, recoger pelos del afeitado en la pica del baño día sí, día también, o escuchar pedos mañaneros innecesarios. Que no, que no, me niego, no me apetece. No por ahora.

—¿Otra vez, abuela, con el temita del novio?! No me apetece tener novio, estoy muy a gusto así.

—Vale, hija, lo pillo, nada de novios —dijo casi refunfuñando.

—He contactado con algunas editoriales —continué.

—¿Para trabajar? —preguntó.

—No, abuela, para intentar que lean mi primera novela y ver si tienes razón en lo que dices, que soy buena escribiendo, y consigo que la publiquen.

—¡Ay! Hija mía, qué alegría tan grande me das, ya verás cómo les encanta y, si no, es que no entienden —dijo visiblemente emocionada.

Así es ella, positiva de principio a fin, «y si no les gusta, es culpa de ellos», qué graciosa es y cuánto la quiero. A ella si la necesito, no a un novio.

—Por cierto, abuela, ¿dónde está el abuelo?

—Tu abuelo se levanta temprano y se va a estirar un poco las piernas, compra el periódico, vuelve a casa y se sienta en la taza del váter hasta que se lo termina de leer. Así que, hija, desayunemos nosotras, que estás muy delgada y tu culo necesita ese cruasán con chocolate que has traído.

No pude evitar sonreír.

Otro tema que siempre pesaba sobre mí. Mi delgadez. Mi peso es de cuarenta y siete kilos, pero es que mido metro cincuenta y cinco y mi constitución siempre ha sido esta. No me privo de nada a la hora de comer, de hecho, como más bien mal por mi trabajo, intento compensarlo con los días que no estoy en la calle buscando la noticia, pero es casi inevitable y, a pesar de saber de toda la vida de Dios (porque ella me ha criado) que mi cuerpo hoy por hoy es así, no se cansa de recordármelo, esto y que necesito un novio. ¡Bendita mi paciencia!

A las diez ya estaba en marcha dirección el centro de la ciudad, se habían oído rumores de que un famoso futbolista andaba con

nueva novia y se rumoreaba que era una actriz conocida. Habían sido vistos haciendo unas compras muy acaramelados y parecía ser que tenían reserva en uno de los restaurantes más prestigiosos de la ciudad para comer. Así que me tocaba hacer guardia para corroborar dicha información. Hoy toca no comer, o comer cualquier cosa por la zona de guardia. Qué razón tiene mi abuela cuando dice que estoy muy delgada, mi alimentación es equilibrada, pero desordenada.

Mientras espero, actualizo el correo electrónico a ver si tengo respuesta de alguna de las editoriales. «Qué nerviosa estoy». Singularu, Heve Moda, nueva reseña en el blog de Beta Julieta, Tous... pero nada de ninguna editorial. Qué razón tiene la frasecita ya tan conocida de *la espera desespera*, pero más desespera la espera de la caza del famoso.

Tres horas después, medio deshidratada y con la primera ampolla en el pie, la nueva pareja hacía su entrada en el restaurante por separado, apenas diez minutos los separaban, por lo que el rumor se confirmaba, en cinco minutos la noticia ya estaba en las redes sociales y, en apenas una hora, ya era viral. «El que no corre vuela», pensé. Con las fotos ya en mi poder, me dirigí a la redacción, era pronto, por lo que paré en el bar de abajo a comer algo.

Cuando entré pude ver a Raúl, estaba sentado solo, en la misma mesa de siempre, junto a los grandes ventanales: se nota que somos periodistas, tiene visión perfecta de todo lo que pasa en el perímetro.

—Hola, Raúl, ¿te importa que me siente contigo? No me apetece comer sola, bastantes horas llevo ya detrás de un matorral —le dije con tono de cansancio.

—Claro que sí, Violeta, y más si eres tú y ese escote que llevas...  
—sentenció sin más.

Nos habíamos acostado en alguna ocasión, pero poca cosa, no era muy activo en la cama que digamos, por lo que lo tenía para un apuro, pobre. Era buen niño, pero a nivel sentimental no pasaba de escarceo.

—¿Has conseguido las fotos del romance del mes?

—Sí, tío, tres horas haciendo guardia. El soplo de la reserva en el restaurante era cierto y han entrado con apenas diez minutos de diferencia, un trabajo rápido y efectivo. Retocaré las fotos y se las mandaré al jefe —concluí mientras le daba un sorbo a la Coca-Cola Zero y sin cafeína.

—Buen trabajo, entonces —dijo él.

—Eso parece, gracias, Raúl.

—Oye —dijo mientras metía las cosas en el bolso.

—Dime, cielo.

—¿Nos vamos a ver esta noche? —preguntó.

—¿Esta noche? —pregunté algo confusa.

—Es miércoles, Violeta.

—Ostia, Raúl, lo siento, no recordaba qué día era y esta noche he hecho planes con Oly. Lo siento mucho, de verdad. ¿Lo dejamos para la semana que viene, te parece?

Claro que le parecía, no le estaba dando más opciones, no le estaba diciendo nos vemos mañana, o pasado, no, le estaba diciendo que ya si eso el miércoles que viene...

—Sí, tranquila, la semana que viene.

—Gracias, Raúl, y lo siento de nuevo, mi mala cabeza... —concluí mientras salía del bar.

Los miércoles eran nuestro día, por así decirlo. Era el día que habíamos reservado para pasar la noche juntos (más bien un rato) y desfogarnos un poco, de la semana, del día, de las penas... pero he de reconocer que ya hacía varios miércoles que olvidaba en qué día estaba... y no era del todo aposta, ¿o sí? El tema estaba en que había otro que me daba lo mío para toda la semana, por lo que, pobre Raúl, pero lo tenía de camino al olvido.

Esa tarde había poco movimiento en la redacción, por lo que retoqué las fotos, se las mandé al jefe y actualicé el *email*, esperando encontrar buenas noticias sobre las editoriales, antes de volver a casa. Y así fue.

Habían contestado las cuatro editoriales y todas ellas pedían lo mismo. Que enviara entre veinte y treinta páginas de la novela para

poder valorar si les interesaba la historia. No estaba yo muy segura de enviárselas a las cuatro a la vez, por lo que elegí dos de ellas al azar. Las que firmaban con el nombre de Patricia y Roberto. Eran los nombres que más habían llamado mi atención, no me basé en nada más, el *pito, pito, gorgorito* también me había rondado, pero no llegó a ser necesario recurrir a tanto.

Les envié veinticinco páginas, ni para ellos ni para mí, ni veinte ni treinta: veinticinco serían suficientes para tomar una decisión. Enviar. Y de nuevo la famosa espera que joder que si desespera.

Pensé en picar a mis abuelos para darles las buenas noches, pero vi por la mirilla que Raúl estaba sentado en mi puerta a pesar de haberle mentido sobre mis planes. Sí que le había puesto cachondo mi escote. No era lo que esperaba, pero sí concluiría bien el día. «Un poco de sexo para deshacerme de las tensiones del día y a dormir», pensé antes de abrir la puerta.

—Raúl, ¿qué haces aquí?

—Esperarte, me apetecía verte.

—Pero ya te había dicho que esta noche tenía planes.

—Lo sé, por eso había pensado en esperar un tiempo prudencial y, si no aparecías, me hubiera ido a casa.

Eran las diez cuando me había dado cuenta de su presencia, a pesar desde qué hora llevaría esperando.

—Anda, pasa, el plan se anuló, Oly tenía que trabajar hasta tarde.

Raúl nunca se quedaba a dormir después de rematar la faena, cogía sus cosas y se iba, qué bien me venía eso, no me gusta compartir mi cama y menos cuando solo es sexo, de hecho, nos lo montamos en la habitación de invitados. Como con casi todos. A excepción de Adrián.

Esa mañana no podía despegar los ojos, estaba perezosa y di vueltas en la cama durante un buen rato mientras iba esquivando el rayo de sol que se filtraba entre las cortinas. Hoy era mi día libre y hasta las doce no había quedado con Olivia para ir de compras y ponernos al día.

Olivia es mi mejor amiga, nos conocemos desde el colegio, es mi alma gemela, la hermana que nunca tuve, pero sí que tengo. Ella es paciente, tranquila, serena, romántica, valiente... podría terminar la historia solo con halagos hacia ella, pero es todo mentira, es puro nervio, inquieta, decidida... es la solución a tus problemas, en este caso a los míos, es innovadora y muy creativa, tiene mucho carácter, pero a la vez es cariñosa como nadie. Ha estado de viaje por trabajo en París, por lo que hemos hablado muy poco estas dos últimas semanas. Con ella no tengo competencia sobre los hombres, ya que a ella le gustan las morenas, altas y con curvas de infarto, cosa que a mí me falta. A ver, que tengo mi buena delantera y un buen trasero, pero ya está, nada más donde cogerse, ni un pellizquillo de grasa. Es diseñadora y está intentando abrirse camino en el mundo de la moda. Estoy convencida de que llegará muy lejos.

Después de recorreremos toda Plaza Cataluña y Puerta de Ángel, decidimos parar a comer, solo nos habíamos comprado cuatro trapitos (cinco bolsas de ropa y los brazos marcados de llevarlas). Después de este día tan productivo y de haber ejercitado el musculo más húmedo de nuestro cuerpo, la lengua, solo me quedaba una cosa para finiquitar el día como Dios manda. Llamar a Adrián.



3.



Adrián

Adrián es mi jefe en la redacción, él supervisa mi trabajo y nos adjudica las noticias a cubrir, a mí y solo a mí, normalmente en su despacho y a puerta cerrada. Ya me entendéis, nuestras reuniones a solas suelen alargarse un buen rato y eso hace que, cuando salgo, medio equipo me observe mientras cuchichean entre ellos si hay o no algo entre nosotros. Qué aburridos son, compraros una vida o aprender a divertirlos. «ES SOLO SEXO», a veces me apetece subirme a la silla y gritárselo a todos los que me miran con cara de bobos.

Su despacho es enorme, tiene una pequeña sala para reuniones y en él hay un cómodo sofá con vistas a la ciudad. Desde el piso treinta uno os aseguro que nosotros podemos ver toda la ciudad, pero ellos no pueden vernos a nosotros, menudo morbazo, os lo aseguro. En realidad, no puedo garantizar que nadie pueda vernos, siempre puede haber alguien tan aburrido que observe con sus prismáticos, haya podido vernos y cualquier día seamos nosotros la noticia o, lo que es peor, salgamos en YouTube. Solo espero que, si es así, disfrute de lo que ve.

Este *feeling* entre nosotros creo recordar que surgió al poco de empezar a trabajar en *Candis*, y ya van casi siete años. *Candis*, así se llama nuestra redacción, somos una pequeña revista en la que

aportamos todo tipo de información para que el público pueda estar al corriente de todo lo que pasa en nuestro país: corazón, deporte, curiosidades, bienestar, alimentación, consejos, viajes...

Adrián llegó antes que yo, tenía las llaves de mi garaje para evitar que lo vieran. Su coche, un mercedes deportivo bastante espectacular, llamaba demasiado la atención con ese rojo pasión. Le fascinaban los coches y podía permitirse este tipo de vehículos de gama alta. Acostumbraba a avisarme cuando llegaba, entonces yo entraba por el garaje y ya subíamos juntos, y así fue. Nada más entrar en el ascensor, me cogió en volandas, apretando mis muslos contra su incipiente erección, empezó a besarme el cuello con ansias.

—Jefe, recuerde que mi abuela puede verle por la mirilla y no quiero que a la pobre le dé un sobresalto de ver a su nieta en estas circunstancias.

—Cómo me pone que me llames jefe, Violeta. Repítelo, por favor.

—Jefe.

—Otra vez, Violeta.

Insistía mientras devoraba mi piel y arrancaba mi ropa.

Era de los pocos que habían tenido acceso a mi cuarto y a mi cama, y es que se lo merecía, me trabajaba que daba gusto, sus manos eran fuertes y sujetaba cada parte de mi cuerpo con mucha garra, y eso me gustaba, no perdía el tiempo, para eso quedábamos. Él sí acostumbraba a quedarse a dormir, pero siempre a las seis de la mañana se marchaba sin hacer ruido. No podía volver a la redacción con la misma ropa que el día anterior, eso daría mucho de qué hablar, se iba a casa, se duchaba, se cambiaba de traje y se iba a la redacción, así durante ya seis años, pero nunca en miércoles. No porque fuese exclusivo de Raúl, al revés, Adrián tiene una prioridad, era la noche entre semana que le tocaba a su hijo y para esto no había excusa.

Era un jefe simpático, mientras recorría nuestra sección iba saludando a todos, con una sonrisa pletórica y una dentadura reluciente.

—Buenos días, Violeta, ¿ha dormido bien? Tiene mala cara —dijo mientras me guiñaba ligeramente un ojo.

—Sí, gracias, una noche sin más —respondí como si nada.

Si pudiera decir en alto cómo me empotraba anoche...

—Así que, sin más, señorita Salas —susurró acercando ligeramente su boca a mi oído.

Cómo no iban a sospechar, menos mal que el biombo no dejó ver su acercamiento. Se tendrían que seguir quedando con las ganas de corroborar esta, nuestra, noticia.

Mientras revisaba la entrevista que tenía para hoy con una *instagramer* de moda, actualicé mi correo electrónico a la espera de nuevas noticias sobre Patricia o Roberto.

**«Nuevo correo de Patricia»:**

*Hola, Violeta, nos han parecido muy interesantes las páginas que nos has enviado de tu borrador. ¿Podríamos vernos en la editorial esta semana? Me gustaría proponerte algo.*

*Un saludo y gracias.*

**«Correo de Roberto»:**

*Hola, Violeta, no has gustado mucho lo que nos has mandado, nos gustaría poder leernos todo el borrador de la novela para ver qué podemos ofrecerte.*

*Espero tus noticias.*

*Un saludo.*

*Roberto Salas.*

¡AY! ¡AY! ¡AY! Que me han contestado las dos editoriales y están interesados en mi novela. Ya verás mi abuela cuando se lo cuente, pero ahora debo centrarme en la entrevista, en media hora llega Melyssa, la *instagramer* de moda, y debo centrarme en ella, después releeré los correos y contestaré. ¡Qué subidón tengo!

¿Me van a publicar?

¿Tendré éxito?  
¿Me haré famosa?  
¿Gustaré a todo el mundo?

Las dudas y la emoción empezaban a apoderarse de mis pensamientos.

Melyssa es espectacular, no me extraña que tenga tantos seguidores. Tiene un físico que quita el hipo, unas curvas bien definidas, un culo que se nota que lo ha trabajado mucho, no tiene estrías, ni celulitis, ni nada de nada... Tiene una melena larguísima, deduzco que la mitad deben de ser extensiones, lleva mechones de varios colores: rosas, lilas... lo que hace que su larga melena llame mucho más la atención. Es muy simpática y risueña, lo que hace que la entrevista sea muy amena y diferente, me cuenta anécdotas que ha vivido con seguidores bastante curiosas. Después de un par de horas con preguntas, historietas sorprendentes, muchas risas y sesión de fotos para la revista, aprovecho para curiosear un poco sobre el tema de los seguidores, ya que, si voy a publicar, necesito saber cómo funciona este mundo.

—Bua, princesa, por los seguidores ni te preocupes, cuando publiques la novela, me lo dices y te comparto en mi cuenta de Instagram, en *stories*, y ya verás que te subirán como la espuma — respondió simpática.

—Muchas gracias, cuando llegue el momento te contactaré, Melyssa. Porque espero que llegue. No sé. Me siento positiva.

—Claro que sí, siempre positiva, muñeca.

Y cerró la puerta detrás de sí, dejándome pensativa en esa colorida sala.

«¿Seré capaz de soportar una mala crítica?», pensé en mi interior.

Saco un café de la máquina mientras me dirijo a la mesa, leo de nuevo los correos y los analizo con detenimiento.

El de Patricia me causa más confianza, directamente quiere reunirse conmigo y hablar. En cambio, Roberto me pide la novela

entera. ¿Y si la plagian? ¿Y si la publican como si fuese de otra persona? No me fío. Hablaré primero con Patricia.

Le doy a «Responder»:

*Hola, Patricia, no sabes qué ilusión me ha hecho tu respuesta, dime día y hora y allí estaré. Te dejo mi teléfono por si te resulta más cómodo: 6\*\*\*\*\*.*

*Millones de gracias.*

*Un saludo.*

«Enviar».

En poco más de diez minutos, tenía un wasap de Patricia para ver si mañana a las cinco de la tarde me iba bien reunirnos.

Obviamente, mi respuesta no se hizo esperar.

*Hola, Patricia. Allí estaré, gracias.*

La tarde se me hizo eterna, preparé la entrevista de Melyssa y se la envié a Adrián para que diera su visto bueno para la publicación, tenía la cabeza en la editorial y en la novela. Tenía que revisarla antes de mañana, hacía dos años que la tenía en una caja y hay detalles que no recuerdo, no puedo ir tan pez con mi propia historia.

Cuando llegaron las cuatro, salté literalmente de la silla, cogí el bolso y salí escopetada al coche, tenía trabajo en casa y no había tiempo que perder.

Esa tarde desconecté el teléfono, no quería que nada ni nadie me distrajera y, si mi abuela quería algo, que picase.

## 4.



## La reunión

Estaba atacada, no sabía qué ponerme ni cómo peinarme. ¿Muy recatada? ¿Con americana? ¿Sin? ¿Informal? ¿Tacones? ¿Bambas? No, bambas no, ¿y por qué no? Es mi seña de identidad, la mayor parte del tiempo voy en bambas, me encantan las bambas, tengo bambas monísimas que, a pesar de ser un calzado informal, pueden darle un toque interesante al conjunto.

¡Dios! Me iba a estallar la cabeza, me dejé caer en la cama con un puchero en mi boca y el entrecejo más arrugado que una pasa.

Debo ser yo, sentirme yo. Y así fue. Me puse unos tejanos oscuros y una camisa blanca con rayas rojas claritas por dentro, unas sandalias altas por el calor que hacía, y dejé mi larga melena al aire. Metí mi borrador perfectamente encuadernado en una carpeta y piqué a mi abuela para que me deseara suerte, pero no estaba en casa. ¿Era eso una mala señal? ¿Dónde estará mi abuela...?

Siempre las mil preguntas en mi cabeza que tanto me caracterizan.

No tenía tiempo que perder, así que cogí el coche, puse la dirección en el GPS y me puse en marcha.

La editorial estaba a unos veinticinco minutos, según el GPS, pero como no sabía el tráfico que podía haber, cuántas veces me iba a perder y si encontraría o no aparcamiento rápido, decidí salir una hora antes, soy muy prevenida, a la vista está y tampoco me gusta llegar tarde a los sitios. Como periodista, sé lo molesto que es que te hagan esperar.

Y tenía una pequeña manía: me tomaba algo en algún bar cercano al lugar donde debía acudir para analizar el entorno. Quizás por mi trabajo o quizás por mi seguridad, no porque me vaya a pasar algo, sino por tener la situación lo más controlada posible, ¿y si la reunión era un desastre y tenía que salir corriendo? No sería capaz, aunque si lo pensaba, también me servía para coger un poco de aire, no me gusta conducir y acostumbraba a llegar nerviosa después de cualquier trayecto, por corto que fuera.

Como era obvio, llegué con tiempo, por lo que me senté en la terraza de enfrente a tomarme una horchata (me chifla la horchata). Observé cómo era la entrada, que tipo de gente entraba y salía... no había mucho más que ver. No había mucho movimiento, era una calle aparentemente tranquila.

De repente, mientras observaba las oficinas, pude apreciar a través de sus ventanales a un chico con un cuerpo de grandes dimensiones, parecía fuerte y guapo, no estoy muy segura porque el sol reflejaba sobre la ventana, pero grande era. Llamó totalmente mi atención e hizo que me estremeciera en la silla, era la clase de macho que me gusta, grande y que me sepa manejar... como Adrián. ¿Me lo encontraré? ¿Será el ayudante de Patricia? Otra vez las dichosas preguntitas.

A tan solo diez minutos de la hora acordada, me dirigí hacia la entrada, no era apropiado llegar tarde, pero tampoco muy pronto para que no se notara mi ansia y nerviosismo.

La recepción era amplia, con altos techos y grandes ventanales (estaban impecables, el cristalero hacía un buen trabajo), dos ascensores a la derecha y una gran escalera con barandilla transparente y escalones color tierra, que empezaban en el centro de la recepción. Debajo de ella un mostrador. Tres sofás de espera color marrón chocolate y de piel bajo los grandes ventanales, cuatro o cinco tiestos enormes que decoraban cada una de las esquinas y luz, mucha luz, cómo me gustaban los sitios muy iluminados, aportan mucha vida. En la recepción, un hombre de seguridad vigilaba la entrada y, en el mostrador, un chico moreno trajeado observaba sin apenas pestañear.

—Buenos días, señorita, ¿puedo ayudarla? —preguntó amablemente.

—Hola, tengo una cita con Patricia.

—¿Es usted Violeta?

—Sí, la misma —contesté sorprendida.

—Patricia la espera en la tercera planta, tenga la acreditación, la necesitará para acceder a la planta. Los ascensores los tiene a su derecha y las escaleras detrás de mí. Suerte —sentenció.

—Muchas gracias, muy amable.

Directo al grano. Qué buena sintonía tenía, por el momento me gustaba el sitio.

Preferí subir por las escaleras, así podía cotillear más este lugar, pero me salió el plan por la culata. En cada planta había una enorme puerta blanca con el número de planta que correspondía, así que ver, vi poco. Una vez delante de la puerta tres, cogí aire, sujeté con fuerza la acreditación como si me fuera ayudar en algo y, cuando alargué la mano para sujetar el pomo y pasar la acreditación por el detector, no sé cómo ni por qué, pero me encontré en cuestión de segundos con mi cara y mi cuerpo contra la pared y la puerta empotrada en mi nariz.

Grité.

—¡Ostia puta, qué daño! —grité con ganas.

—Perdón, perdón, perdón —se escuchó desde el otro lado de la puerta—. Estas puertas siempre he dicho que solo nos traen disgustos, hay ya varias narices enganchadas en ella.

—No le veo la puta gracia, ¡estoy sangrando! —continué gritando.

—Deja que te ayude, acompáñame.

Me cogió del brazo como si estuviera convaleciente, que en cierto modo en ese momento lo estaba. Me solté de él de un manotazo por la rabia y el dolor que sentía.

—Sé caminar —le dije.

—Vale, vale, pues sígueme, pitbull —dijo entre dientes.

«¡¿Pitbull?! Será gilipollas», pensé.

—Aquí tienes el baño para que puedas limpiarte, esperaré fuera por si necesitas algo.



Ni contesté, ni lo miré, no me podía estar pasando esto y ahora, menudo golpe me había dado ese tío, qué dolor tan horrible, estaba sangrando y me moría de dolor; me limpié como pude la nariz y la cara, y me coloqué papel en los orificios para cortar la hemorragia.

—¡MIERDA! Tengo la camisa manchada de sangre —grité.

No sabía qué hacer, ya no me quedaba tiempo y estaba hecha un cuadro. Intenté frotar la mancha con un poco de papel y agua, pero no había manera. No tenía alternativa, corté como pude la hemorragia, me coloqué la carpeta por delante del pecho y salí.

—¿Cómo estás? —preguntó ese malnacido.

—¿Tú qué crees? Tengo una reunión importante con Patricia y estoy hecha un desastre, no me publicará, has arruinado mi única oportunidad.

Reconozco que me estaba poniendo un poco melodramática y que en ese momento solo quería darle una patada en los huevos y salir corriendo.

—¿Eres escritora?

—¡¿Y a ti que te importa?! ¿Dónde está su despacho? —contesté sin mirarlo.

—Te acompaño.

No tenía opción, lo necesitaba para llegar hasta a ella. Lo seguí y lo observé por primera vez. Era tal el cabreo que llevaba que no me había fijado en que era el tío grande que había visto por la ventana desde el bar de enfrente. «¡Maldita casualidad! ¡O bendito destino!», pensé antes de entrar. Por una décima de segundo, me olvidé del golpe.

Picó a la puerta con las uñas antes de abrir. Se notaba que había confianza.

—Patri, la visita está aquí, pero ha surgido un percance y quería explicarte.

—Patricia. No me tutees delante de clientes, por favor, te lo tengo dicho. ¿Cuál es ese percance? —preguntó.

—Resulta que su nariz se ha quedado pegada en la puerta de la entrada, ya sabes.

Por su forma de hablar, no creo que haya sido la primera, ni seré la última.

—Ya te vale, tienes que medir tu fuerza. ¿Cómo está? — preguntó.

—Algo más recuperada, ¿la hago pasar?

—Sí, por favor.

—Adelante, Violeta, y siento de nuevo el golpe. Suerte con la reunión —dijo antes de cerrar la puerta detrás de mí.

«¡Menudo despacho! ¡Guau!», pensé.

Las paredes estaban llenas de portadas de novelas enmarcadas, todos con el mismo marco en color negro, resaltaba con el blanco impoluto de la pared, di por hecho que serían todas las publicaciones de la editorial. El despacho me recordó a la recepción: era amplio, con los mismos ventanales, dejando ver el mar. Vivo en el interior, por lo que estas vistas no son habituales para mí. Las paredes eran blancas, al final del despacho, su mesa: ordenada, grande, a juego con las blancas paredes. «Cuánta luz», volví a pensar.

—Hola, Violeta, encantada de conocerte. ¿Cómo estás del golpe?

—Un poco magullada, pero mejor. Gracias.

No podía decirle la verdad: que estaba horriblemente mal, que me notaba el palpito del corazón en la nariz del dolor tan grande que tenía y que, si no estaba rota, poco le faltaba; todo esto sin tener en cuenta las manchas de sangre por toda la ropa. «Un desastre».

—Este Mateo no sabe medir su fuerza. Lo lamento.

—Gracias, ¿son todas las portadas que habéis publicado? — pregunté para desviar la atención sobre mi nariz.

—Solo las más destacadas.

¿Solo las más destacadas? «Ostras, cuántas», pensé para mí, eso es buena señal, parece que tienen éxito.

—¿Quieres un café? Yo lo necesito —dijo un poco estresada.

—Me vendría bien después del golpetazo.

—Ahora mismo vuelvo.

Esos cinco minutos que tardó me permitieron coger aire y mirar en el móvil qué aspecto tenía mi cara, y para qué lo hice, parecía un cromo. Mi nariz había aumentado en el doble o triple de su tamaño.

En fin.

Que sea lo que Dios quiera.

—Ya estoy contigo, Violeta. Si te parece bien, ¿empezamos?

—Muchas gracias por el café, sí, claro, empecemos.

—Vamos a ver...

Miraba al ordenador buscando algo, imagino que mi correo electrónico con las páginas que le envié.

—He leído las páginas que me enviaste... y tengo que reconocer que me ha llamado especialmente la atención la frescura y delicadeza que tienes para escribir, actualmente recibo muchos borradores de autores noveles con historias similares y con muy poca imaginación para salirse un poco de lo cotidiano, por miedo, por costumbre... por lo que sea, pero tú... lo tuyo es diferente, tiene marca propia, una esencia especial, de verdad que esas apenas veinticinco páginas me han hecho querer leer más. Por eso quiero proponerte publicar con nosotros. ¿Qué opinas? Quieres publicar, ¿no?

—¿Así sin más, sin leer el resto? —pregunté sorprendidísima.

—Llevo muchos años leyendo borradores, novelas, publicando... Violeta, tengo buen ojo y tú me creas buenas sensaciones. Voy a apostar por ti, si tú quieres. Hace tiempo que no actualizo la pared de mi despacho y me encantaría hacerlo contigo. ¿Qué me dices?

—Claro, claro, claro que quiero, por supuesto que quiero. —Había entrado en bucle, estaba anonadada y sin saber qué decir—. Madre mía, estoy emocionada, muchas gracias —atiné a decir.

Desde luego que ese día se acaba de convertir en el más surrealista de toda mi vida, después del incidente con Hulk, consigo un contrato con la editorial y ponen plena confianza en mí. Mi abuela tenía razón, Dios, qué contenta se va a poner.

—Muy bien, Violeta, mañana te haré llegar el contrato por correo electrónico, te lo lees con calma y, si estás conforme, sí te pediría que me lo trajeras firmado, si hay algo que no entiendas o que no estés de acuerdo, lo comentamos sin problema. Una vez esté el

contrato firmado, me lo traes junto con el borrador de la novela completo y encuadernado, a poder ser, para empezar a trabajar lo antes posible. ¿Tienes alguna pregunta?

—La verdad es que sí. Parecerá impaciente, pero, una vez empecemos a trabajar, ¿en cuánto tiempo puede estar la novela a la venta?

—Tranquila, todos preguntáis lo mismo. Hay que corregirla, trabajar en la ilustración, la maquetación, portada y contraportada... dependerá de todo esto, si las cosas no se complican, en unos tres meses puede estar ya a la venta. De todas formas, empezaremos antes con la promoción para ir dando a conocer la novela y a su autora.

—¿Se venderá en librerías?

—Por supuesto que sí, trabajamos con muchas librerías de nuestro país y tenemos intención de abrir camino en Latinoamérica. Tú también tendrás parte de estos ejemplares y estará en grandes establecimientos. Daremos toda la publicidad que esté en nuestras manos y prepararemos una presentación donde puedas dar a conocer tu historia.

No cabía más emoción dentro de mí, me sentía eufórica, quería correr a casa para poder contárselo a mi abuela, iba a flipar igual que lo estaba flipando yo.

—Pues muy bien, Violeta, quedamos así, mañana te hago llegar el contrato y recuerda, si tienes alguna duda, me lo dices.

—Perfecto, muchísimas gracias, de verdad.

—No, gracias a ti, la que ha escrito esta maravilla eres tú.

—Gracias.

Salí del despacho, cerré la puerta y, sin arrancar aún el paso, cogí aire, mucho aire, con una sonrisa de oreja a oreja en mi rostro. Lo había conseguido.

Cuando levanté la cabeza, allí estaba Hulk, el que casi me rompe la nariz con la puerta, el que casi se carga toda la entrevista... «Ostras, viene, hacia mí, creo que me ha leído el pensamiento. ¿Qué hago? ¿Cómo salgo de aquí? No, no, no». Empecé a caminar por donde creía haber venido, en realidad no recuerdo por dónde he venido.

—Es para el otro lado —escuché detrás de mí.

Su voz retumbó en mis oídos. «Qué desastre de mujer, debe estar pensando». Bueno... ¿cómo que desastre? En desastre me había convertido él.

—Gracias, tengo un mal sentido de la orientación —contesté dando media vuelta.

—¡Y que lo digas! —replicó—. ¿Cómo sigue tu nariz?

—Mal, pero tú tranquilo, imagino que mañana aún será peor, pero no tendrás que verla.

—Y la entrevista, ¿cómo ha ido? —continuó preguntando.

—Eso estupendamente, mañana firmo el contrato.

No había caído en la cuenta de que eso significaba volver a verlo o, lo que es peor, la posibilidad de trabajar con él mano a mano con mi novela durante tres meses.

—Eso sí que no —dije en alto.

—Perdona, ¿cómo dices? —preguntó con incredulidad.

—Nada, nada, pensaba en alto.

—Enhorabuena por el contrato, ¿puedo hacer algo para compensar lo de la nariz?

—Sí —contesté frenando en seco y clavándole la mirada—. Que no te acerques mucho a mí, por si me rompes cualquier otra parte de mi cuerpo.

No pudo evitar sonreír y, aunque yo no le veía la gracia, también salió una media sonrisa de mis labios. Me ponía más nerviosa de lo normal.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo? —preguntó.

—No entiendo, ¿a qué te refieres?

—Hola, soy Mateo, encantado de conocerte.

Estiró su mano hacia mí.

—Hola, soy Violeta, no sé si tan encantada —contesté irónica.

Y nos estrechamos la mano.

Qué mano tan grande tiene y qué escalofrío tan placentero acaba de recorrer todo mi cuerpo, durante esas décimas de segundo que nos dimos la mano, me dio la sensación de que todo se ralentizaba a mi alrededor y pude percibir su tamaño, era muy grande, su mano, mejor dicho, todo él. Por lo menos debía de medir metro noventa y cinco, y también era muy ancho, era de complexión fuerte, moreno,

pelo corto y bien peinado, ojos grandes y marrones, pero un marrón diferente, como la arena de la playa cuando está mojada. Tenía una boca simpática y carnosa, la nariz proporcionada y las facciones muy marcadas. Su expresión era de buena gente, era muy atractivo y guapo. Vestía con un tejano azul clarito y una camisa blanca lisa por fuera del pantalón, no pude fijarme en el calzado, pero sí que llevaba complementos: un reloj con correa de acero y una pulsera de tela, que pudiera ver. No llevaba las orejas agujereadas. Demasiada buena apariencia por fuera.

—¿Me dejas invitarte a un café para compensar el daño?

Atrevido también era, y yo tampoco me quedaba atrás.

—Acepto ese café —contesté con actitud picarona.

—¿En serio? Dame un minuto que cojo las cosas —contestó sorprendido.

—De aquí no me muevo, prefiero que seas tú el primero en cruzar la puerta diabólica.

Los dos sonreímos. Se giró y se dirigió a su mesa a coger sus cosas, no sé lo que tardó, poco, solo sé que en ese periodo corto de tiempo no dejé de observarlo. Ese chico tiene algo... tiene un aura muy positiva.

Durante toda una hora, que es lo que se alargó el café, no paramos de hablar y de reír, tiene tema de conversación y eso me resulta muy interesante, está al día de lo que pasa en el mundo, y eso me gusta, porque mi profesión se basa en ello. Ha reconocido leerse nuestra revista, entera. Eso me dice que también es algo curioso e inteligente. No puede ser que tenga delante de mí al chico perfecto. Si mi abuela me escuchara decir esto, mañana mismo me estaría comprando el vestido de novia.

—Lo he pasado bien, Violeta, ha resultado ser un rato interesante y, aunque hemos empezado mal, creo que lo he podido compensar, ¿no crees?

—Lo creo.

5.



Mateo

Menudo carácter tiene esta mujer, ni que lo hubiera hecho aposta.

Ya he avisado en varias ocasiones que esa puerta no es amiga de nadie, como abras un poco fuerte y haya alguien detrás... ya la has liado, pero esta chica me va a comer.

Intento ayudarla, pero no está nada receptiva, puedo llegar a entenderla.

La acompaño al baño para que se limpie toda esa sangre, es lo mínimo que creo que puedo hacer. Espero fuera por si necesita algo.

Creo que su mirada transmite rabia y venganza, y no la culpo, debe de doler mucho.

A todo esto.

¿Quién es?

## 6.



## El contrato

Por la noche acostumbraba a apagar el portátil, pero esa noche no fue así y me dormí con él encendido encima de la cama. Nada más abrir el ojo, lo primero que hice fue actualizar el correo, estaba ansiosa por leer el contrato y saber cuáles iban a ser las condiciones, la forma de trabajo... todo. «Eran las ocho de la mañana, quizás un poco pronto», pensé. Así que mientras la redondita azul del ordenador cargaba la actualización del correo, me duché y me preparé el desayuno. No es que tardara tanto el ordenador en actualizarse, es que sabía que si había algo era capaz incluso de no desayunar, igualmente hoy tenía trabajo en la redacción: dos entrevistas de dos *instagramers* que venían a contradecir el mundo de *yupi* que nos contó Melyssa. Publicaremos las dos versiones, la cara y la cruz de ser un *instagramer*, lo que se ve y lo que quieren que veamos.

Llevé el ordenador a la cocina, por el camino pude ver el correo de Patricia, me lo mandó ayer, pasadas las doce de la noche, el corazón se me empezó a acelerar. Cogí las tostadas, el zumo y le di a descargar el archivo adjunto que ponía: *Contrato de autor*.

Me comí la tostada y me bebí el zumo mientras lo leía con mucha atención, creo que leí en alto hasta las comas y los puntos.

Las condiciones parecían ser buenas, pero para asegurarme se lo llevaría a Raúl, que él entendía mejor que yo sobre la letra pequeña.

Le mandé un wasap para poder vernos diez minutos antes de entrar a la redacción. Aceptó sin ningún problema, se leyó el



contrato y me dijo que era muy bueno para ser una escritora novel y mi primera publicación. Eso me temía, había leído bien.

En cuanto llegué a mi mesa, imprimí el contrato, lo firmé y lo guardé en mi bolso.

—Violeta, tienes un mensaje de esta mañana de un tal Mateo, he dejado la nota puesta en tu teléfono —me gritó Marta desde su mesa.

Marta era la típica compañera de trabajo envidiosa y mal metedora, si no tenía vida lo mejor era que se comprara una, pero que no tocara más las narices a los demás que vivimos muy tranquilos.

¿Ha dicho Mateo? Solo conozco a mi Mateo, Hulk. ¿Será él? ¿He dicho mi Mateo? Guardo ese número en mi lista de contactos del móvil para poder entrar en WhatsApp y ver su foto de perfil antes de hacerme ilusiones. La imagen son dos manos entrelazadas en una camilla de hospital. ¡Oh! Esa imagen me había enternecido demasiado, si ese teléfono era de él, ¿a quién tenía ingresado? Y a la vez qué tierno y triste me parecía.

No podía mandarle un mensaje por si era sobre algún tema de la redacción, así que me armé de valor y marqué el número desde mi extensión.

—¿Diga?

—Hola, ¿Mateo?

—El mismo, ¿y tú eres?

—Soy Violeta, de la revista *Candis*. Has dejado nota esta mañana para que te llamara.

—Hola, Violeta, soy yo el chico que ayer casi te deja sin nariz y que supo recomponer la situación.

Síii, era él.

—Hombre, qué sorpresa, ¿en qué puedo ayudarte?

—Primero quería saber cómo sigue tu preciosa nariz.

—La verdad es que mejor de lo que imaginaba, apenas está hinchada y gracias a Dios no está morada, gracias por preguntar —contesté.

—Y lo segundo... —Se hizo un silencio—. ¿Puedo invitarte a cenar esta noche?

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Sí, algo así —contestó rotundo.

—Vale —respondí sin pensar—. Salgo de la redacción a las ocho.

—Este es mi número personal, ¿puedes mandarme la ubicación de tu trabajo y te recojo allí a las ocho?

—En un segundo te la mando.

Y, además, de verdad ya había memorizado su contacto y se la estaba mandando mientras hablaba con él.

—Perfecto, en un rato nos vemos, hasta luego, Violeta —se despidió.

—Hasta ahora, Mateo.

¿Qué significaba esto? Me conoció ayer en X circunstancias, tomamos café y en menos de veinticuatro horas me está pidiendo vernos de nuevo, mejor dicho, me ha propuesto una cita. Violeta, Violeta, no te hagas ilusiones, que ya sabes cómo te han salido todos los intentos de relación, rana, no, sapo. «¿Estoy depilada?», pensé durante unos segundos mientras de forma inconsciente colocaba mi mano en mi entrepierna. Y, cómo no, la arpía de Marta mirando.

Las entrevistas fueron un *show*, con el número de la semana que viene el lector va a estar entretenido, pero las redes sociales todavía más con la de ataques que se han enviado entre ellos. Me parece que volveré a saber de Melyssa muy pronto, y ya me viene bien para hacerle más preguntas.

La tarde había sido muy entretenida, ya eran las siete y media y estaba deseando terminar la jornada para volver a ver a Mateo, me encerré en el lavabo mientras me lavaba los dientes y me retocaba un poco, solté mi larga melena y la agité un poco para darle volumen. Había tenido suerte de que hoy fuera más o menos arreglada porque tenía las entrevistas, hay días que, si no tengo trabajo de cara al público, mejor no verme.

Faltaban cinco minutos, me asomé por la ventana y allí estaba, apoyado en un Citroën C2 rojo. ¿En serio semejante hombre cabía en ese coche? Da igual, estaba guapísimo, llevaba un pitillo verde que con esas pedazo de piernas le quedaban estupendos y. si no distingo mal, un suéter de cuello redondo en color beige. Digo si no

veo mal porque desde la planta treinta y uno he tenido que coger los megapotentes prismáticos de Adrián y aun así no se ve nítido.

Es la hora.

Las puertas de la revista se abrieron y su sonrisa iluminó la calle. Me dirigí al paso de peatón y, gracias a Dios, solo me torcí el pie una vez, me acostumbraba a pasar cuando sabía que me estaban observando, esto es la Ley de Murphy.

Se agachó para darme dos besos y aproveché para colocar mis manos en sus bíceps, otro escalofrío recorrió mi cuerpo. Me dirigí hacia la puerta del acompañante y la sujetó mientras subía. Esto nunca me lo habían hecho. Oía fresco el coche, pero ¿de verdad cabía aquí?

—No te rías de mí, es un poco pequeño para mi altura, lo sé. Mi coche no arrancaba y he tenido que pedirle el suyo a mi hermana.

Tengo que reconocer que la imagen era bastante graciosa, parecía que iba sentado en los asientos traseros.

—Estás gracioso, pero sí te va un poco justo, te lo tengo que reconocer —contesté mientras sonreía.

No sé a dónde me llevaba y tampoco me preocupaba, era un desconocido, cierto, pero un desconocido que me tenía totalmente embelesada, así que sea donde quiera que me lleve, me gustará. Tenía la misma sensación que ayer durante el café, como si nos conociéramos de toda la vida, se palpa complicidad entre nosotros, me siento a gusto y tranquila, ojalá sea el inicio de algo bonito.

Después de un rato por un camino oscuro, pude observar unas luces a lo lejos, no había nada más alrededor, estábamos en medio de la naturaleza, no sabía que en mi ciudad se encontraba esta maravilla escondida. Había una cúpula blanca enorme, con pequeñas luces a su alrededor en forma de lágrima, en su interior, una orquesta que tocaba una melodía dulce y suave, unas pocas mesas rodeaban la cúpula con parejas aparentemente enamoradas sentadas en ellas. Estaban adornadas con flores secas y velas. Era la escena perfecta de romanticismo.

Mis ojos brillaban, de eso estaba segura, mi ropa no era la apropiada, pero sí la compañía. Nadie nos miraba, todos parecían muy atentos a sus acompañantes, cuánta complicidad en tan poco espacio. Qué lugar tan maravilloso e íntimo.

Nos sentaron en la última mesa libre que quedaba, pude contar unas doce mesas en total.

Nos sirvieron vino y cava mientras nos acomodamos.

—Gracias, muy amables —contestamos a la vez.

Nos miramos y brindamos sin hablar, no creo que hiciera falta hacerlo por algo concreto, era evidente el motivo.

—¿Te gusta el sitio, Violeta?

—Me encanta, es un lugar mágico, cuánta tranquilidad, elegancia. No sabía que este lugar existía.

—Mi padre trajo a mi madre en su última cena juntos.

No supe interpretar esta frase, cualquiera podría deducir que estuvieron hace poco, pero no, está frase tenía una triste y a la vez bonita historia.

—Qué romántico es tu padre.

—Era.

—¿Era? —pregunté sorprendida.

—Mi padre falleció hace unos meses. Cuando se enteró que la enfermedad ya estaba muy avanzada y no se podía hacer nada más, trajo aquí a mi madre a cenar, para que su último recuerdo con él fuera mágico, inolvidable y feliz.

Sus ojos empezaron a brillar, estaba emocionado y no era para menos.

—Qué bonito y triste a la vez, Mateo. No sé qué decir.

—Tranquila, ha sido un palo duro que nos ha dado la vida y del que estamos intentando recomponernos.

—¿Puedo preguntar de qué murió?

—Puedes preguntar lo que quieras, esta noche es para nosotros.

¿Puedo besarte ya? Lo pensé, pero no lo dije.

—Mi padre murió de cáncer de pulmón, durante muchos años fue fumador, hacía unos ocho años que había dejado de fumar por la insistencia de mi madre, pero era tarde. El cuerpo tiene memoria y no perdonó. Fue bastante fulminante, apenas ocho meses desde que se lo detectaron hasta que falleció, no tuvimos tiempo de asimilarlo, mi madre y mi hermana son las que peor lo llevan. Los médicos nos dijeron que por sus antecedentes familiares tenía muchos puntos de padecer uno.

—Vaya, lo siento muchísimo, no imagino lo duro que ha debido de ser. ¿Tienes una hermana? ¿Es más joven que tú?

—Gracias, Violeta, ha sido y sigue siendo duro. Sí, tengo una hermana, nos llevamos dos años, María tiene treinta y cinco y yo treinta siete. ¿Y tú tienes hermanos?

—No, soy hija única. Y tu madre, a día de hoy, ¿cómo está?

—Le está costando mucho, he tenido que mudarme con ella para que no esté sola, mi hermana está casada y tiene dos pequeños trastos adorables, por lo que no le queda mucho tiempo para mi madre.

—¿Vendiste tu piso para estar con tu madre?

—No, es de alquiler y lo sigo pagando, pero no vivo en él, espero volver pronto, yo también necesito mi espacio, llevo muchos años viviendo solo y esto de volver con mami se hace un poco agobiante, pero me necesita.

—Qué encantador —dije en alto.

Hizo una media sonrisa y volvió acercar su copa hacia mí.

—Ahora sí, un brindis —dijo.

—¿Porque brindamos?

—Por más momentos especiales.

—Brindo por ello.

Estaba a gusto, se le notaba, me acababa de contar una parte dura de su vida y hace poco más de veinticuatro horas que me conoce. Yo también lo estaba, de hecho, creo que nunca me había sentido así con nadie hasta ahora.

La velada no defraudó, la comida, el postre, la música. Todo era exquisito. De nuevo, no hubo silencios incómodos, una vez más nos ha faltado tiempo, pero creo que a partir de ahora lo vamos a tener.

Me llevó a casa y fue de lo más servicial, se bajó del coche antes de que me diera tiempo a quitarme el cinturón y abrió mi puerta.

—Violeta, estoy muy a gusto contigo, si tú quieres, me gustaría seguir viéndote.

—Yo también estoy muy a gusto, Mateo. Me encantaría que nos volviéramos a ver.

Un beso en la mejilla, eso fue todo por esa noche.

Y tengo que reconocer que me conformé, no sé por qué, pero lo hice, todo era muy correcto.

Llegué a casa y estaba en una nube, di un par de vueltas sobre mí misma con los brazos en alto, me encanta Mateo.

Tenía un wasap de Adrián:

*Voy de camino a tu casa, necesito desestresarme.*

Esta noche no, lo tenía claro, no quería estropear lo que estaba surgiendo con Mateo, quería averiguar qué intenciones tenía conmigo, no daba la sensación de que quisiera una noche de sexo y nada más, porque hubiera podido hacerlo ya, pero nunca se sabe, hay mucho canalla suelto capaz de camelarte y engatusarte de tal manera que crees que te van a regalar un anillo de compromiso en la tercera cita, y luego todo queda en un par de noches de sexo y viceversa.

**Yo:**

*Lo siento, Adrián, pero esta noche no puedo.*

A los pocos segundos volvió a sonar mi móvil, pero no era Adrián.

**Mensaje de Mateo:**

*Buenas noches, preciosa, que descanses. Ha sido una noche especial para mí, espero que también para ti. Un beso fuerte.*

**Yo:**

*Sin duda la noche más especial de mi vida, gracias por compartir un lugar así conmigo. Otro beso fuerte, buenas noches.*

## 7.



## Mateo

Después de la forma en la que nos conocimos, nada normal, bastante accidental, pero con un final inesperado... pensé que me costaría un poco más ganarme su confianza.

Algo en mi interior se había despertado por esa chica. Sentía curiosidad ¿Curiosidad? Sí, es la palabra perfecta para describir lo que sentía en este momento. Curiosidad.

Nada en ella me resultaba algo ya vivido, me transmitía algo fuera de lo común. Quería saber más de ella.

La llamé a su trabajo, pero no estaba y dejé nota para que me llamara.

Espero que sepa quién soy y en su agenda telefónica no haya muchos Mateos.

La llamada no se hizo esperar mucho y menos mal, porque estaba nervioso y no entendía este estado en mí mismo.

Su actitud no era la de ayer y eso me incitó a querer verla de nuevo, por lo que, sin pensarlo demasiado, la invité a cenar. Para sorpresa mía, dijo que sí.

La velada fue perfecta. Esta chica me gusta. Es diferente a todas las que he conocido hasta ahora: su dulzura, su saber estar... tiene conversación y sabe de lo que habla.

Quiero más.

8.



## Mariposas en el estómago

¿Qué eran estas mariposas en mi estómago?

¿Qué significaba esta sonrisa que no podía quitarme de la cara?

Iba de camino a la redacción y me sentía una cría de quince años. ¿Qué tontería era esta? Me estaba haciendo ilusiones en mi cabeza y me estaban quedando estupendas.

Durante toda la mañana no pude quitarme ni el brillo de mis ojos ni la sonrisa de mi boca. Mi actitud era diferente, yo misma era consciente. Imagínate cómo debería verme el resto de la gente.

Marta no dejaba de observarme, pero hoy estaba dispuesta a dejar que viera reflejada la felicidad en mi rostro, cosa que faltaba en el suyo.

Sobre las doce de la mañana le mandé un mensaje a Mateo con la foto de la que sería mi comida de hoy con un texto:

*Esta es mi comida de hoy, lo sé, un poco sosa. ¿Qué comerás tú?*

La foto era mi *tupper* con arroz integral, pavo y aguacate.

**Mensaje de Mateo:**

*Si me dejas, quiero comerte a ti...*

Me había quedado muda y con los ojos como un búho, una pequeña carcajada salió de mi boca.



**Yo:**

*Pues si quieres comerme, tengo libre de una y media a dos y media. Ya sabes...*

**Mensaje de Mateo:**

*No me tientes, guapura...*

**Yo:**

*Has empezado tú, yo solo te lo he puesto fácil.*

**Mensaje de Mateo:**

*No abras ese tupper. A la una y media en la puerta de tu trabajo.*

**Yo:**

*Aquí te espero.*

¡Ostia! ¡Ostia! ¡Ostia! Que viene, que sí, que viene. Y calentito que viene.

¡Madre mía! Y yo con estas pintas.

—Marta, perdona, ¿por casualidad no tendrás lápiz de ojos y rímel?

No tenía más opción. En mi sección era la única mujer que había junto a mí, era eso o bajar a comprármelos.

—¿Para qué los necesitas? —preguntó la muy...

Qué rápida había sido.

—Va, te cuento algo si me haces ese favor, que yo sé que eres muy apañada y siempre tienes de todo. —Tenía que hacerle la pelota como fuera.

—Primero me lo cuentas.

¿En serio? Joder con la tía, sabía que era cotilla, pero tanto.

—Tengo una cita y mira qué cara tengo.

—¿Con quién? ¿Ese tal Mateo que llamó ayer?

—Ese mismo.

—¿Puedo verlo?

¿Me está vacilando? ¿Qué quiere? ¿Que la baje de la mano y se lo presente cuando ni siquiera me traga?

—Pues más bien no, Marta, lo siento, pero aún no quiero presentárselo a nadie hasta ver hacia dónde va esto.

Con qué mala gana me dejó el lápiz de ojos y el rímel. Creo que me saldrá algún sarpullido.

—Gracias, Marta, te debo una.

—Tranquila que me lo cobraré.

Qué miedo, *coñe*, ni que le hubiera pedido algo de vital importancia.

En fin... Yo a lo mío.

Quería besarle, me había marcado ese objetivo, anoche se lo pasé, pero hoy no se lo paso. ¿Y si besa mal? ¿Y si me deja media cara babeada? O lo peor de todo, ¿y si la tiene pequeña? Con lo grande que es lo dudo, pero según la regla del dedo pulgar e índice, no lo dejan en un buen lugar. ¡Ay, madre! Debería catarlo antes de que estas mariposas vayan a más.

A la una y media clavada estaba en la puerta de la redacción esperándolo, impaciente y ansiosa, lo reconozco.

Apareció andando, con unos pantalones negros ajustados y un polo blanco de manga corta. ¡Qué buenorro estaba! Ahora mismo solo me imaginaba corriendo hacia él, saltando sobre sus brazos mientras mis piernas rodeaban sus caderas y mis manos acariciaban su pelo. «Despierta, Violeta, que tienes cara de pava», me dije a mí misma.

Tal y como se acercaba a mí, su mirada era más penetrante, no desvió durante los últimos diez metros su mirada de la mía, mi entrepierna se estremecía y no podía evitar mordirme el labio. Cuando llegó a mí y, sin mediar palabra, sujetó mi cara con sus grandes manos, clavó su mirada con la mía y me propinó un beso de película. Solo atiné a poner mis manos en su cintura, no fui capaz de asimilar nada más. Bueno, sí, algo sí. No me había babeado la cara y besaba maravillosamente bien, con qué suavidad su lengua buscaba y rozaba la mía.

Primera duda resuelta.

—No te robo más tiempo, ya puedes comerte tu *tupper* soso.

—¿Cómo? ¿Te vas?

—Anoche me quedé con las ganas de esto, no sabía si era lo más apropiado en nuestra primera cita, pero no he parado de pensar en ti y me moría de ganas de saborearte.

—Mmmm, vale.

Volvió a sujetar mi cara y se despidió con un ligero y suave beso en mis labios.

9.



## De nuevo en la editorial

Aún emocionada y nerviosa por ese beso, me dirigí a la editorial para entregarle a Patricia el contrato firmado y el manuscrito.

Mateo no sabía que hoy me reunía con ella, anoche ni me acordé de decírselo y este mediodía no había tenido ocasión, estaba demasiado embobada recordando tanto el restaurante como su boca.

Estaba impaciente por ver su cara al verme entrar. Entré en la editorial y subí directamente. El conserje desde la recepción ya me hizo un gesto conforme, podía subir, se acordaba de mí y le constaba que venía. Subí a paso ligero y con una sonrisa en mi cara, como una niña con zapatos nuevos, eran muchas las emociones que podía sentir en ese momento: volver a ver a Mateo, entregar mi primer contrato firmado para poder publicar mi primera novela, me sentía pletórica.

Cuando llegué a la puerta tres frené en seco, me coloqué a la derecha de la puerta para evitar su apertura contra mi cara y abrí con cuidado, o eso quise intentar, pesaba demasiado y tuve que poner una postura nada apropiada, y menos con mi poca destreza. Después de varios intentos y un par de gotas de sudor, conseguí abrirla, con el pelo algo revoloteado, pero sin perder la compostura, me paré para recomponerme antes de seguir avanzando, sin caer en la cuenta de que al cerrarse me golpearía en el culo y me haría avanzar un par de metros impulsada por el golpe, tuve que reírme porque lo que había entre esa puerta y yo ya no era normal.

Mateo no estaba a la vista, avancé hasta el despacho de Patricia mirando de reojo mesa por mesa para encontrarlo, pero no tuve suerte. Piqué una vez y esperé.

—Adelante —se escuchó.

Era la voz de Patricia. Abrí la puerta despacio y saludé mientras la cerraba detrás de mí.

—Buenos días, Patricia. Hola, Mateo.

Para mi sorpresa, Mateo estaba sentado en una de las sillas junto a la mesa de Patricia, se levantó al verme y se acercó a saludarme. Iba con un polo azul marino de manga corta, le quedaba un poco ajustado dadas sus dimensiones, y unos pantalones chinos en color beige que le hacían un culo que quitaba el hipo, me fijé cuando me dio la espalda para sentarse de nuevo y creo que no era la única que babeaba con él, a Patricia también se le escapó una sutil mirada, era inevitable no hacerlo.

—¿Qué tal estás, Violeta? —preguntó Patricia—. Ya conoces a Mateo —afirmó.

—Sí, ya está todo solucionado —contestó Mateo.

—Sí, algo así —respondí yo.

—Siéntate, por favor, Violeta. ¿Qué me traes? —preguntó Patricia.

—Te traigo el contrato firmado y el manuscrito, tal y como me pediste.

—Perfecto, dame.

Le entregué las dos cosas y esperé. Abrió el contrato, buscó mi firma y plasmó la suya al lado junto con el sello de la editorial. Su actitud no era tan cercana como ayer, imagino que un mal día.

—¿Tienes alguna pregunta o duda sobre el contrato?

—No, estoy conforme con todos los puntos.

Se levantó de la silla y me ofreció la mano.

—Pues entonces, señorita Violeta, bienvenida a nuestra editorial. Me levanté emocionada y le estreché la mano.

—Mil gracias, de verdad.

Mateo hizo lo mismo, se levantó y me estrechó la mano.

—Bienvenida —dijo sin más.

—Gracias —le dije emocionada.

—Muy bien, Violeta, a partir de este momento ya empezamos a trabajar con tu novela. Aunque ya lo conoces, este es Mateo, nuestro traductor de libros para otros países, pero en esta ocasión será él quien corrija tu novela, trabajaréis codo con codo para que sea perfecta. Lógicamente intentaremos respetar todo lo posible tu estilo. Él, antes de realizar ningún cambio, te lo hará saber para que tú des tu visto bueno, cualquier duda que tengas durante este proceso debes acudir a él, evidentemente yo estaré aquí para lo que necesites. Tenéis seis semanas desde hoy mismo. Cuando terminemos la corrección, te contaré el siguiente paso a seguir. ¿Te parece bien? —concluyó.

Miré a Mateo y por unos segundos me quedé pensativa, si me parecía bien, preguntaba. Claro que me parecía bien, pero no me lo esperaba, trabajar codo con codo con alguien a quien acababa de conocer y que me atraía tanto... iba a ser difícil contenerse, pero debía ser profesional.

—Me parece estupendo. ¿Cuándo empezamos? —pregunté con cara de pilla.

—Pues si no hay más preguntas y todos estamos conformes, ya hemos terminado —dijo Patricia—. Mateo, por favor, ahora le facilitas todas las formas de poder contactar contigo y ya podéis empezar a organizaros, recuerda que en dos semanas quiero ver algo.

Le entregó mi manuscrito y me estrechó de nuevo la mano en forma de despedida.

—Así será —contestó Mateo.

Y salimos juntos de su despacho.

—Acompáñame a mi mesa, Violeta, por favor.

Por el camino cogió una silla y, al llegar a su mesa, la colocó enfrente de la suya.

—Siéntate, por favor, te entretendré poco tiempo, lo prometo.

—Tranquilo, estoy deseando empezar y hasta las siete no vuelvo a la revista, hoy tengo guardia.

—¿Guardia?

—Sí, cada tres semanas tengo dos días de guardia, me tengo que quedar en la redacción y, en caso de que salte una noticia urgente, acudir a cubrirla.

—No sabía que los periodistas tenáis guardias.

—Siempre se aprende algo nuevo.

—Te doy la razón. Mira, esta es mi tarjeta, en ella aparece mi teléfono y mi extensión directa, mi móvil de empresa y el correo electrónico. El correo es el método con el que vamos a trabajar, es el más adecuado en este caso, pero puedes contactarme como quieras.

—Vale, genial, muchas gracias.

—Mañana empezaré con tu manuscrito y en unos días te haré llegar la primera parte de la corrección para que puedas ir viendo cómo trabajo y si estás o no de acuerdo. ¿Te parece bien?

—Me parece muy bien, tengo muchas ganas. Pero ¿y tu trabajo como traductor?

—Empecé en esta editorial como corrector, pero al poco tiempo y dada mi experiencia con los idiomas, Patricia me confió esa función, pero para tu novela quiere que sea yo quien la haga, confía en mí y en ti, Violeta, hace mucho tiempo que no la veo tan entregada en una novela como con la tuya, por eso para mí también es muy importante que este trabajo funcione, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo a la perfección, pero menuda responsabilidad me dejáis. Ni en mis mejores sueños imaginaba tanta confianza en algo en lo que ni yo misma confiaba.

—¿Y por qué has llegado hasta aquí?

—Por mi abuela, ella cree que valgo para escribir y, después de muchos años, he decidido quitarle el polvo a mi primer manuscrito y probar suerte, y mira, aquí me tienes.

—Algún día me gustaría conocer a tu abuela para poder darle las gracias por animarte a hacerlo. Aún no la he leído, pero si Patricia está tan entusiasmada es porque está segura de que será un éxito.

—No diría tanto. Gracias, Mateo, espero que a ti también te guste.

—Estoy convencido, pues quedamos así, Violeta, te mando algo en unos días.

Se levantó de la mesa y alargó su mano hacia mí. Hice lo propio, me levanté y le estreché la mano.

—Gracias, espero impaciente tus anotaciones.

No apretó mi mano, la acarició, estaba siendo profesional delante de sus compañeros, que estaban observando, aunque sus ojos querían decirme algo más.

Empujé la enorme y pesada puerta y me fui a tomar unas cervezas con Felipe y Valeria.



10.



## ¡Una cerveza, porfavor!

Cuando entré en el bar estaba exhausta, todo estaba pasando muy deprisa, y hacía mucho tiempo que no me sentía así por alguien del sexo contrario, de hecho, no recordaba la última vez que me había dejado llevar por mis sentimientos. Era el momento de contárselo a la parejita feliz. Olivia estaba al tanto de todo, pero ella es muy clara y directa, y hoy necesitaba explayarme un poco en el tema, fantasear en lo que había ocurrido y hasta dónde me puede llevar. Y ellos eran los más indicados.

Valeria era más fantasiosa, creía más en el amor a primera vista, en las relaciones para toda la vida y en todos estos rollos hasta ahora para mí. Aunque lo que pensaba no correspondía a cómo llevaba su relación con Felipe.

Felipe es divertido, abierto a todo y muy enamorado, es un amigo como los que no quedan y por eso hoy les voy a dar la chapa a esta futura pareja de tortolitos.

—Hola, tortolitos.

—¿Y esa cara que traes, Violeta?

—¿Qué le pasa a mi cara?

—¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

—¡Uy! ¡Uy! ¿Qué, Felipe?

Valeria no paraba de reír y eso me estaba poniendo aún más nerviosa.

—¿Y tú de qué te ríes, pelirroja?

—De nada, de nada —contestó.

—Vamos, Felipe, desembucha. ¿Qué le pasa a mi cara?

—Tus ojos brillan, y a no ser que te esté subiendo la fiebre, me da que te estás pillando por alguien.

—Pero... serás...

¿En serio se me notaba tanto? ¿Cómo ha podido darse cuenta, si lo único que he hecho ha sido dejar el bolso y saludarlos? ¡Qué vergüenza!

—Pues sí, marujón, he conocido a alguien, por eso os he pedido tomarnos unas cervezas, porque necesito contároslo y que opinéis, aunque después pase de vuestros consejos y haga lo que me venga en gana, pero sois mis amigos y una ayudita no me vendría nada mal.

—Venga va, empieza —contestó Felipe impaciente.

Felipe era muy marujo, le encantaba un chisme y hacerle un traje a quien fuera necesario, pero dando consejos y escuchando era único.

—Allá voy. Sabéis que de tanto en tanto me gusta escribir... escribir historias.

—Lo sabemos.

—Pues bien, he contactado con algunas editoriales y ya me he reunido con una de ellas, a la que le ha gustado lo que ha leído de mi historia y a mí me ha gustado lo que me han propuesto.

—Enhorabuena, Violeta, me alegro de que al fin hayas hecho caso a los consejos de tu abuela de que tienes talento para la escritura —dijo Valeria.

—No veas, tía, lo tuyo es un no parar, pero, ¿de qué novela has sacado a tu nuevo machoman? —dijo Felipe entre risas.

—No te rías, mamonazo, que es real.

—Perdón, perdón, es que me lo has puesto a huevo.

—En fin, la cuestión es que la forma en la que nos conocimos fue un tanto particular y os la resumiré muy por encima para que no le deis mayor bombo. Llegué a la redacción para reunirme con Patricia, la Jefa, y una inoportuna puerta se abrió contra mi nariz. Sí y sí, grité, maldije al que estaba al otro lado de la puerta y sangré, joder que si sangré, por cierto, llevaba una camisa blanca. La reunión después de todo fue muy bien, de ella salió el contrato de

publicación que os había dicho. Antes de irme el personaje que me había destrozado la nariz y la camisa propuso reponer lo sucedido invitándome a un café, y cuando vi a semejante portento pues, como comprenderéis, se lo iba a perdonar todo. Fue solo un café, pero un café muy interesante, tenía conversación, era inteligente, aparentaba saber estar y está tremendo. Algo inusual en mis últimas diez citas, como ya sabéis. La cosa está en que al día siguiente me llamó a la revista para invitarme a cenar, el lugar era espectacular, la comida deliciosa y la compañía mejoraba por segundos mis expectativas. Y acabó la noche.

—¿Y el beso?

—No hubo beso.

—¿No hubo beso? —preguntó Valeria sorprendida, pero si tal y como lo estas contando y una cita de esas características es para que termine en beso como mínimo.

—Pues ya ves... Sin beso y no por falta de ganas, la verdad.

—Menudo chasco —sentenció Felipe.

—Un poco sí, pero el beso llegó al día siguiente.

—¡Qué cabrona! ¡Cómo nos tienes en ascuas! —dijo Valeria.

—Sí, empezamos a tontear por WhatsApp y se presentó en la puerta de la revista, me plantó un beso de película y se fue.

—¿Se fue? ¿Sin más?

—Sin más, pero oye, menudo beso, me dejo temblando el resto del día, qué digo, me siguen temblando las piernas. Pero ahí no acaba todo, volvía a la redacción para entregar el contrato formado y empezar con todo el proceso de la novela, ¿y a que no sabéis quién es mi corrector?

—¡El machoman? —dijo Felipe.

—¡Exacto!

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues intentar no distraerme y trabajar con él en la novela o trabajármelo a él y después la novela. —Reí.

—Eso último lo veo mejor, liberar tensión para poder trabajar mejor.

—Yo también lo veo —dije.

—¿Y en qué quieres que te ayudemos entonces?

—En nada, gracias, chicos, por escucharme, ahora que lo he contado en alto lo veo más claro. Pero si me queréis dar vuestra opinión no estará de más.

—¡Ale! Ella es Juan Palomo... —dijo Felipe mientras pedía tres cervezas más.

—Pues tal y como lo has descrito, con conversación, inteligente, prudente..., creo que te viene como anillo al dedo, es lo que llevas tiempo buscando, ¿no? —dijo Valeria.

—Es exactamente lo que andaba buscando, por eso me asusta.

—Pues no tienes por qué, eres muy segura de ti misma y eso te ha ayudado siempre en tus decisiones, siempre vas por el buen camino, en esta ocasión no tiene por qué ser diferente —dijo Felipe.

—Gracias, chicos, sois increíbles. Bueno..., ¿y vosotros qué os contáis?

Se miraron, se sonrieron y me devolvieron la mirada.

—Todo bien —contestaron al unísono.

Esa fue la respuesta que me dieron, está claro que se están callando algo que todos podemos deducir, pero es una historia tan bonita y son ellos tan prudentes, que me quedaré con el “todo bien, y yo que me alegro”.

11.



## Las siguientes semanas...

Las siguientes semanas fueron perfectas. Tengo que reconocer que me daba vértigo adentrarme tanto en mis sentimientos hacia alguien, me había desencantado tanto con los hombres que iba con pies de plomo, pero Mateo tenía algo que no había conocido hasta ahora y parecía real. Habíamos sabido compenetrar perfectamente nuestra vida profesional con la personal, la novela iba viento en popa, ya le había presentado la primera parte de la corrección a Patricia y estaba conforme, yo más por eso. Aún no nos habíamos presentado a las familias, todo había empezado siendo una relación muy nuestra, apenas hablábamos de ellas, él aún no conocía mi historia. Estábamos muy centrados en nosotros, en conocernos, en ver a dónde nos llevaba este sentimiento, para avanzar o parar. Cada vez que estaba con él, sentía que el mundo se ralentizaba, disfrutaba de cada una de sus palabras, de sus mil caricias, de sus cientos de besos... Era muy cariñoso, atento, detallista. Sentía que era demasiado para mí, por mi sencillez, pero me dejaba llevar. No era la primera vez que la vida me obligaba a recomponer cada uno de los trocitos de mi corazón. Por lo que, si no funcionaba, estaba preparada para volver a hacerlo, en mi repertorio no estaba la palabra rendirse, pero sí recomponerse.

Aquella noche me demostró por primera vez que había entrado en mi vida para quedarse.

Eran las diez de la noche, estábamos en mi casa terminando de cenar cuando picaron a la puerta. Miré por la mirilla y era mi abuela, no conocía personalmente a Mateo, pero sí sabía de su existencia.

Mateo estaba avisado de que cualquier día, en cualquier momento, podría encontrarse con ella y, aunque no habíamos hablado de cuándo sería el momento de presentarnos a las familias, estábamos preparados para que eso pasara.

Abrí la puerta.

—Abuela, ¿va todo bien? —pregunté un poco alarmada por su cara de preocupación.

—¡AY! Hija, tu abuelo todavía no ha vuelto a casa y nunca llega tan tarde, salió a las siete a estirar las piernas, y normalmente, como muy tarde, a las nueve está en casa para cenar, pero son las diez y no ha aparecido.

—Tranquila, abuela, se habrá entretenido en algún bar viendo el fútbol, ¿lleva el móvil encima?

—Le tengo dicho que siempre que salga se lo lleve, pero no hay manera.

—Vale, abuela, dame diez minutos para que me vista y bajo al bar a ver si está allí. Tú espérame en tu casa para, si llega, avisarme, y tranquila, seguro que se ha entretenido.

—Vale, hija, ten cuidado.

Mateo estaba de pie en el salón, lo había escuchado todo.

—Mateo, tengo que salir a buscar a mi abuelo, aunque he intentado tranquilizar a mi abuela, en veinte años que hace que sale mi abuelo a pasear solo, jamás se ha retrasado un solo minuto y no lleva el móvil encima.

—Cariño, ve a vestirte, voy recogiendo la mesa y voy contigo.

—Gracias, cielo.

No estaba en el bar de siempre, eso me puso aún más nerviosa.

—Violeta, ¿tienes alguna foto de tu abuelo reciente?

—Sí, ¿por qué?

—Mándamela, tú ve en una dirección y yo en otra, en diez minutos nos llamamos.

—Buena idea, en diez minutos me llamas.

Empezaba a faltarme el aire solo de pensar que le podía haber pasado algo. Mi móvil sonó. Era Mateo.

—Dime que lo has encontrado.

—Cariño, tranquila, lo he encontrado, estamos en el parque que hay dos calles más abajo de tu casa.

Salí a correr, cuando llegué, creí que se me salían los pulmones por la boca, no soy muy deportista.

—Abuelo, ¿estás bien? —Me abracé a él y empezaron a saltarme las lágrimas.

—Hija, soy un desastre, tu abuela siempre me dice que me lleve el móvil por si me pasa algo y nunca le hago caso, y ahora veo la razón que tiene. Me he torcido el pie y es tanto el dolor que tengo que no puedo caminar, me he sentado aquí a ver si el dolor remitía para poder llegar a casa, pero cada vez me duele más.

Me agaché a mirarle el tobillo, estaba muy inflamado y morado.

—Abuelo, hay que llevarte al hospital, tienes el pie muy inflamado y puede que te hayas roto algo.

—Primero avisa a tu abuela, hija, que tiene que estar muy preocupada.

Y qué razón tenía.

—Violeta —dijo Mateo.

—Dime.

—Voy a por el coche, no os mováis.

—¿De verdad que no te importa?

—Por favor, cariño, cómo me va a importar, no tardo.

—Te lo agradezco, no sabes cuánto.

Y Mateo se fue a por el coche.

—Hija, ¿este es el chico del que tanto hablas?

—Sí, abuelo, es Mateo.

—Me gusta.

—¿Te gusta? Si ni siquiera te lo he podido presentar.

—Da igual, los abuelos tenemos un sexto sentido para estas cosas y este chico, su esencia, transmite seguridad.

—Vaya, me dejas sorprendida, espero que tengas razón, no conocía yo este nuevo sentido tuyo.

—¡UY! Tengo muy buen ojo, ¿no ves qué abuela tienes?

—En eso tienes razón, abuelo.

Mateo apareció con el coche y con mi abuela.

—Le he picado para dejarla tranquila y ha querido venir, no podía decirle que no.

—Muchas gracias por esto.

—Lo que haga falta, cielo.

—Si quieres vete a casa, ya los llevo yo al hospital.

—Ni hablar, no me voy a separar de ti, esta noche me quedo contigo.

Me abracé a él con tanta fuerza que le escuché soltar un quejido.

Cogimos camino al hospital, la espera fue de dos horas y, gracias a Dios, no había nada roto, un esguince agudo y reposo, mucho reposo.

—Abuelo, durante un tiempcito se acabaron los paseos, y no vuelvas a salir sin móvil.

—Por la cuenta que le trae —dijo mi abuela—. Mateo, muchas gracias por todo, espero poder conocerte en otras circunstancias.

—No hace falta que me dé las gracias y, si necesitan cualquier cosa, díganmelo. Cuídese, Manuel.

—Gracias, hijo.

Eran las dos y media de la madrugada, estaba rendida. Nada más cerrar la puerta de casa, me rodeó con sus grandes brazos.

—Cómo necesitaba este abrazo —le dije.

Nos metimos en la cama y me rodeó fuerte, estaba protegida, a salvo.

—¿Eso es...?

—Lo siento, cariño, tenerte tan cerca es lo que tiene.

Me giré y le besé.

—¿Estás segura?

—Mi abuelo está bien, ahora te necesito a ti.

Sus manos empezaron a acariciar todo mi cuerpo, poco a poco fue quitándome la ropa, solo sus caricias me provocaban una sensación muy placentera. Él solo dormía con calzoncillos, por lo que fue fácil y rápido.

Me subí encima de él, coloqué mis manos sobre su gran pecho y empecé a moverme sutilmente, Mateo era muy romántico y, aunque yo era más loca en la cama, nos habíamos adaptado muy bien el uno al otro. Después de unos cuantos movimientos, me colocó boca abajo en la cama y me penetró. Podía notar sus grandes manos sujetando mi cadera y, de vez en cuando, un jadeo en mi oreja. Terminamos sentados en la cama, yo encima de él, sudados y abrazados.



## 12.



### El turno de su familia

Todo parecía ir viento en popa, ahora sí era el momento de dar un pasito más y conocer a las familias: Mateo ya conoce mi historia y a mis abuelos, que lo adoran, y ahora es el turno de que yo conozca a su madre y a su hermana.

Tengo que reconocer que estoy un poco nerviosa, está muy unido a ellas y ya sabemos que entre mujeres la cosa se complica, soy la intrusa que acaba de llegar para llevarse a su hijo/hermano.

El día de la comida iba a ser el sábado de esa misma semana, por lo que llame a Oly para que me acompañara en modo urgencia a comprarme algo apropiado, no es que tuviera el armario vacío, pero así nos veíamos, ir de tiendas nos desestresa.

—Oly, estoy nerviosa, son dos contra una. ¿Y si son unas brujas?

—¿En serio, Violeta? Creo que, a estas alturas, sabrás deshacerte de dos brujas como dices, pero no te adelantes, que no las conoces y ya las estamos sentenciando.

—Tienes razón, pero...

—Seguro que su hermana es una bruja —dijo Olivia.

—Joder, Oly, ¿ves?

Empezamos a reírnos las dos a la vez.

—Violeta, estoy segura de que podrás con la situación y, si no es así, me llamas y creamos un plan de exterminio.

—Ten el móvil a mano.  
—Lo tendré.

Hoy no nos veremos, tengo trabajo de calle por la tarde-noche y puede alargarse hasta bien entrada la madrugada. Es una fiesta privada que da un cantante muy conocido en nuestro país y siempre salen buenas historias de sus fiestas y acompañantes... por lo que seremos mucha prensa hoy. Mañana temprano tengo que estar en la revista, toca crear la noticia y reunirme con Adrián para que me dé el visto bueno.

Después de la reunión con Adrián, cosa que fue bastante rápida y tensa (normal, teniendo en cuenta que ya no nos acostamos juntos), recibí un mensaje de Mateo donde me decía que no podríamos cenar juntos, que su madre no se encontraba muy bien y le había pedido que se quedara con ella.

En estos dos meses ya se había dado esta situación en otras cuatro o cinco ocasiones. Nunca he dicho nada, pero no lo veo muy normal, la mujer no está enferma, pero cuando le da el bajón tiene que quedarse Mateo con ella, lo respeto, pero lo veo algo injusto, es muy acaparadora. De esto sí me había dado cuenta.

El sábado tendré que recaudar toda la información posible para saber cómo afrontar estas situaciones y que no nos perjudique a nosotros en nuestra relación.

Menos mal que soy de las de ver, oír y callar. Ya está Oly para alterarse por las dos.

Seré prudente y precavida.

Esta semana nos habíamos podido ver muy poco por mi trabajo, hasta ahora no parecía importarle mis horarios locos de periodista, no había comentado nada y se había mostrado colaborador y atento, este ha sido mi mayor problema siempre en mis intentos de relación, por eso sigo tan comedida, pero aparentemente no parece ser un problema por ahora y doy gracias, porque me gusta mucho.

Ese viernes se quedó a dormir a casa, teníamos muchas ganas el uno del otro y así lo demostramos, pedimos comida china, abrimos una botella de vino y no dejamos de tener sexo durante toda la

noche. Consiguió que dejara de pensar en la comida del día siguiente con su familia y eso era difícil.

Habíamos quedado a la una y media en casa de su madre, María, también iría su hermana, Lucía, su marido, Víctor y sus dos hijos: Héctor y Laura.

Olivia me llamó alrededor de las once de la mañana:

—Recuerda estar tranquila, controla la situación y después ya analizaremos todo, pero no seas tan negativa, seguro que serán encantadoras contigo.

—Eso espero, Oly, es importante para Mateo, lo sé.

—Sobre todo, Violeta, siempre que estás nerviosa te aferras a la copa de vino, no lo hagas o perderás el control.

—Tienes razón, solo bebo cuando estoy nerviosa y acabo diciendo lo que no debo. No beberé.

—Ponte guapa y disfruta.

—Gracias, corazón —le dije con voz desinflada.

—Mañana hablamos. Te quiero.

Entré a la ducha mientras Mateo hacía su rutina diaria de ejercicios, ese cuerpo no se mantiene solo y, por suerte, entró al baño antes de que yo terminara, consiguiendo así apaciguar mis nervios.

Me ondulé el pelo para darle un poco de gracia, me maquillé y me puse el traje chaqueta rosa con rayas grises muy finas que me había comprado esta semana, el pantalón era tobillero y la americana por debajo del culo, ahora se llevaban mucho, por lo que le daba un toque informal. Debajo me puse un lencero blanco con puntilla en el escote y un colgante muy fino para que adornara un poco.

Mateo se vistió a mi son, llevaba un pantalón chino negro, una camisa blanca a juego con mi lencero y una americana gris clarita. Si es que a este chico todo le queda bien. Está tremendo.

Su madre también vivía en un pueblo a las afueras de Barcelona, apenas a veinte minutos de mi casa.

Era una casa de tres plantas, que hubiera podido contar, parecía recién reformada o muy bien cuidada, era de obra vista, con las barandillas de los balcones blancas, las ventanas de aluminio y

plantas, muchas plantas, me gustaba, aunque con el calor debe de ser una mina de mosquitos.

Había tres escalones hasta la puerta de entrada, Mateo llevaba llaves, me sujetó la mano y abrió.

—¡Hola! Ya hemos llegado.

Los sobrinos fueron los primeros en aparecer, corrieron a sus brazos y los elevó a los dos por los aires.

—Chicos, os presento a Violeta.

—¿Es tu novia, tío?

Vaya con los niños.

—Sí, renacuajos, es mi novia.

Y qué bien sonaba.

—¿Dónde están la abuela y tus padres?

—En el patio, la abuela dice que los tomates tienen no sé qué bicho raro.

Nos dirigimos al patio y mi corazón ya sí empezó acelerarse, notaba que me mareaba, pero todo era fruto de mi nerviosismo.

—¿Dónde están mis chicas? Hola, Víctor, ¿qué tal?

—Aquí estamos, *cuñao*.

—Hola, cariño, aquí estamos con las tomateras que tienen otra vez el bicho este blanco que nunca sé cómo se llama.

—Hermanito, qué bien te veo.

Se abrazaron.

—Os presento por fin a Violeta. Ella es mi madre, María, mi queridísima hermana, Lucía, mi cuñado, Víctor, y los granujillas de mis sobrinos: Héctor, de siete años, y Laura, de diez.

En la enorme mesa del patio, habían montado un apetitoso aperitivo: cacitos de hojaldre con foie, pinchos de pollo con salsa de soja, un jamón exquisito, cucharaditas de salmón ahumado con queso parmesano... sin menospreciar las olivas, los berberechos, los calamares en su tinta y las patatas. La verdad es que estaba todo riquísimo. Pude observar durante todo el rato que llevábamos aquí que su querida hermana no se había separado de Mateo ni un segundo, de hecho, el calzonazos de su marido es el que se estaba encargando de los niños, ya llevaba unos cuantos viajes al baño con el más pequeño y varios intentos porque la mayor comiera, mientras ella aparentaba no inmutarse. Su madre apenas habló, parecía que

nadie en esa mesa quería robarle el protagonismo a la bruja de su hermana. Gracias a Dios mis abuelos me han enseñado muy buenos modales y esta semana ya había imaginado yo todas las posibles situaciones, por lo que tenía controlada la situación por ahora. Intenté ganarme a los niños y fue fácil, algo que a Lucía no pareció hacerle mucha gracia por sus miradas. Justo antes del postre, madre e hija desaparecieron, fue solo en ese momento que Mateo se acercó a mí.

—¿Todo bien, cariño?

—Hola, cielo, sí, con tus sobrinos contándoles historias, son encantadores.

—Lo son. ¿Has comido bien?

—Estaba todo delicioso, tu madre cocina de lujo.

—Sí, le apasiona la cocina desde siempre.

Entraron por la puerta y todo volvió a cambiar. Hasta su madre.

—Bueno, Violeta, ¿y a qué te dedicas? —preguntó su madre.

—Soy periodista de calle, donde esté la noticia, ahí estoy yo.

—Como un comercial a puerta fría, ¿no? —soltó la hermana.

—No, Lucía, un comercial a puerta fría debe picar a muchas puertas para conseguir algo. Nosotros vamos directos a la noticia, no tenemos que pasearnos por la calle para buscarla, no en mi caso.

—Yo sí le veo similitud —contestó sin más.

—¿Y te gusta? —contestó su madre.

—Me encanta mi trabajo, es sacrificado por el tema de horarios, pero estoy acostumbrada.

—Si tienes ese horario tan malo, ¿qué pasará cuando tengas hijos?

—¿A qué te refieres, Lucía?

—Pues que no tendrás mucho tiempo para dedicarles, ¿no?

—Primero, no sé si voy a tener hijos y, segundo, mi trabajo no supondrá ningún problema, imagino que habrá un padre y, si no, hay guarderías o niñeras a las que poder acudir en estos casos. Y si no, ¿qué pasa con los padres y madres que trabajan y tienen hijos?

No contestó, la conversación se estaba calentando por momentos, no entendía qué pretendía y, sin darme cuenta, me

acababa de trincar una copa de cava del tirón, había hecho justo lo que no debía.

—¿Y tu familia no podrá ayudarte?

—Vuelvo a repetir, ahora no tengo hijos, por lo tanto, no es un tema a debatir.

Y así di por terminada esa tensa conversación.

Mateo no abrió la boca y eso me molestó, y mucho, para colmo, todo se alargó más de lo que quisiera y tuve que aguantar hora y media más entre víboras. Parecían perras marcando su territorio con Mateo.

De camino a casa había un silencio absoluto en el coche, ni él sabía qué decir y yo era mejor que no dijera nada. Al llegar a mi casa, no dejé que aparcara.

—Mateo, si no te importa, hoy me apetece estar sola.

—¿Estás bien?

—Estoy... sin más.

—Entiendo, necesitas analizarlo todo. Como quieras, cariño, luego te llamo.

Me despedí con un simple y frío beso en los labios. No preguntó más de lo necesario, por lo que estaba convencida de que sabía lo que me pasaba. En estos meses nunca hemos discutido, todo lo hemos hablado y debatido, por eso entendía su actitud, no le gustan los conflictos y, en esta ocasión, creo que no sabe cómo afrontar lo sucedido, por lo que nos vendrá bien pensar a los dos.

Un par de horas después de llegar a casa, mi teléfono sonó, era él.

—Hola, ¿te apetece hablar?

—No sé cómo interpretar la actitud de tu hermana, tu madre y la tuya. No paro de darle vueltas.

—Sé que ha sido tenso y yo tampoco sé por qué se han comportado de ese modo, te prometo que hablaré con ellas, pero no he considerado conveniente intervenir en ese momento, aunque era consciente de que te perjudicaba a ti. Lo lamento de verdad.

—Te lo agradezco, amor, no me gustaría que nuestra relación se desestabilizara por nada ni por nadie. No soporto los conflictos.

—No dejaré que eso pase jamás. Mañana te voy a buscar y comemos juntos. Y te cuento cómo ha ido la conversación.

—Vale, mañana te espero impaciente.

—Buenas noches, bella durmiente.

—Buenas noches, cara dulce.

Eran las ocho, me metí en la ducha, estaba más tranquila después de haber hablado con Mateo, pero seguía muy molesta por la actitud de su hermana, ¿qué se había creído?

Me preparé unas cuantas tostadas de paté a las finas hierbas con queso por encima, una copita de tinto de verano y llamé a Olivia mientras cenaba, para contarle lo sucedido.

Se puso como una moto y no era para menos, ella era la macarra de las dos en el buen sentido, ella solía ser la que daba la cara, la espontánea y la que tenía soluciones para todo, eso sí, de lo más radical era la tía. Y yo la quería mil.

13.



Mateo

Menudo marrón.

No sé en qué estarían pensando mi madre y mi hermana para haber actuado así hoy con Violeta. Pobre. Normal que necesite estar sola y pensar, yo también estaría en *shock* si su familia, sin dar pie a conocerme, me hubiera apartado de esa manera, y qué decir de las preguntitas envenenadas de mi querida hermana.

No entiendo el porqué, pero es evidente que, por lo menos, con mi madre debo hablar.



14.



## Vino y comida china

Con lo fácil de tratar que soy, la vida tan sencilla y exenta de problemas en la que vivo o vivía, y voy a tener que cargar *el resto de mi vida* con la hermana de mi novio, que no la aguanta ni su familia. Este tema me inquietaba demasiado, no me gustan los enfrentamientos ni las personas conflictivas, soy muy pacífica, ni tener que estar continuamente escuchando los comentarios inoportunos de un ser así, pero lo que sí que no soporto es que se metan u opinen de mi vida sin saber de ella, bueno, y ni sabiendo. Se van a vivir momentos tensos, es evidente, porque Mateo ya me ha avisado, ahora el tema está en cómo afrontar estas situaciones cuando se den, que ojalá sean pocas las veces que la tenga que ver.

### **Mensaje de Lucía (hermana de Mateo y bicha mala):**

*Hola, Violeta, soy Lucía, te escribo solo porque mi hermano me ha pedido que me disculpe por mi supuesta actitud del otro día. Hasta otra.*

**Yo:**

*Hola, Lucía, gracias por las disculpas. Un beso para los niños.*

### **Mensaje para Olivia:**

*Reenviado:*

*«Hola, Violeta, soy Lucía, te escribo solo porque mi hermano me ha pedido que me disculpe por mi supuesta actitud del otro día. Hasta otra».*

*Oly, mira qué mensaje de disculpa. ¿Dónde estás? I need you.*

**Mensaje de Oly:**

*En veinte minutos estoy en tu casa, saca el vino que este tema va a ser interesante y necesito inspirarme. ¿Llevo comida china?*

**Yo:**

*Sí, por favor, y hasta el pijama si quieres.*

**Mensaje de Oly:**

*Eso está hecho.*

**Yo, para Mateo:**

*Hola, cariño, ¿mucho faena?*

**Mensaje de Mateo:**

*Hola, cielo, hoy terminaré la jornada tarde, tengo que terminar esta semana sí o sí la traducción en italiano de una novela y eso es sinónimo de horas extras y mucho café. ¿Qué haces?*

**Yo:**

*Estoy esperando a Oly, trae cena china y se quedará a dormir, noche de chicas.*

**Mensaje de Mateo:**

*Suena bien, disfruta y salúdala de mi parte, mañana te llamo.*

**Yo:**

*Se los daré, que te cunda el trabajo, hasta mañana, mi guapo.*

Y tan puntual ella.

—Olyyy, gracias por acudir a mi rescate.

—Da gracias a que he venido para tu casa y no a la de esa hipócrita. Toma la cena y el postre.

—¿Postre también? ¡Helado de turrón! Cuánto te quiero.

—Y más que me vas a querer cuando te dé un par de pautas a seguir con esa lunática.

—Miedo me das, Oly, que no quiero acabar con ella, solo quiero algunas respuestas potentes para poder frenarla en seco y no darle pie a que pueda continuar soltándolas por ese día, obvio.

—Tú tranquila que te voy a dar unas pocas, yo también tuve una cuñada por el estilo y al final tuve que ensañarme con ella.

—¿Qué cuñada? Si no has tenido pareja fija en tu vida.

—Sí, hombre, Daniel, el rubio que tenía una moto verde horterísima, estuvimos juntos cinco meses. ¿No te lo presenté? Da igual, tampoco valía mucho y la tenía pequeña, gracias a él me di cuenta de que solo quería *chochetes*.

—Guau, Oly, tú en tu línea y cinco meses con un chico con la picha pequeña, te superaste.

—Suficiente.

Me moría de la risa. Qué poco fina, es única, es mi *choni* favorita, como yo la llamo, pero a la vez la mejor amiga que podría tener, qué digo amiga, es mi hermana de no sangre. Aún me pregunto cómo puede estar metida en el mundo de la moda con su actitud.

La noche fue larga, muy larga, Oly se pasó toda la cena dándome consejos y poniéndome en situación tras sus experiencias vividas. Tenía la cabeza como un bombo, no me veía yo muy capaz de decirle esas cosas y de esa manera. Acabamos chafardeando los perfiles sociales de sus ligues, lo que viene siendo espiar.

Y, como era ya habitual en ella, a la una de la madrugada se marchó con una nueva ligue.

—No te enfadas, ¿verdad, princesita? —preguntó mientras me hacía muecas con la cara.

—Anda, vete, petarda, si lo raro es que te quedaras. Pásalo bien y toma precaución.

—¿Me pongo un condón en el dedo?

—Anda, Oly, qué vulgar puedes llegar a ser, vete ya, anda.

—Te quiero, doña *finolis*, y piensa en los consejos que te he dado, ya me dirás qué tal te han ido.

—Que sí, que sí. Adiós.

# 15.



## La conversación

Vino a buscarme a casa, era la una y media más o menos, estaba preparada y algo inquieta por saber cómo había transcurrido la conversación.

—Hola, princesita, ¿cómo has dormido?

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

Estaba serio, algo le rondaba y eso me inquietaba todavía más.

—¿Cómo ha ido con tu madre y tu hermana?

—Tranquila, cielo, en la comida te cuento, que hay algo que ya es hora de que sepas.

¡Mierda! ¡Mierda! Y más ¡mierda! Sabía que algo pasaba, acabo de perder hasta el apetito.

Fuimos a la Cantina Marina, en el Port Fórum, hacen unas paellas de escándalo y el restaurante está muy bien, tienen una zona con juguetes para que los más peques estén entretenidos, eso imagino que sus padres lo deben de agradecer. Pedimos unos mejillones a la marinera para hacer boca, una paella caldosa con bogavante y una botella de vino blanco. A Mateo le encanta el vino blanco.

No aguantaba más, y mira que soy muy paciente, pero esta incertidumbre me estaba consumiendo. Sirvió el vino y aferré a la

copa, es lo que me suele pasar cuando estoy nerviosa, pero ya sea con vino, refrescos, agua... el problema es que, si lleva alcohol, se me sube demasiado rápido y ya pierdo el control de mis palabras.

—Violeta, que te veo venir, suelta la copa o te tendré que sacar en volandas.

—Perdona, me tienes intrigada.

—Lo sé, para mí tampoco es fácil contarte lo que te tengo que contar.

—Pues empieza ya, Mateo, por favor, que me va a dar algo.

Nos trajeron los mejillones. «Otra interrupción», pensé.

—Si recuerdas bien, te conté que mi padre murió de cáncer. En la familia por parte de mi padre hay muchos antecedentes familiares sobre esta enfermedad. Mi bisabuela, mi abuelo, mi tío, un primo de mi padre, mi padre... hasta aquí los que yo conozco, todos han fallecido por algún tipo de cáncer. Durante la corta estancia en el hospital, mi madre preguntó a los médicos si había alguna forma de saber si mi hermana o yo podíamos padecer también algún tipo de cáncer por los antecedentes familiares que teníamos. La respuesta fue sí. Entonces decidimos, por nuestra madre, hacernos un estudio genético que consistió en: mediante una muestra de sangre, en este caso, analizaron nuestro ADN para ver si había alteraciones genéticas que pudieran determinar algún tipo de cáncer o tumores. Los cánceres en mi familia han sido muy agresivos y, en algunos casos, repetidos, por eso fue recomendado por los médicos hacernos esta prueba.

Apenas pestañeeé, tenía todos mis sentidos puestos en él, los mejillones ni los probé, él se los comía la mar de tranquilo mientras hablaba y yo tenía mis manos aferradas a la copa con fuerza. Continuó:

—Los resultados tardaron una semana o diez días, no lo recuerdo bien. El test de mi hermana fue negativo, cosa que alivió muchísimo a mi madre, pero mis resultados no llegaron. Esa misma mañana nos llamó el médico de mi padre, quería hablar con nosotros en lo referente a mis resultados, imagínate cómo se puso mi madre, ya estaba puesta en lo peor.

—¿Y tú cómo reaccionaste? —pregunté mientras rellenaba la copa.

—Reaccioné con calma de cara a mi familia, pero por dentro estaba muy nervioso, no lo voy a negar, lo que estábamos viviendo con mi padre era puro sufrimiento y una angustia diaria, me asustaba, la verdad.

»Mi madre llamó a mi hermana para que hiciera compañía a mi padre mientras íbamos nosotros a la consulta. Lucía llegó llorando, cosa que no ayudaba para mantener la calma. Mi madre, de verla, también se puso a llorar, formaron un drama antes de tiempo. Aunque entiendo la sensibilidad por la que estábamos pasando todos con mi padre.

»Mi madre se pasó todo el santo camino rezando a no sé qué virgen que llevaba entre las manos, ni siquiera sabía que rezara. Resulta que se lo había dado la vecina para que le diera fuerzas o no sé qué historias le contó. En fin, imagino que necesitaba aferrarse a algo.

»En la consulta había un silencio que ya era familiar. El doctor nos saludó muy amablemente, se sentó en su silla de piel marrón, cogió un sobre blanco sin anotaciones, observó las hojas y empezó hablar. Mi madre me sujetaba la mano con todas sus fuerzas, apenas se escuchaban ni las respiraciones, no queríamos perder detalle de todo lo que nos tenía que decir.

»*Mateo, María, los resultados de Lucía ya he visto que han sido negativos, pero contigo, Mateo, la cosa cambia, tu resultado ha sido positivo, esto quiere decir que hay riesgo genético de padecer algún tipo de cáncer, pero no que lo vayas a padecer. Lo que deberíamos hacer son controles periódicos para ir controlando cómo siguen estos valores. Haz vida normal, ¿me oyes? Esto no significa que estés enfermo, ¿entendido?* »Asentí con la cabeza mientras observaba a mi madre, pálida y tiesa. El doctor le preguntó si tenía alguna consulta y que no dudáramos en llamar con lo que fuera. Mi madre no articuló palabra hasta que llegamos al coche y rompió a llorar. La tranquilicé, le hice ver que, aunque el resultado haya sido positivo, nos había dejado claro que no estaba enfermo y no tenía por qué llegar a estarlo, pero ella necesitaba asimilar la situación a la que se estaba enfrentando, primero con mi padre y después con

mis resultados. Demasiadas cosas en tan poco tiempo. Algo totalmente normal y entendible.

Estaba atónita. No sabía qué decirle. En ese momento nos trajeron la paella y, mientras nos servían, aproveché para pensar qué decirle para que no notara que me había invadido el pánico.

—Pero...

No me dejó terminar la frase.

—Estoy bien, Violeta, estos resultados son solo un aviso, no tiene por qué activarse nunca la enfermedad, o sí, pero lo que sí tengo claro es que no voy a levantarme cada día pensando en ello. ¿Te supone a ti un problema?

—¿Cómo? ¿El qué?

—Lo que te acabo de contar, ¿te afecta en nuestra relación?

—No, por Dios, cómo se te ocurre algo así, solo me preocupo por ti, te quiero con o sin resultados y haremos frente a lo que tenga o no que venir.

—Yo también te quiero y mucho, además. ¿Entiendes ahora la sobreprotección de mi madre y mi hermana hacia mí?

—Puedo entender esa sobreprotección, pero no eres un niño y la actitud que han tenido conmigo no ha sido la más correcta precisamente, ¿no crees?

—Tienes toda la razón, cariño, la actitud que tuvieron en la comida no fue correcta, de hecho, he hablado con ellas y se disculparán la próxima vez que te vean. Una cosa no quita a la otra, pero justifica.

—¡Qué vergüenza!

—A ver, tengo que reconocer que mi hermana es difícil de tratar y que, en ocasiones, entran ganas de ahogarla, es una sabelotodo que se equivoca y no es capaz de reconocerlo, es prepotente, pero porque es muy insegura, hoy te dice que está fatal por X motivos y mañana te dice que ella no está mal, que está estupenda, es bastante voluble, pero los que la conocemos ya sabemos cómo tratarla y es haciéndole el menor caso posible para que no se nos tire al cuello, me guste más o me guste menos, es mi hermana. Estoy seguro de que sabrás tratarla.

«¿En serio? A ver si se cree que es fácil tratar con una envidiosa, insegura y sabelotodo», pensé. Voy a necesitar la ayuda de Olivia

para que me dé unas clasecitas de dar buenos cortes, porque creo que los voy a necesitar para tratar con una persona tan tóxica. ¡Qué suerte la mía!

—Lo intentaré, pero no lo has pintado fácil.



16.



## Un mensaje envenenado

Tenía trabajo acumulado en la redacción y con la novela, necesitaba centrarme en mis cosas, hacía mucho tiempo que mi cabeza no abarcaba tantos temas, y menos que me quitaran el sueño, no podía permitir que eso me sucediera y me puse al lío, antes del mediodía quería tener todas las noticias y entrevistas organizadas y listas para enviárselas a Adrián y que me diera el visto bueno para su publicación. El rato de la comida había pensado dedicarlo a revisar la corrección que me había enviado Mateo, era ya la mitad de la novela y, aunque no es el proceso que se debe seguir, nuestra relación nos permitía hacerlo a nuestra manera. Y debía ser perfecta, pero ocurrió algo con lo que no contaba.

Lucía entró por la puerta de la redacción, me vio al vuelo, no había nadie más. El resto de mis compañeros habían salido a comer. Me levanté a saludarla:

—¡Qué sorpresa, Lucía! ¿Cómo tú por aquí?

—Hola, Violeta. He traído comida, mi hermano me ha dicho que no ibas a salir y he pensado en venir a hablar contigo.

Me temblaban hasta las pestañas, qué querría esta ahora, no me daba la sensación de que viniera en plan supercuñada molona solo a traerme la comida porque iba a tener o estaba teniendo un día movido, su mirada era fría y no conseguía mantenerme la mirada.

—¡Qué detalle! Muchas gracias, Lucía, hoy tengo mucho trabajo y quiero intentar adelantar todo lo que pueda antes del fin de

semana, e iba a sacarme un sándwich vegetal de esos secos de la máquina.

—¡Qué asco, por favor! A duras penas mantienen un color decente. He traído ensalada de pasta con pollo, me ha dicho mi hermano que te gusta mucho y a mí me sale muy rica.

—Es cierto, me encanta, muchas gracias.

En serio, esto no huele nada bien. Por un momento me vino Oly a la mente y en qué estaría pensando ella en este momento: que la comida estaba envenenada o quizás era el agua, pero algo iba a pasar, de eso estaba segura, esta visita no era porque sí, y me había pillado con la guardia baja y hasta arriba de faena que necesitaba toda mi concentración.

—¿Qué tal con mi hermano? —preguntó a bocajarro.

—La verdad es que muy bien, malo sería que llevando tan poquito tiempo algo fuera mal, ¿no crees?

—Sí, bueno... —dijo metiéndose en tenedor en la boca.

—¿Qué tal los niños? —pregunté para intentar suavizar la tensión que se podía palpar.

—¡Estupendos! —Típica respuesta hipócrita—. Están con Víctor montando una piscina en el patio de mi madre.

—Suenan divertido.

—El verano es muy largo y de alguna forma hay que entretenerlos.

—Imagino, pero... ¿exactamente para qué has venido, Lucía?

No podía aguantarme más la pregunta, no había venido a traerme la comida y a pasar un rato agradable conmigo, era obvio, y yo no tenía ni tiempo ni ganas de seguir con aquella situación. Tenía trabajo.

Dejó el *tupper* en la mesa, clavó sus ojos en los míos y empezó...

—Mira, Violeta, no me voy andar por las ramas, no me gustas. Has entrado pisando muy fuerte en el corazón de mi hermano y no voy a consentir que te lo lleves, que sepas que pondré todas las trabas que sean necesarias para que vuestra relación no siga adelante, mi madre, mi hermano y yo estamos bien como estamos, estamos muy unidos y, desde que tú has llegado, ha vuelto a plantearse volver a su piso, y eso significa que mi madre se quede sola y no me da la gana volver a verla mal cuando empezaba a

levantar un poco la cabeza. ¿He sido lo suficientemente clara? Ah, y otra cosita —dijo señalándome con el dedo—, si le dices algo de esto a mi hermano, lo negaré y victimizaré tanto que tendrás que sacarme en tu noticiario. ¿Vale?

—Vale.

No fui capaz de articular ninguna otra palabra, ni siquiera recordaba en ese momento cómo se parpadeaba o simplemente cómo se respiraba, sabía que no venía para nada, bueno, pero esto... esto ha sido demasiado. No quiere que estemos juntos y hará todo lo que esté en su mano para hacerme la vida imposible.

¿Yo me merecía esto?

¿De verdad no podía estar con Mateo por su hermana?

¿Y ahora qué hago?

Mi cabeza empezó a dar vueltas, no era capaz de ordenar los pensamientos, solo pude salir corriendo al baño a vomitar, me quedé sentada en el suelo mientras mis lágrimas empezaron a brotar por mi cara, en cuestión de segundos era un mar de lágrimas sin consuelo, con un día complicado por delante.

\*\*\*

## ***Lucía***

Salí de esas oficinas tranquila, relajada y con una sonrisa de satisfacción. Qué a gusto me había quedado y qué cara de pánfila que se le ha quedado a ella, no creo que sea capaz de contarle nada a mi hermano. Las cosas hay que tratarlas de raíz, si no se enquistan y ella empezaba a ser un quiste doloroso en el culo. Lógicamente, nadie de mi familia conocía mis planes: a Víctor lo había mandado a montar la piscina en casa de mi madre con los niños, y mi madre estaba en el mercado, como casi cada mañana, comprando el pescado fresco. Y yo... supuestamente trabajando, era cierto, pero el rato que tenía para comer es el que he invertido para ir a darle el recadito a mi querida cuñada o excuñada. Todo se verá.

17.



...

Estaba desolada, nunca me había sentido con un chico como me siento con Mateo, con él todo es fácil, con él la vida se ve en colores, con él me siento yo misma, con él me siento protegida, con él me siento querida, con él me siento deseada, quiero estar con él, pero no así, no nos dejará ser felices y no quiero complicar mi vida. Con todo el dolor de mi corazón, no tengo más opción que alejarme de él, pero...

¿Cómo lo hago?

¿Cómo sufrir lo menos posible?

¿Cómo me alejo de él?

No puedo, no quiero...

Hoy no había consuelo para mí.

De camino a casa, en el coche, casualidad o no, solo sonaban canciones tristes y, a moco tendido, canté una a una todas las que conocía. No era el mejor consuelo, pero sí un desahogo multiplicado por dos.

Ya eran cinco las llamadas que tenía de Mateo, cada una de ellas acompañada de un wasap:

**Mensaje de Mateo:**

*Hola, cariño, imagino que estarás ocupada, luego pruebo de nuevo.*

**Mensaje de Mateo:**

*Vaya, sí que estás ocupada, sí, no te preocupes, solo quería escuchar tu dulce voz, luego hablamos.*

**Mensaje de Mateo:**

*Esto ya empieza a preocuparme. ¿Estás huyendo de mí, cariño? Es broma. Luego intento de nuevo. Quería proponerte algo.*

**Mensaje de Mateo:**

*¿Violeta, estás bien? Te he llamado ya cuatro veces y no creo que una reunión dure tanto. Quiero creer que tienes el móvil sin voz. Me tienes preocupado, por favor, llámame cuando puedas.*

**Mensaje de Mateo:**

*Voy para tu casa.*

Ni siquiera intenté mejorar mi imagen, tal y como llegué a casa me senté en el sofá con un vaso de agua, estaba deshidratada de tanto llorar. Esperé a que llegara sin tener nada preparado, solo sabía que debía romper con él, algo que, sin duda, estaba por encima de lo que realmente deseaba, pero esa situación, esas amenazas... podían conmigo.

Tenía las llaves de mi casa desde hacía una semana, nos habíamos prometido *amor eterno* en su restaurante favorito, ahora nuestro restaurante favorito, le regalé las llaves de mi casa.

Entró.

—Violeta, cariño, llevo todo el día llamándote, ¿ocurre algo? — preguntó mientras sujetaba mis manos y buscaba mi mirada.

En la mesa del salón, su bolsa de deporte con las pocas cosas que se había ido trayendo estas semanas.

—¿Qué significa esto, Violeta? ¿Me vas a decir qué ocurre?

—Lo siento, Mateo, pero no podemos seguir juntos, ahí tienes tus cosas, por favor, vete.

—¿Cómo? ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿No me vas a dar una explicación? Violeta, joder, ¿he hecho algo? No quiero perderte, Violeta, te quiero, estoy enamorado de ti.

Mis lágrimas no tenían consuelo, no podía soportar aquello más tiempo y no podía darle una explicación porque realmente no la tenía. Yo también lo quería.

Me abracé a él con fuerza, sabiendo que sería la última vez que lo haría y le susurré en el oído:

—No lo hagas más difícil de lo que ya es, por favor.

—Me voy Violeta, pero que sepas que así no se hacen las cosas, sé que algo pasa y no me lo estás contando, no pararé hasta averiguar el porqué de tu actitud. No olvides que te quiero.

Y se fue.

Corrí a mi habitación, me abracé a la almohada y lloré toda la noche.

18.



Mateo

Salí por la puerta sin dar crédito alguno a esta surrealista situación que acababa de vivir.

Me había dejado.

Así, sin más, sin darme ninguna explicación. Algo se me escapaba. Violeta no es de esas, me lo ha demostrado durante estos meses, me dio las llaves de su casa hace apenas una semana, algo no me encaja, por eso estoy convencido de que algo ha ocurrido y que no me lo contará, aunque le arda la mente, la boca y el corazón. De eso estoy convencido.

Pero me quiere, sé que me quiere y yo a ella.

Esto no puede ser, no quiero que sea.

19.



Oly

Una vez más, Oly vino a mi rescate.

Esa mañana llamé a Adrián y le dije que estaba indispuesta, que había una pasa de gastroenteritis y había caído, que, si no le importaba, me ausentaría un par de días hasta estar recuperada. No puso inconveniente ninguno, no acostumbraba a ausentarme del trabajo, solo por fuerza mayor.

Tenía los ojos hinchados y la cama llena de papel del váter, apenas había pegado ojo y no me apetecía levantarme ni para orinar, a pesar de tener la vejiga llena, hasta que llegó Oly a mi rescate.

La pobre recogió todos los papeles de la cama y se tumbó a mi lado mientras me abrazaba con fuerza. Nos quedamos dormidas durante una hora, aproximadamente, que es cuando mi abuela apareció y empezó a abrir las cortinas y ventanas para ventilar tanta pena, como decía ella. Oly la había llamado para ponerla en antecedente, estaban preocupadas, me obligaron a levantarme, a ducharme y a desayunar, es en ese momento cuando las dos, sentadas enfrente de mí, quisieron saber qué me había llevado a tomar esa drástica decisión.

—Lucía vino a verme ayer a la redacción.

—¿Quién es Lucía, hija? —preguntó mi abuela.



—La cerda de su hermana —contestó Olivia mosqueada—. Esa es Lucía —sentenció—. ¿Qué te dijo, Violeta? Porque te lo juro que me la cargo.

—Deja que nos cuente antes de ponerte como una energúmena —le contestó mi abuela.

—Perdone, abuela —dijo Olivia.

—Continúa, hija.

—Bien, apareció a la hora de comer con dos *tuppers* de ensalada de pasta, averiguó que me gusta mucho.

—Seguro que llevaba veneno.

—Eso mismo pensé yo —le contesté—. Algo me daba en la nariz que no venía en el plan de cuñada amable y después de una conversación sin sentido alguno le pregunté directamente que para qué había venido, y para qué pregunté.

—¿Qué te dijo? —preguntó Olivia con los ojos como platos.

—Déjala hablar —le interrumpió mi abuela.

—¡JO! Abuela, perdona.

—Que no le gustaba y que dejara a Mateo, o iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que nuestra relación fuera un fracaso.

—Pero... pero... ¿Por qué te dijo eso, hija mía? —preguntó mi abuela afectada con una mano en el pecho.

—¡Menuda zorra! —se le escapó a Olivia.

—Parece ser que su madre empezaba a estar mejor después del fallecimiento de su marido y que tener a Mateo en casa le hacía mucho bien. Mateo les había transmitido la idea de volver a su piso de soltero y esto a su hermana no le ha hecho ni pizca de gracia, tanto es así que no iba a permitir que me llevara a su hermano. Es que os lo estoy contando y sigo sin conseguir entenderlo.

—Pero vamos a ver que yo entienda —empezó la abuela—. ¿Que no te lleves a su hermano a dónde? No tiene este chico ya treinta y siete años para poder tomar sus propias decisiones, esa madre debería estar deseando que su hijo pueda volver a su vida normal, digo yo, eh.

—Sí, abuela, la cuestión es que su madre no sabe esto y dudo que ella opine como su hija, pero no puedo ir con el cuento a ellos

porque me ha amenazado con montar un numerito si contaba algo y que lo negaría todo.

—Madre del amor hermoso, hija, qué bruja es esa tal Lucía.

—No lo sabe usted bien, abuela —replicó Olivia—. ¿Y ahora qué vas hacer?

—Nada.

—¿Cómo que nada, Violeta? ¿Vas a dejar escapar a Mateo por la bruja de su hermana? ¿No has aprendido nada de los consejos que te he dado todo este tiempo? No puedes quedarte de brazos cruzados, te lo digo de verdad, lo vas a perder y sé que te importa.

—Claro que me importa, por eso no voy hacer nada.

—Por una vez estoy de acuerdo con Olivia, Violeta, debes hacer algo. Mateo es un gran chico y os queréis, lo he visto con estos ojos: cómo te cuida, cómo te mira... igual que tú a él.

Volví a romperme, me pasé los dos días que me había cogido en casa metida del sofá a la cama y viceversa. Mi abuela se pasaba de vez en cuando para asegurarse de que comiera algo y Oly, la pobre, me llamaba cada pocas horas, tenía que viajar a París ese mismo día por un tema de telas y estaría fuera unos días.

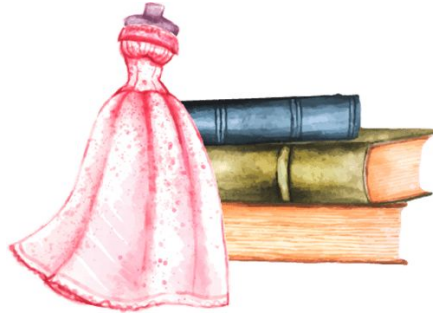
\*\*\*

## ***Olivia***

En cinco horas tengo que estar en el aeropuerto, tengo que coger un vuelo a París, estaré fuera unos cuatro días, pero a la vuelta lo voy hacer... lo voy hacer por ella, lo tengo que hacer, sé que me matará cuando se entere, pero no puedo permitir que mi hermana arruine su vida por una bruja de mierda. Tengo que hablar con Mateo y contarle lo sucedido. Se abrirá la caja de Pandora, pero es la única solución que le veo.

Violeta ahora mismo no está por la labor de contárselo y, si el tiempo pasa, será peor para los dos.

20.



## La unión hace la fuerza

### ***Olivia***

Adelanté el viaje un día para poder hablar con Mateo sin que Violeta pudiera sospechar nada, hablé con él al día siguiente de lo ocurrido y agradeció mi interés en verle, porque el pobre necesitaba respuestas, su voz era entrecortada y apagada, estaba triste, no conseguía entender qué había pasado o que había hecho mal, y tampoco era justo que se sintiera así, él no era el culpable, pero la respuesta no me corresponde darla a mí. Mi misión no era hacerle saber lo que la arpía de su hermana le había hecho a la mía. Conmigo no se juega y mi familia no se toca. Jamás me metería en su relación, pero esto es cosa de fuerza mayor y realmente lo que pasaba por mi mente era ir a por ella directamente y arrancarle esa melena *pelinaranja*, porque el rojo se lo ha dejado en la almohada la muy asquerosa, pero actuar así sí que me supondría un problema aún peor y por Violeta no lo haré, que sea Mateo el que decida en qué piscina ahogarla...

\*\*\*

### ***Mateo***

Estaba destrozado, una pena enorme invadía mi cuerpo, no tenía fuerzas ni ganas de nada, no entendía absolutamente nada, solo sabía que la quería, que me había enamorado de ella y que lo apostaba todo por nuestra relación. Mi propuesta para este fin de semana se había ido al traste.

Olivia me llamó al día siguiente de que Violeta me dejara de forma rotunda. Quería hablar conmigo, pero en persona, era un tema delicado para tratarlo por teléfono. Ella estaba de viaje por negocios, por lo que hice caso a lo que me dijo y esperé a verla antes de hacer ningún movimiento. Su voz sonaba intranquila y esperanzadora a la misma vez, si Olivia quería hablar conmigo y no debía enterarse por ahora Violeta, es porque el tema era importante.

Mi madre y mi hermana, como siempre, hicieron piña conmigo, intentaron animarme en cada momento, mi hermana se pegó a mí como una lapa, algo un poco excesivo, noté. No encontraba consuelo. Quería a esa mujer a toda costa.

\*\*\*

### ***Lucía***

Que fácil y rápido había sido. Es una chica lista, o débil, sea lo que fuere, ha hecho caso a mis amenazas.

Mi hermano anímicamente estaba mal, sí, lo reconozco, pero se le pasará, es un tío fuerte. Mamá está pendiente de él todo el tiempo y yo me he pegado a él como una lapa para estar atenta de todos sus pasos con esa. Víctor cree que estoy demasiado encima de él y que debería dejarlo hacer su duelo, su opinión sobre Violeta era positiva y eso me repateaba, por lo tanto, lo tenía todo el tiempo entretenido con los niños para arriba y para abajo, para no tener que escucharlo y yo poderme centrar en mi hermano: que si era una chica muy maja, muy prudente, muy educada... ¡Que le den!

\*\*\*

### ***Olivia***

**Mensaje de Olivia a Mateo:**

*Hola, Mateo, llego en diez minutos, me ha costado más de la cuenta encontrar un taxi.*

**Respuesta de Mateo:**

*Tranquila, hace solo cinco minutos que he llegado.*

Había quedado con Mateo en una cafetería del centro, era lo mejor para asegurarnos de que Violeta no nos viera juntos y, para ser sincera, tampoco era conveniente que su hermana nos viera. Estaba nerviosa, sabía que no debía meterme, pero lo iba hacer, iba a intentar dejar KO a esa arpía.

—Hola, Mateo, perdona el retraso, cada vez es más complicado conseguir un taxi en el aeropuerto. ¿Cómo estás? —le pregunté.

—Mal, Olivia, muy mal. No sé por qué ha tomado esta decisión, no entiendo por qué, ni siquiera me ha dado una explicación, me hago mil preguntas para las que no encuentro respuesta. ¿He hecho algo mal? ¿He sido un entretenimiento para ella? Si de verdad sentía lo que decía, ¿porque me ha dejado así, sin más? Me paso todo el día en bucle con lo mismo.

—Lo siento por los dos, de verdad, ella está destrozada, Mateo, voy a contarte lo que la ha llevado a tomar esta decisión. No debería ser yo, lo sé, pero lo entenderás cuando termine.

—Te lo agradezco, porque necesito saber qué hacer. La quiero, Olivia.

—La semana pasada, tu querida hermana fue a verla a la redacción, muy amablemente le llevó comida, ensalada de pasta, para ser exactos, con lo que sabes que le gusta a Violeta. La conversación no tenía sentido y Violeta tenía mucha faena, por lo que le pidió que por favor fuera al grano, que sabía que no había ido a verla para ser la cuñada del año...

—¿Eso le dijo Violeta? —pregunta Mateo sorprendido.

—No, eso lo digo yo, Violeta fue demasiado prudente. Continúo... y qué razón tenía sobre sus intenciones, porque a lo que había ido era a amenazarla en lo referente a ti.

—¿¿¿¡¡¡AMENAZARLA!!!?? —dijo Mateo sobresaltado.

—Sí, Mateo, tranquilízate.

—Cómo me voy a tranquilizar, qué coño hace mi hermana amenazando a Violeta. ¿Con qué la amenazó?

—Con amargarle la vida si no te dejaba.

—Pero ¿por qué?

—Le dije que pretendías volver a tu piso de soltero y que eso significaba alejarte de tu madre y de ella, que no lo iba a consentir, que tu madre ahora empezaba a levantar cabeza sobre lo de tu padre y que no iba a dejar que te llevara.

—Me dejas sin palabras, Olivia, jamás hubiera imaginado esto, cómo no iba a dejarme si mi hermana acude a su trabajo y con amenazas, conociendo lo fácil que es Violeta, claro que iba a evitarse este problemón.

—Mateo, una cosa sí que voy a decirte, Violeta te quiere y está fatal, pero sabes cómo es y lo fácil que le gusta que sea todo a su alrededor, ella quiere estar contigo, pero le ha venido grande.

—Lo imagino, sé cómo es, y que lo haga todo tan fácil es lo que hace que todo el mundo la quiera. Voy a pensar cómo gestionar esto y te llamo en un par de días, si te parece bien, creo que voy a necesitar tu ayuda.

—Perfecto, lo que necesites.

—Gracias de nuevo, Olivia, eres una buena amiga.

21.



## Sin consuelo

Había pasado una semana y lo echaba mucho de menos, no era justo lo que su hermana me había pedido, yo quería estar con él y él conmigo, ¿y por culpa de ella no iba a poder ser? Empezaba a no tener sentido en mi cabeza y mi corazón gritaba demasiado fuerte. Debía dejar mi zona de confort a un lado, esta lucha merecía la pena y debía recuperar a Mateo, me daba miedo su reacción, pero una parte de mí confiaba en que entenderá el porqué.

Salí de la redacción a las cinco y media de la tarde directa a su editorial.

—Hola, Paco, vengo a ver a Mateo.

Con tantas idas y venidas, ya me había hecho amiga del recepcionista.

—Hola, señorita Violeta, cuántos días sin verla. Hoy Mateo se ha marchado antes, ha dicho que se encontraba indispuerto.

—Vaya... Gracias, Paco, que tengas una buena tarde.

—Igualmente, señorita Violeta. Y espero que se recupere pronto.

Esto era lo que quería evitar, pero no me quedaba más remedio que ir a buscarlo a su casa y cruzar los dedos para que no estuviera su hermana.

Piqué dos veces seguidas, era la costumbre cuando iba a casa de mis abuelos, una especie de contraseña.

Y para mi suerte...

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cara de pocos amigos—. Creía haberte dejado claras mis intenciones.

—Vengo a ver a Mateo, ¿está en casa?

—No está y será mejor que no vuelvas.

Y así, sin más, me cerró la puerta en las narices. Mientras bajaba los escalones pude escuchar desde dentro la voz de Mateo preguntando quién era y a su hermana respondiendo que se habían equivocado.

Lloré todo el camino de vuelta a casa, cuando llegué, me fui directa a casa de mi abuela.

—Pero, hija, eres un mar de lágrimas. ¿Ha pasado algo más?

—Abuela, he ido a buscar a Mateo a casa de su madre porque ya no estaba en la editorial, y ha abierto su hermana —sollozaba.

—¿Y qué te ha dicho, Violeta? —preguntó mosqueada, algo inusual en ella.

—Que no estaba, que si no me habían quedado claras sus advertencias, y me ha cerrado la puerta en las narices —sollozo.

—¡Ay! Pero qué le pasará a esa muchacha para haberla tomado contigo de esta manera. Llámalo, Violeta.

—No, abuela, esto tengo que solucionarlo cara a cara. Mañana volveré a intentarlo en la editorial.

\*\*\*

## ***Mateo***

Me había parecido escuchar la voz de Violeta, pero la verdad sea dicha, me parecía escucharla las veinticuatro horas del día. Según mi hermana, se habían equivocado, cosa que ya ponía en duda. Me asomé por la ventana y pude ver el parachoques trasero de su coche, no había escuchado mal, Violeta había venido, pero... ¿Qué le habría dicho mi hermana para que se fuera tan rápido? Hice caso a las palabras de Olivia y opté por no decirle nada a mi hermana. Llamé a Olivia para informarla de la decisión que había tomado respecto a lo sucedido y para ponerle al corriente de la visita de Violeta.



**Mensaje a Olivia:**

*Hola, Olivia, Violeta ha estado en casa de mi madre, pero le ha abierto la puerta mi hermana y ha salido despavorida, no hemos podido vernos, ni siquiera sé de qué han hablado. Lucía me ha dicho que se habían equivocado, pero he podido ver su coche alejándose por la ventana. ¿Sabes algo?*

**Respuesta de Olivia:**

*Hola Mateo, me ha escrito hace apenas diez minutos para vernos esta noche en su casa, ya sabes: vino y comida china, eso es sinónimo de que algo pasa. Cuando sepa más te lo hago saber. Gracias por informarme.*

**Respuesta de Mateo:**

*Gracias a ti por todo.*

\*\*\*

Esta noche viene Olivia a cenar, he pedido chino y he comprado dos botellas de vino, es nuestro ya famoso menú en momentos de tormenta, desahogo o desconsuelo, como era el caso. Por primera vez voy a pedirle que me ayude en esto de ser más borde, o más radical... o no sé cómo lo llamará ella, pero la necesito. En realidad, le pediría que diera la cara por mí, que fuera a por su hermana y le diera un par de bofetones y, aunque sé que lo haría si se lo pidiera, no sale de mí llegar a esos extremos.

\*\*\*

**Olivia****Mensaje de Olivia a Mateo:**

*Hola, Mateo, lo prometido es deuda, pero no entraré en detalles, hay cosas que son solo vuestras. Violeta esta mañana ha ido en tu busca, pero tu hermana le ha dicho que no estabas y le ha cerrado la puerta en los morros después de volver a amenazarla.*

**Respuesta de Mateo:**

«Emoticonos con cara de enfado y al rojo vivo».  
*Gracias, Olivia, voy a poner solución a esto, ¡YA!*

\*\*\*

**Mateo****Mensaje de Mateo en su grupo familiar:**

*Tengo que hablar con vosotras. Esta noche durante la cena en casa de mamá.*

**Mensaje de su madre:**

*¿Ocurre algo, hijo?*

**Mensaje de Lucía:**

*¿Qué pasa, hermano?*

**Respuesta de Mateo:**

*Esta noche en la cena.*

—Me vuelvo a mi piso. —Así, a bocajarro, sin vaselina, era lo mejor, no me apetecía andarme con rodeos, y menos con lo que sabía de mi hermana.

—¿Qué? —contestó sorprendida Lucía.

—¿Sorprendida, hermanita? No deberías —dejó caer.

Se hizo el silencio, hasta que intervino mi madre:

—Ya era hora, hijo —dijo para sorpresa de todos—. Llevas ya mucho tiempo haciendo una vida que no te corresponde y ha llegado el momento de que sigas con la tuya, he notado que algo pasa con Violeta, no he querido entrometerme, pero no la dejes escapar, esa chica me gusta, Mateo, y te cuida.

—Pero...

Mi hermana no atinaba a articular palabra, estaba en *shock*, pero no más que yo, no esperaba esa respuesta y tampoco la paz que

me transmitió con lo que había dicho. Me levanté de la mesa y la abracé con fuerza, acaba de calmar mi ansiedad.

—¿No te alegras por tu hermano, Lucía? —le preguntó mi madre.

—Voy al baño —dijo con cara de pocos amigos.

—Mateo —prosiguió—, estoy al tanto de todo, pero no quería sacar el tema delante de tu hermana, bastante decepcionada estoy ya con ella.

—No sé de qué me hablas, madre.

—Esta mañana, y después de tu mensaje, llamé a Violeta, me olía que algo pasaba y que tenía que ver con ella, hace más de una semana que no estás bien, pero no he querido meterme hasta que tú acudieras a mí. Lo que no me esperaba era lo que estaba pasando esa chiquilla: las amenazas de tu hermana, meterse de ese modo en tu relación, cuando ve igual que vemos todos lo feliz que eres ahora después de mucho tiempo y la buena sintonía que transmitís. No consigo entenderlo, sé que lo hacía por mí, pero hay otras formas de hacer las cosas, como venir a preguntarme cómo estoy, qué necesito, traerme a mis nietos mientras ella calienta la silla no es ayudar precisamente, pero como es mi hija y quiero que me siga trayendo a los niños, pues callo, pero ya está bien. Hijo, de verdad, vuelve a tu piso y sé feliz, ve a por Violeta y quereros mucho, no le tengas en cuenta lo ocurrido, es una chica sensible y ha buscado la forma rápida y fácil de zanjar el tema sin pensar en las consecuencias, pero lo está pasando mal y su vida tampoco ha sido un camino de rosas.

—Mamá, primero de todo, pedirte perdón por haberte mantenido al margen.

—No me pidas perdón, hijo, eres adulto y estás en tu derecho de gestionar tu vida a tu manera.

—Lo sé, mamá, pero vivo contigo y me ves pasarlo mal y tampoco es justo. Y lo segundo, gracias por ser mi madre, gracias por ser la luchadora que eres y por no fallarme nunca.

—Eres mi hijo y lo hago con todo el amor de mi corazón.

Creo que era el abrazo más largo y con más sentimiento que jamás nos habíamos dado.

22.



## Aire... ¿fresco?

Olivia, Valeria y yo habíamos cogido una casita rural monísima en Berga, querían animarme y sacarme un poco de la rutina, y yo les estaba muy agradecida, porque en estas últimas semanas solo salía de la cama para ir a trabajar.

No recordaba la última vez que nos íbamos de fin de semana las tres juntas. Por una razón u otra, ya tocaba hacer una escapadita juntas.

Necesita desconectar, pensar, decidir cómo actuar, qué hacer y cómo hacerlo. No me había salido bien el primer intento, pero mis fuerzas no aguantarían muchos más desprecios. Estaba tan hundida que me parecía imposible llegar a él.

La casa se veía enorme, según salíamos de la carretera y nos adentramos por el camino de arena que nos conducía hasta ella. Esas dimensiones no eran normales para un fin de semana, tres chicas.

—La madre que os parió, pero qué... No me lo puedo creer, no puedo fiarme de vosotras, sois...

Nada más llegar a la zona de parking pude ver como seis o siete vehículos más. En ese momento, y tras las sonrisas pícaras de mis dos queridas amigas, entendí que la casa no era para nosotras solas y que este fin de semana no era para relajarnos, sino una de esas fiestas que duran todo el fin de semana en la que se apunta gente hasta llenar aforo.

Cuando Valeria abrió el maletero, flipé:

—Esas tres neveras son... —Ni acabé la frase, claro que lo eran, tres neveras llenas de alcohol.

—Tendremos que ir a por comida, he traído poca cosa —dijo Olivia.

—¿En serio? Cómo vas a traer más comida si no cabe en el coche con tanto alcohol —dije irónica.

—Ja, ja, ja.

—Venga, Violeta, por favor, que lo estamos haciendo por ti y por pasar un fin de semana juntas como los de antes. ¡Que buena falta nos hace a las tres!

—Sí, ya, bueno...

Valeria no abrió la boca, estaba emocionada por este fin de semana, se le notaba en la cara y en el entusiasmo con el que vaciaba el coche para entrar.

—Habla de Mateo y de cómo ayudarte a llegar a él, pero prométeme que lo vamos a pasar bien, o que por lo menos lo vas a intentar —dijo Valeria antes de abrir la puerta de la casa.

—Lo prometo —dije con la boca pequeña.

La música sonaba de fondo, la casa estaba recogida, en el gran cubo de la basura se podía apreciar a los restos de la fiesta de anoche.

—Por lo menos son limpios —dije.

—Chicas, esa es nuestra nevera —dijo Olivia emocionada.

—¿Nuestra nevera? —pregunté.

—Hija, pareces recién salida de un convento. En este tipo de casas destinadas a fiestas, a cada habitación le pertenece una nevera. Nena, ya ves que no es una meganevera, es perfecta para el alcohol y la comida. ¿Para qué más? —dijo Olivia.

—Pues es la primera vez que veo y escucho esto de las neveras.

—Tienes que airearte más, pequeña —sentenció Olivia.

—Ya veo que sí... —dije.

—Vale, tenemos la habitación siete para las tres, la que folle que ponga un tanga en el pomo de la puerta.

—¡JODER, OLIVIA! ¿En serio?

—Pues claro que va en serio, Violeta. No jodas.

—No, tranquila, si yo joder no voy a joder con nadie, pero si estamos las tres en la misma habitación...

—Tranquila, princesita, que si me tiro a alguna intentaré que no estés despierta.

—¡OLY! —grité.

—Que estoy de coña. Tranquila.

—Sí, ya... que te conozco...

—Bueno, venga, va, vamos a sacar las cosas.

Yo tenía razón, claro que la tenía. Las once de la noche y ya había caído una. Olivia tiene un imán para la gente y no tiene miedo a nada, o casi nada. Qué envidia. Yo soy muy asustadiza y en el tema de relaciones... hasta ahora me he atado poco, un rato de placer y a tu casa.

Mientras Oly está a lo suyo con una y con otra, Valeria y yo estamos aferradas a la botella de Puerto de Indias y pegándonos unas risas con los de las habitaciones ocho y nueve. Son un grupo de tres chicos y tres chicas majísimos, del norte.

Tengo que reconocer que me estaba sentando estupendamente una noche así y encima lo estaba pasando bastante bien. Aunque no podía quitarme a Mateo de la cabeza ni a la zorra de su hermana (este vocabulario es bajo los efectos del alcohol, yo no soy así). Había prometido que intentaría desconectar y debo hacerlo, solo van a ser cuarenta y ocho horas.

Y así fueron. Cuarenta y ocho horas de fiesta, alcohol... y gente ya no tan desconocida. Volvimos a casa con un resacón de tres pares y los estómagos vacíos.

*Vuelta a la realidad.*

23.



## O todo o nada

Estaba agobiada, no esperaba que lo del otro día saliera tan mal y ni siquiera poder verlo, tuve que coger mucho aire antes de tomar la decisión de ir a verle, con la intención de no solo darle una explicación de por qué actué de una forma tan cobarde con él, sino de hacer lo imposible por recuperarlo. No sé si lo entenderá o cómo se lo tomará, pero lo que sí sabía es que no había hecho bien y debía recular.

Esta vez jugué un poco a lo seguro y aproveché la conversación que había tenido días antes con su madre para asegurarme de que podría encontrarlo sin que apareciera su hermana.

—Hola, María, soy Violeta.

—Hola, hija, ¿cómo sigues?

—Bueno... llamaba porque voy hacer otra intentona por hablar con Mateo y quería asegurarme de que estaría en casa, pero que no estará Lucía.

—Estará en su piso, cariño, ayer mantuvimos una conversación y le he pedido que haga su vida, que vuelva a su piso y que te llame.

—Pero... —Me quedé muda, no supe qué responder, menuda sorpresa—. ¿Y se lo ha tomado bien?

—Ya le dije que me daba igual cómo se lo tomara, no lo quería más en casa centrado en mí y con su hermana metiéndose en su vida como si le perteneciera. Yo estoy mejor y, aunque sufra recaídas, es mi problema, yo también tengo que hacer mi vida.

—Vaya... —Seguía sin articular palabra, tampoco tenía confianza como para preguntar demasiado.

—Así que, hija, esta tarde lo encontrarás en su piso y espero y deseo que podáis solucionarlo.

—Muchas gracias, yo también lo espero.

—Un abrazo, hija.

—Otro para usted y muchas gracias por todo.

—Ya ves tú, solo quiero lo mejor para mi hijo y, en este caso, sin ti no está bien.

—Gracias de nuevo, adiós.

Y colgué el teléfono aún más pensativa, no era lo mismo ir a casa de su madre a darle una explicación, que probablemente no estaríamos ni solos, que presentarme en su piso...

\*\*\*

## **María**

Debo avisar a Mateo.

Pobre Violeta, cuando se entere de que su amiga, Mateo y yo estamos compinchados en este caso para sorprenderla a ella...

—Hijo, me ha llamado Violeta, le he dicho que estabas ya en tu piso y esta tarde irá a hablar contigo. Acuérdate de lo que hablamos y haz por entenderla.

—Vale, mamá, gracias por avisarme, voy a poner mi plan en marcha.

—Suerte, hijo.

—Gracias, mamá, te mantendré informada.

—Cómprale flores. —Y así, con estas dos palabras, colgó el teléfono. Dejándome con la palabra en la boca.

\*\*\*

Abrí el armario para cambiar de vestimenta, lo que llevaba puesto no era lo más adecuado para ir a su piso. Mis ánimos eran más bien



bajos, pero quería gustarle y necesitaba arreglarme un poco, todo sea dicho.

Me puse mi mejor lencería, esperaba y deseaba que la noche terminara con una copa de cava junto a los maravillosos ventanales de su maravillosa habitación, o que este fuera el inicio de una romántica y larga noche de pasión.

Escogí un vestido semiformal, ajustado hasta las rodillas, de color granate con topos blancos desiguales, me puse tacones, algo inusual en mí, en una bolsa metí el camisón lencero, unas bambas y mi neceser. Dejé mi larga melena al aire y apenas me maquillé, sabía que lloraría a moco tendido en cuanto empezara hablar y no quería parecer un cromo.

El camino hacia el parking fue un poco desastroso, menos mal que no me he cruzado con ningún vecino porque mis tobillos no atinaban a ir rectos, estaba como un flan, menos mal que había cogido las bambas, ya sabía yo que no llegaría muy lejos con tacones. Me puse las bambas, metí la bolsa en el maletero y cogí camino a casa de Mateo, solo había estado de pasada en una ocasión, cuando nos dirigimos a cenar a un restaurante cercano a su piso, pero no llegamos a subir, aunque creo que recordaba el camino a pesar de mi mala orientación.

Aparqué en el descampado que había enfrente y busqué su piso, recordaba que me comentó que era el tercero empezando por la derecha: estaba en casa, la luz tenue lo delataba, es la luz perfecta para sofá y una buena lectura, o sofá y peli, o simplemente una noche de mucho amor y arrumacos.

Eran las siete y media de la tarde y sentía un nudo enorme en mi estómago, de hecho, convive conmigo desde que no estamos juntos, pero confiaba en que hoy desapareciera junto con mis ojeras.

Compré su tarta preferida en la pastelería de al lado de su casa, para todas las celebraciones siempre las compraba él y tenía que jugar mis mejores cartas, y un dulce no le amarga a nadie. Era una *mousse* de limón con frutos rojos y base de galleta, estaba de infarto.

Piqué.

Abrió sin contestar, como si me estuviera esperando.

Subí.

La puerta estaba entreabierta y una nota colgaba del pomo: «TE ESTABA ESPERANDO».

Me quedé muda, pero mi cabeza no.

¿Sabía que venía? ¿Estará esperando a otra? ¿Entro sin más?  
¡Ay, Dios! Parezco idiota aquí plantada.

Avancé despacio y cerré la puerta detrás de mí.

24.



## Mateo

Tengo tanto que agradecerles a Olivia y a mi madre que no sé cómo las voy a compensar. Si no fuera por ellas... No todo el mundo considera oportuno meterse en la vida de los demás. Y a pesar de que es lo que han hecho, sabían hasta dónde meterse y cómo ser prudentes, respetando a todos los implicados.

Juego con ventaja, es cierto, pero eso no significa que esté igual de nervioso que Violeta. He venido a mi piso para organizar una velada especial. Quiero que se sienta a gusto y tranquila, y eso se me da bien, igual que cocinar.

Tengo la cena a fuego lento, la pequeña mesa delante del sofá, preparada con cava, dos copas y un ramo de sus flores favoritas. Las peonias.

La habitación y el cuarto de baño están recogidos, yo vestido, perfumado e impaciente. La luz, tenue.

En la puerta, un cartel con un mensaje escueto: «Te estoy esperando».

25.



## Cuando sobran las palabras

La luz era tenue, tal y como había podido observar desde la calle, no había recibidor, por lo que dejaba ver todo el salón: el sofá era espectacular, en color mostaza, era un espacio amplio, sencillo, algo frío, aunque la luz del momento lo hacía cálido. Una pequeña mesa de madera delante del sofá con un gran ramo de peonías blancas y dos copas junto con una cubitera que dejaba ver el cuello de una botella de cava rosado, cubierta por un trapo de seda blanca. No entendía esa situación y no, no lo veía a él.

Avancé unos pasos.

Y pude verle. En la cocina. Abierta al salón. Con pantalón negro y camisa blanca, estaba descalzo y llevaba un delantal puesto. Olía genial lo que estuviera cocinando. Y él... él estaba guapísimo y sexy.

Lo miré.

Me miró.

—Has tardado mucho, Violeta.

No entendí a qué se refería, ¿había tardado en entrar? ¿En llamarlo? Mil preguntas volvían a rondar por mi cabeza.

—He traído algo. ¿Puedes meterlo en la nevera, por favor?

—Claro que sí.

Se acercó a mí y mi cuerpo empezó a temblar, tenía la sensación de que iba a romper a llorar y que seguramente me tiraría a sus brazos para que me consolara, dejando su aroma impregnado en mi rostro, que haría que alargara el drama hasta que empapara su camisa de mis lágrimas. Pero aguanté el tipo como pude y lo único que hice fue nada, dejar que cogiera el postre sin mover ni un solo músculo de mi cuerpo, creo que ni pestañeeé para no perderme nada de ese momento, de volver a tenerlo tan cerca de mí.

Se detuvo unos segundos frente a mí con sus manos en el mismo lugar donde se encontraban las mías sujetando la caja, sentí que me observaba, pero no fui capaz de mirarlo. Antes quería hablar con él, ese era el objetivo de mi visita sorpresa, aunque ya no sé para quién de los dos es la sorpresa.

—Mateo, yo... he venido porque quería hablar contigo —empecé diciendo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunté sorprendida.

Mateo apagó el fuego, metió la cazuela en el horno, se quitó el delantal y me dirigió hacia el sofá.

—Siéntate, por favor, te escucho.

Sirvió las dos copas de cava y me ofreció una, la cogí y me la bebí de un trago, necesitaba aclarar mi garganta y mis ideas. Me sirvió otra, pero en este caso la apoyé en la mesa, tampoco quería empezar a balbucear.

Se sentó en el otro lado del sofá, respetando mi espacio y nerviosismo, se me notaba a leguas y me conocía bastante bien.

Por fin levanté la mirada y la clavé en la suya, sin duda alguna estaba enamorada. Su actitud parecía hasta simpática, creo que yo también necesitaba una aclaración sobre este momento.

—Primero de todo, quiero disculparme, sé que no hice las cosas bien, que te dejé de malas maneras y sin una explicación, cosa que ahora me siento preparada para darte. Han sido complicadas estas semanas sin ti, pero espero haber recapacitado a tiempo. —Me observaba mientras le daba un trago a la copa, sin mediar palabra —. Mateo —continué—, tu hermana vino a verme a la redacción, por su actitud en la comida de casa de tu madre imaginaba que no venía en son de paz, a pesar de haberme traído la comida. Estaba

convencida de que sus intenciones no eran buenas y, efectivamente, después de media hora hablando prácticamente del tiempo, le pregunté para qué había venido. ¿Y cuál fue mi sorpresa? Vino a pedirme que me alejara de ti, que, si no lo hacía, me haría la vida imposible. Me asusté, cariño, sabes que huyo de los conflictos y este me parecía imposible de solucionar, lo siento de verdad, me superé la situación y no pensé en las consecuencias, por eso tomé la drástica decisión de romper contigo, ni siquiera tenía valor de darte una explicación, fui y soy una cobarde, no sé cómo afrontar los conflictos y no hice caso a mis sentimientos, ni siquiera a mi abuela y a Olivia, que tanto han insistido en que diera el paso que estoy dando. Lo siento de verdad, cariño. No te quiero perder.

Durante unos eternos segundos, Mateo solo me observó y, sin mediar palabra, dejó su copa en la mesita y se acercó a mí. Acarició mi mejilla con la yema de sus dedos, en silencio, mientras nos mirábamos. Retiró de mi rostro un mechón de pelo y bajó sus manos, acariciando mis brazos. Sujetó mi mano y se la llevó a su pecho agarrándola con fuerza. No dejábamos de mirarnos y el ambiente aún se volvió más cálido. Un beso en la frente hizo que mis ojos se cerraran y que mi pecho se relajara, otro beso en la punta de la nariz hizo que de mis labios saliera una media sonrisa, continuaba con los ojos cerrados, expectante a su dulce respuesta.

Era la primera vez que estaba en su casa, no conocía sus rincones, por lo que dejarme llevar era un plus añadido para tan excitante momento.

Elevó su culo a la vez que tiraba hacia abajo mis piernas, quedándome así medio tumbada. Mi espalda y mi cabeza reposaban sobre un enorme y cómodo cojín. Se incorporó y me quitó las bambas con delicadeza. Acariciaba mis pies mientras los dejaba al descubierto, intenté desabrocharme el vestido, algo que impidió apoyando sutilmente su mano sobre las mías. Quería tener el control y yo se lo cedí. Fue subiendo sus manos sobre mis piernas mientras mantenía su mirada clavada en la mía. Su mirada... su roce... iba a explotar de placer. Frenó justo al llegar a la falda del vestido, bajó la mirada para, acto seguido y sin elevar la cabeza, volver a mirarme... Sonrió y se introdujo entre mis muslos. Al notar el roce de sus labios entre mis piernas, apreté con fuerza el

cojín, agarré ligeramente su pelo y me dejé llevar por el mar de placer que poseía su lengua. Estaba estremecida, mi corazón palpitaba en cada rincón de mi cuerpo y mi sexo no iba aguantar un segundo más.

—Mateo —atiné a decir con voz excitada—, si no paras, voy a correrme.

Y no paró...

Gemí.

Una y otra vez.

El orgasmo parecía no acabar nunca, tenía su cabeza entre mis manos e intentaba retorcer mis piernas de placer, pero no me dejaba... continuó hasta que mi suspiro bajó el ritmo.

Agotada de placer, pero hambrienta de sexo.

Me cogió.

Sujetó mis muslos con fuerza mientras me besaba con pasión.

Me llevó a su dormitorio y me dejó caer en la cama junto a él, se bajó los pantalones, elevó mi vestido hasta la cintura y la introdujo de un solo y húmedo empujón.

—Qué ganas tenía de estar contigo, Violeta. Te echaba de menos.

—Y yo... —Era incapaz de hablar mientras practicaba sexo.

—Sabía lo de mi hermana.

—¿Qué? —dije entre gemidos—. Mateo, por Dios, luego me lo cuentas, ahora sigue y no pares.

Y continuamos haciendo el amor bajo la atenta mirada de las luces de la ciudad, que se reflejaban a través de sus grandes ventanales.

La mejor noche de amor de mi vida. Sin duda alguna.

26.



Buenos días...

El apartamento olía a café. Las sábanas eran suaves, blancas como la nieve y olían a nosotros. Las sujeté con fuerza y me enredé en ellas unos minutos más, aquella sensación que sentía en ese momento era de plenitud, el día era esplendoroso, el sol entraba por los ventanales, el cielo estaba despejado con un azul liberador. No necesitaba nada más en ese momento: ese café y a Mateo.

—Toc, toc. —Simuló tocar a la puerta—. Buenos días, mi dulce amor. ¿Qué tal has dormido?

—Buenos días, mi dulce locura, creo que ha sido la mejor noche de mi vida, sin duda alguna.

—¡Me alegro tanto, amor! Te traigo café y tostadas con mermelada de fresa.

—¡Fantástico! Tengo mucha hambre. Gracias, cielo. ¿Y esta llave?

—Es la llave de mi apartamento, quiero que desde hoy la tengas. Me quedé muda.

Me levanté rápidamente de la cama y me dirigí al salón, cogí mi bolso y volví al dormitorio, estuve rebuscando unos segundos eternos y...

—Yo te devuelvo la tuya de mi piso.



Sonríó. Sonreímos y nos pusimos a desayunar.

—Violeta, ¿es posible que te cojas mañana fiesta?

—¿Para qué?

—Me he arriesgado y he hecho una reserva para los dos. Sé que tienes fiesta el lunes porque me lo ha dicho Adrián, pero estaría mejor aún si mañana también pudieras cogerte el día libre y así nos vamos cuatro días. ¿Qué te parece?

—¿Has hablado con Adrián?

—Bueno... digamos que he hablado con Adrián, con tu abuela, con mi madre y con Olivia.

—Pero... mmm... es verdad... ahora caigo. Anoche me dijiste que ya sabías lo de tu hermana. ¿Puedes explicarme eso?

—¿Primero puedes tú decirme si nos vamos de viaje juntos, mañana?

—Me muero de ganas por saber a dónde nos vamos mañana.

Soltó la tostada y me abrazó ilusionado.

—Tu turno, no te vas a librar.

—Está bien... Olivia me ha mantenido al tanto de todo estas semanas. Ella no quería involucrarse por ti, para que fueras tú la que decidieras cómo afrontar la situación, pero viendo, según ella, lo mal que estabas y que no conseguías encontrar una solución, no le quedó más remedio que llamarme, nos vimos después de su viaje a París y me lo contó todo, Violeta, todo. No daba crédito a sus palabras y estuve cabreado durante varios días sin saber bien, bien qué hacer. Cuando viniste a casa y ella te dijo que no estaba, vi tu coche desaparecer entre las calles a través de la ventana y mi desquicia fue en aumento, no fue capaz de decirme que eras tú; pero, gracias a Dios y antes de que explotara, mi madre se percató de que algo me pasaba y me pilló por banda, tuve que confesar. Entre ella y Olivia me ayudaron a llegar a la noche de ayer. Han sido las peores semanas de mi vida, después de la muerte de mi padre. No estaba dispuesto a perderte, Violeta, estoy locamente enamorado de ti. Y si tú no venías a mí, iba a ir yo, era lo único que tenía claro, pero no quiero una vida sin ti. Ya no.

Lloré, no sabía bien, bien el porqué, sentía una mezcla entre rabia, impotencia, incredulidad... Lo sabía, todo este tiempo lo

sabía... ¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? Todas estas semanas intentando decidir qué hacer con él y casi con mi vida... Ahora me doy cuenta de que no he escuchado a mi alrededor, tanta insistencia de Olivia porque hablara con él... mi abuela, ella también estaba en el ajo... y yo sin escucharlas. No puedo culparlas, al contrario, debo estarles agradecida. Siempre, todo lo que hacen por mí es para bien y para ayudarme, igual que yo hago con ellas y, pensándolo bien, yo hubiera hecho exactamente lo mismo por Oly. Mi Oly.

—¿Y qué pasa con tu hermana? ¿Has hablado con ella?

—No, mi prioridad eras tú. Si vuelve a meterse entre nosotros, entonces que no te quepa la menor duda de que no lo consentiré, pero puedes estar segura de que mi madre sería la primera en pararle los pies, está muy decepcionada con mi hermana y le gustas.

—Mateo, hay algo que por ahora debes entender y no sé por cuánto tiempo será así, quizás siempre, pero tu hermana es evidente que no es santo de mi devoción y desestabiliza mi vida, por ello quiero que sepas que a las reuniones familiares a las que ella asista probablemente no asistiré.

—Lo sé y lo entiendo, pero vayamos poco a poco con eso, ¿vale?

—Vale, cariño. Gracias por tu comprensión.

—¡T-E Q-U-I-E-R-O!

—¡Y Y-O!

Me besó.

Me besó.

Me besó.

Nos besamos.

—¿Comemos juntos?

—Tengo que prepararme la maleta, Mateo, pero ¿con qué tipo de ropa la lleno? De verano, de entretiempo, ropa de *sport*, de vestir...

—Ja, ja, ja, llévate de todo menos de invierno, por si las moscas, está siendo un otoño cálido, pero nunca se sabe estos veranillos del abecedario cómo serán. Por cierto, no olvides el bikini y esa lencería nueva que llevabas anoche.

Le vi la cara de pícaro y corrí hacia él, le rodeé la cintura con mis piernas, su cuello con mis brazos y lo besé con fuerza, estaba feliz, muy feliz.

—Qué bonito eres, leñe.

—Entonces... como creo conocerte un poco, a pesar de ser nuestro primer viaje juntos, creo que será mejor que esta noche vaya yo a tu casa y mañana salgamos desde allí.

—Sí, sí, sí, por favor, por favor, por favor —le supliqué juntando mis manos a modo de súplica.

—Yo llevo la cena, tú céntrate en la maleta —dijo con recochineo.

Y volvimos a sumergirnos entre las sábanas para recuperar todo el sexo perdido.

27.



## Nuestro primer viaje juntos con dardo envenado

A Mateo le había sentado mal la cena y durante la noche vomitó un par de veces. «Qué mala suerte, ahora que nos vamos», pensé.

El despertador sonó a las siete y le costó un mundo levantarse, de por sí ya es pesado, pero parecía que su peso se había multiplicado por dos o que sus fuerzas habían caído en picado.

Le preparé un par de tostadas con un poquito de aceite de oliva virgen extra (me obligaba a comprarlo) y un par de lonchas de pavo junto con un té digestivo. «Pobrecito mío, estaba pálido».

Lo dejé desayunando mientras yo me metía en la ducha, estaba tan nerviosa por el viaje que no había necesitado ni despertador.

—¿Cómo estás, cara dulce? ¿Te ha sentado bien el desayuno?

—Parece que recupero las fuerzas, sí, de todas formas, no sé qué me ha podido sentar mal, ahora mismo me siento con el abdomen hinchado y con algunos ardores.

—¿Quieres que vayamos al médico?

—Para nada, ya se me pasará. Ahora mismo lo único que quiero es hacer ese viaje contigo.

Intentó alzarme entre sus brazos, pero a la vista estaba que sus fuerzas no estaban al cien por cien cuando no me levantó ni un palmo del suelo.

—Está bien, date una ducha mientras recojo la cocina y termino de cerrar las maletas. Añadiré unos cuantos téis digestivos y algún *Motilium* por si las moscas.

Suena el timbre.

—Hola, abuela.

—Hola, hija, ¿ya os vais?

—Estamos a punto, Mateo se está dando una ducha y nos vamos.

—Tened cuidado, ¿vale, hija? Y llamadme cuando lleguéis.

—Sí, abuela, tranquila, te llamaré todos los días.

—Tampoco hace falta tanto, exagerada. Desconectad y disfrutad.

—Eso haremos. Te quiero, abuela.

Sus abrazos son mi paz.

Hice un *selfie* en la puerta de mi edificio y lo subí a mi red social como historia y como foto de publicación en el perfil. Mateo, yo y las maletas, con un mensaje: «En marcha...» y unos cuantos, *muchos*, corazones.

No había conseguido en estas veinticuatro horas sacarle prenda de dónde y cómo íbamos a ir.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Lista sí, y nerviosa también —contesté.

—Bien, pues, por favor, ponte esta venda en los ojos.

—¿En serio?

—Muy en serio. No quiero que sospeches nada hasta que lleguemos al punto de partida.

—Te mato.

Me tapé los ojos.

El camino se me hizo bastante largo e incómodo con los ojos tapados, pero seguro que valdría la pena.

—Muy bien, ahora no te muevas. —Bajó del coche y cerró la puerta.

—MATEO —grité *un poco*.

—Tranquila, fiero. Dame la mano y baja del coche con cuidado.

—Seguro que nos está mirando todo el mundo.

—Bueno... puede...

—De verdad que te mato, qué vergüenza me estás haciendo pasar.

—Pero si aún no te han visto la cara —dijo con recochineo—. ¿Estás lista?

—¡Ay! Sí, va, quítamela.

### **«BIENVENIDO AL AEROPUERTO DE BARCELONA».**

—¿Vamos a coger un avión?

—Exacto.

—Nunca he montado en avión.

—¿Lo dices en serio, Violeta? ¿Nunca?

—Nunca jamás, a mis abuelos no les gusta viajar y con las chicas siempre hemos ido en tren o coche. ¿Y cuál es el destino?

—Ahora lo verás. Me hace especial ilusión que tu primera vez sea conmigo.

—Y a mí contigo. Haces mejor cara.

—Me encuentro mejor, el desayuno me ha sentado bien. En marcha.

Entramos en el aeropuerto y los ojos se me abrieron como platos.

—¡Guau! —exclamé. Esto es impresionante.

—Tenemos que ir a las puertas de embarque, yo llevaré tu tarjeta para que no puedas ver el destino.

—No se te escapa una mamonazo.

Pasamos la cola y el control sin problemas. Y, por si no fuera suficiente sufrimiento...

—Como es pronto, vayamos a tomar algo antes, tenemos unos cuarenta y cinco minutos antes de embarcar.

—Estás disfrutando haciéndome sufrir, te lo veo en la cara. Ya te vale. Pues mira, voy a querer un bocadillo de jamón ibérico y una Coca-Cola Zero y sin cafeína. Mientras tú haces la cola y, por supuesto, pagas (por hacérmelo pasar así de mal), voy a la tienda de Victoria's Secret.

—Vaya, vaya...

Le hice una mueca sacando la lengua y me alejé dirección a la tienda. Olivia me había traído alguna que otra cosita de alguno de sus múltiples viajes y acostumbraba a ver sus desfiles, por lo que

me picaba la curiosidad. Fiché algunas cosas que compraría a la vuelta. Me hice un *selfie* y se lo mandé.

**Mensaje de Olivia:**

*Disfruta, pequeña, te lo mereces. Eso sí, a la vuelta quiero todos los detalles y el neceser que sale a tu derecha en la foto. Tq.*

**Respuesta:**

*Y tanto que sí. Y ese neceser será tuyo. Tq.*

Mientras me dirigía al restaurante, miré cuánta gente había visto mi historia y cuántos «Me gusta» llevaba la foto, era la primera vez que publicaba una foto con Mateo y me hacía especial ilusión ver la reacción de mi entorno. Como ya es habitual en gente envidiosa... Lucía había visto la historia, pero no le había dado ni me gusta ni había dejado ningún comentario en la imagen. Ella había subido otra historia. Le di... y en ella una frase: «La venganza termina cuando quien la inicia lo decide».

¡J-O-D-E-R! Seguro que tiene mi cara en el centro de la diana mientras intenta dar en el centro con un dardo envenenado. Espero que tenga mala puntería.

Me senté en la mesa y decidí no decirle nada a Mateo, no quería que nada ni nadie estropeará nuestro viaje.

—¿No te has comprado nada?

—He fichado algunas cosas que compraré a la vuelta.

—Muy bien, venga, come, que nos queda media hora y aún tenemos que localizar la puerta.

—Si supiera a dónde vamos, podría ayudarte —dejé caer.

Me miró y sonrió. No había colado.

—No te la juegues que aún te monto en el avión y no te enteras del destino hasta que la azafata resuelva el misterio mientras nos indica el tiempo que hace en el lugar, antes de aterrizar.

—Serás capaz.

—La verdad es que se me acaba de ocurrir y no es mala idea.

Me crucé de brazos lanzándole una mirada de pocos amigos. Aunque reconozco que sonaba divertido.

Ya en la cola de embarque, Mateo me colocó de espaldas al monitor donde salía indicado el lugar de destino, pero en ese momento fui yo la que quise seguirle el juego y no me giré. Seguí la cola de espaldas, la gente nos miraba y Mateo, que sobresalía su cabeza por encima de todos, dijo en alto:

—Es nuestro primer viaje juntos y quiero que sea una sorpresa hasta que lleguemos.

La gente aplaudió y colaboró de una forma majestuosa, incluso las azafatas me facilitaron el acceso para que no tropezara. Creo que nunca olvidaré lo que estamos viviendo.

El vuelo fue tranquilo, alrededor de tres horas. Estaba encantada de ver el mundo desde las alturas.

—Queridos pasajeros. Espero que hayan disfrutado del vuelo. Les indicamos que tenemos una pasajera a bordo que no conoce el destino, por lo que no lo mentaremos. El cielo está despejado y la temperatura en este momento es de veintisiete grados. Espero que disfruten de su estancia. Muchas gracias.

Mateo volvió a dirigirse a todos:

—Muchas gracias a todos por vuestra colaboración.

Y rompieron en un nuevo aplauso. Me sentía como en una luna de miel.

Elevé la mano en modo de saludo y salimos del avión.

### **«BIENVENIDO A FUERTEVENTURA».**

—Oohh, Mateo. Me encanta el destino. Olivia estuvo un verano practicando surf y me mandaba unas fotos espectaculares de las playas.

—¿Entonces te gusta?

—Más que eso. La sorpresa me gusta, pero tú me encantas.



28.



## Cuatro días en el paraíso

El hotel era espectacular. La recepción era enorme: rodeada de plantas y cristalerías, parecía que estábamos en el Caribe, o eso había visto siempre en fotos. El centro estaba lleno de sofás de piel roja. Era donde más señal de wifi llegaba, por eso estaba la gente sentada con sus portátiles o *tablets*.

—Buenos días y bienvenidos al Resort Fuerteventura Park. ¿Tienen reserva?

—Buenos días —contestamos a la vez.

—Sí —continuó Mateo, que le hizo entrega de un sobre con la reserva.

—Perfecto, tenéis reservada la suite con vistas a la piscina y servicio todo incluido. Les recordamos que vuestra reserva incluye el acceso gratuito a nuestro spa, un masaje relajante de regalo y un desayuno en la habitación totalmente gratuito. Si me permiten las muñecas, les pondré la pulsera para que puedan moverse por el hotel cómodamente. Espero que disfruten de su estancia.

—Muchas gracias —contestamos al unísono.

—Estoy sin palabras, cariño, spa, masaje relajante, desayuno en la habitación... ¿Puede ser mejor?

—Sí que puede ser. Ahora lo verás.

Entramos en la suite y no sabía qué expresión utilizar, era... no sé... simplemente espectacular.

—Pedazo de habitación —dijo Mateo.

—Y que lo digas. ¿Has visto qué cama tan enorme? ¿Y las vistas, Mateo? ¿Has visto qué vistas? Madre mía, esto es el paraíso. Voy un momento al baño, que llevo aguantándome desde el aeropuerto.

—Aquí te espero, contemplando estas maravillosas vistas.

—¡MATEO, CORRE, VEN! —grité.

—¿Qué pasa, cielo, estás bien? Pero que...

—Mira qué pedazo de jacuzzi tenemos en la habitación.

—Esto no salía en las fotos cuando hice la reserva, o quizás se me pasara, de todos modos... ¡Guau!

—No sé ni por dónde empezar a disfrutar de tanto.

—Podríamos bajar y verlo todo antes de decidir. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo.

Nos pusimos los bañadores, las chanclas y metimos las toallas en la mochila. Estábamos listos.

El *resort* no estaba en su plena capacidad, a pesar de la buena temperatura que hacía, por lo que no tenías la sensación de aglomeración y estrés de pleno agosto. Las piscinas, en plural, eran a cuál mejor. Pudimos contar hasta tres piscinas grandes exteriores a lo lejos y, por lo que podíamos leer, eran piscinas de agua salada, la central y principal piscinas, eran de agua normal y la tercera, más alejada, estaba rodeada de toboganes, cada cual más divertida. Esa zona estaba cerrada, imaginamos que por estar fuera de temporada. Ya que estábamos, aprovechamos para darnos un chapuzón. La piscina principal era de agua climatizada: veintisiete grados.

—Uno de estos días, si te apetece, podríamos ir a la playa a hacer surf o pádel surf, si te apetece.

—Me parece bien, hace tiempo que me pica la curiosidad con el pádel surf.

—Sí, y a mí con el surf, y tengo entendido que es uno de los mejores lugares para practicarlos por el aire.

—Sí, por eso Olivia vino aquí a practicarlos.

Cuando nos dimos cuenta, era prácticamente la hora de comer. Subimos a la habitación a cambiarnos la ropa mojada y bajamos al comedor.

Era el *buffet* más grande que había visto en mi vida, había de todo.

Mateo continuaba algo indispuerto, por lo que cogió comida más ligera. Yo... no me privé de nada y llené el plato hasta arriba.

—Sabes que puedes coger las veces que quieras, ¿no?

—¿Por qué lo dices? ¿Por el plato lleno?

—Ja, ja, ja. ¿Tú has visto todo lo que has cogido?

—Lo he visto y, si metes la mano, te la corto.

Nos echamos a reír.

Los días restantes fuimos de playa en playa, tenía el móvil saturado de fotos. Visitamos la Isla de Lobos, que es impresionante, e hicimos el amor todos los días, como era imposible que nadie nos viera por la ubicación de la suite, lo hacíamos con la cristalera abierta, el mar de fondo y bajo una manta de estrellas.

El lunes por la mañana fuimos hacer: Mateo, surf, y yo, pádel surf. Era el último día y no nos queríamos ir sin probarlo.

Después de que las olas nos revolcaran unas cuantas veces, de repente, dejé de ver a Mateo. Empecé a mirar desde lo alto de mi tabla, pero solo alcancé a ver la suya y no lo veía a él. El pánico me invadió y empecé a gritar su nombre, en cuestión de segundos, dos socorristas y algunos surfistas nadaron hasta donde estaba la tabla de Mateo y pude ver cómo uno de ellos lo subía a la tabla, inconsciente. Mientras unos los arrastraban a la orilla, otro encima de él le practicaba las maniobras de boca a boca. Con suerte, tardé poco en llegar, no sé de dónde saqué las fuerzas porque me temblaba todo y los ojos los tenía llenos de lágrimas.

Tardó un par de minutos en recobrar la consciencia, el equipo de la Cruz Roja lo trasladó a sus dependencias, donde le realizaron un reconocimiento. La tensión estaba baja y en la frente sufría un golpe, lo que no recordaba es si el golpe había sido antes o después de desmayarse. De todos modos, le recomendaron acudir al hospital para un reconocimiento más amplio, cosa que se negó. Eso ya lo sabía yo. Odia los hospitales.

—Cuando llegue a casa, ya acudiré a mi médico. Muchas gracias a todos por socorrerme.

Recogí las cosas de la playa y nos dirigimos de vuelta al hotel.

—Mateo, me has dado un susto de muerte. ¿Recuerdas qué te ha pasado?

—Recuerdo que estando encima de la tabla me ha dado un ligero mareo, pero no recuerdo nada más.

—¿Y esto por qué no lo has dicho cuando te han preguntado? Sabías que el golpe no tenía nada que ver con el desmayo. Deberíamos ir al hospital.

—Iré a mi médico en casa, Violeta. Esta noche ya nos vamos, así que tranquila.

—Prométeme que irás.

—Prometido. Ven, anda, y abrázame.

Nos quedamos acurrucados un buen rato.

29.



## Una de cal y otra de arena

Ya llevábamos unos días en la vida real. Mateo seguía en casa de su madre mientras terminaba de hacer unos cambios en su piso y acababa de empaquetar sus cosas para mudarse. Las noches las pasaba conmigo, la calidez había vuelto a mi casa y a mi cama. Cuánto lo había echado de menos.

Su hermana, que no ha dado señales de vida desde que volvimos del viaje, y eso no sé hasta qué punto es beneficioso para ninguno, debe de estar que echa humo por todos los orificios de su cuerpo y no la culpo, no se ha salido con la suya y debe de estar hambrienta de rabia y venganza.

En esta ocasión, estoy mejor preparada para cuando decida hacer su gran aparición en escena. Aunque, para ser un poco sincera conmigo misma, me acojona un poco pensar que me pille sola, en ese caso no las tengo todas conmigo.

Estoy feliz y tranquila. Mi actitud lo demuestra. Mi cara, según mi abuela, vuelve a desprender la dulzura y el carisma que me caracteriza y en mi entorno ha vuelto la paz que siempre acecha.

Tenía la cena preparada, mi hombre estaba a punto de cruzar esa puerta y yo estaba al otro lado esperándolo ansiosa, con hambre de él.

—¡Hola, bonita! —dijo desde el umbral de la puerta.

Qué hombre... Cómo me gustaba... Cómo me ponía... Qué loquita me tenía.

—Hola, cara dulce.

—Traigo algo para ti —dijo alargando su brazo, mientras me entregaba una carpeta amarilla.

—¿Esto qué es?

—Ábrelo.

—¿Otro viaje? —pregunté entre risas.

—Tú ábrelo, creo que te hará aún más ilusión que un viaje.

Y ahí estaba, tan bonita y limpiita ella. Mi novela.

Hice una expresión que casi me deja sin aliento, literalmente, cogí aire con tanta emoción que no era capaz de sacarlo.

—Violeta, coño, respira —dijo Mateo mientras me daba una palmadita en la espalda.

—Es mi novela —atiné a decir mientras la sostenía en mis manos, como si fuera un tesoro. La adoré unos cuantos minutos hasta que reaccioné—. ¿Ya está corregida? ¿Tenía muchos errores?

—Vamos a ver, eres escritora, no correctora, entonces según lo mires... pues sí, había unos cuantos errores. Te he mandado el archivo por correo para que puedas ver todas las correcciones. Ahora es tu turno, amor. Tienes que comprobar que todo sea de tu agrado, incluso mis recomendaciones que, como pareja mía que eres, he metido más mano de lo habitual.

—¿Te ha gustado? Sé sincero, por favor, Mateo, es muy importante para mí que lo seas.

Se dirigió a la mesa sin contestar, eso hizo que me empezara a poner muy nerviosa. Cogió la botella de vino que había preparado, la descorchó y llenó las dos copas.

—Tu silencio me pone nerviosa. No te ha gustado, ¿verdad? No te ha gustado, no te ha gustado... —empecé a repetir mientras me movía sobre la misma baldosa.

Me ofreció una de las copas, la cogí mientras lo miraba con el ceño fruncido de pena, miedo, incertidumbre...

—Violeta, quiero hacer un brindis.

Lo observé en silencio, mientras mi mente pensaba a qué demonios se debía ese brindis.

—Quiero brindar por ti, por tu novela y por el éxito que vas a tener. Me ha encantado la historia que cuentas y cómo la cuentas. Tienes una forma de escribir dulce, paciente, con sentimiento... Tu

novela engancha, cielo, de verdad te lo digo. No se equivocaba Patricia cuando dijo que había visto algo en ti que hacía mucho que no veía en nadie.

Rompí a llorar.

Era muy importante para mí su opinión. Me adentraba en un mundo que apenas conocía y eso me aterraba.

Después de cenar y mientras él veía una serie que estaba siguiendo, aproveché para empezar a revisar la corrección.

Estaba impaciente.

Una hora y media después, y con Mateo KO en el sofá, dejé la revisión, recogí la cocina y nos fuimos a la cama.

A las tres de la mañana, me despertó asustado.

—Violeta, despierta, Violeta.

—¿Qué pasa, Mateo?

—No me encuentro bien, acabo de ir al baño y había sangre en las heces, estoy bastante mareado y tengo mucho dolor en el abdomen, como si me estuvieran dando punzadas.

—¿Qué hago, Mateo? ¿Vamos al hospital? ¿Llamo a una ambulancia? Me estás asustando.

—Ayúdame a vestirme y llévame al hospital, por favor.

—Madre mía, madre mía, madre mía... —no paraba de repetir.

Ya de camino al hospital, Mateo no conseguía recomponerse, el dolor iba a más y su piel cada vez era más pálida. Paré en la puerta y pedí una silla de ruedas. Mateo es muy grande y, por consiguiente, muy pesado.

—Enseguida vuelvo amor, voy aparcar.

—No tardes —me dijo mientras apretaba con fuerza mi mano.

Estaba asustado, podía verlo en su mirada y en su apretón de mano. Y yo también lo estaba, no sabía si debía llamar a su madre o no. Eran las tres y media de la madrugada.

30.



## Prueba tras prueba, hora tras hora

A las siete de la mañana llamé a su madre.

A las cuatro de la madrugada se lo llevaron para hacerle pruebas. Son las ocho y aún no sabemos nada. Estamos en un *box* en urgencias, por ahora su madre y yo. Todavía no hemos querido levantar la voz de alarma.

Su madre está muy nerviosa, a pesar de aparentar calma, está sentada a su lado desde que ha llegado. Mateo está dormido. Le han dado calmantes y lleva un par de horas durmiendo.

—María, voy a por un sándwich y un café. ¿Te traigo algo?

—Sí, hija, por favor. Tráeme lo mismo.

—¿De qué quiere el sándwich?

—Un vegetal si hay, si no, lo dejo a tu elección, me gusta todo. Toma dinero.

—Ni hablar, María, por favor.

—Gracias.

—No hay de qué.

Mientras hacía el recorrido de máquinas expendedoras, llamé a mi abuela y a Adrián para contarles lo sucedido.

—Hola, Adrián, ya sé que voy de tardes, pero estoy en el hospital con Mateo y me preguntaba si te importaría darme el día libre, mañana podría hacer el turno doble.

—Claro que sí, Violeta, la familia es lo primero. Pásale lo que tuvieras esta tarde a Marta. Espero que no sea nada y se mejore pronto.

—Gracias, Adrián.



Qué suerte tengo del jefe tan majo que tenemos. No tanto de la compañera tan arpía que es Marta, pero son órdenes del jefe. Le mando un correo explicándole que esta tarde, por motivos personales, no puedo acudir a trabajar y que Adrián me pide que ella cubra mi faena. Le mando lo que tiene que hacer. Su respuesta es casi inmediata. Y no merece la pena hacer hincapié. Os podéis imaginar lo que le hace falta a esta chica. Una buena noche de placer. Y, aun así, no sé yo si resultaría eficaz para arreglarle esa cara de vinagre rancio.

Es el turno de mi abuela, pobre.

—Yaya.

—¿Hija, estás bien? Conozco esa voz y el tono es de cansancio y tristeza. ¿Otra vez esa bruja?

Cómo me conoce, con ella es imposible disimular nada.

—No, abuela. Es Mateo. Estamos en el hospital.

—¡AY, DIOS! ¿Qué ocurre, Violeta?

—Se despertó a las tres de la mañana con mucho dolor de vientre, había sangre en las heces y estaba mareado. Aún no nos han dicho nada, le han dado un calmante y está dormido.

—Madre de Dios, pero... ¿Le sentó algo mal?

—No lo creo, abuela, ya ha tenido algunos avisos parecidos y no ha ido al médico.

—Bueno, Violeta, cariño, tranquila, que ya verás cómo no es nada. Mantenme informada, hija mía.

—Vale, abuela, en cuanto sepa algo más te llamo.

Seguro que no es nada, cómo son las madres para que no nos asustemos más de lo necesario, pero estamos asustados y, aunque es un tema tabú, es inevitable pensar en sus antecedentes por enfermedad.

Mateo sigue dormido y aprovechamos María y yo para comer algo.

En ese momento, y muy alterada, hizo su puesta en escena Lucía. Como si de una novela se tratase, entraba llorando y se abrazó a su madre.

—Lucía, por favor, cómo entras de esta manera, vas a despertarlo y, lo que es peor, si te ve llorando puedes asustarlo más de lo ya debe estar. Haz el favor de salir, calmartelo y, cuando lo

estés, vuelves a entrar con otra actitud. Deja el drama de puertas para afuera.

«Toma ya», pensé.

Su mirada mientras salía fue fulminante.

—María, yo...

—Tú eres su pareja y debes estar aquí.

—Bueno... voy a que me dé un poco el aire, a comerme el sándwich y vuelvo en un rato, por favor, llámame si se despierta.

—Tranquila, te llamo con cualquier novedad. No te vayas muy lejos.

—Estaré en la puerta.

Era lo mejor que podía hacer para que no se me atragantara lo poco que le iba a meter al cuerpo.

Salí sin mirar, pero daba igual, su presencia se me clavó en la nuca como un puñal, cuánta maldad transmitía esta chica.

Me comí el sándwich y me bebí el café. Consideré que ya había pasado un tiempo prudencial y volví. Para mi sorpresa, cuando regresé, ni María ni Mateo estaban en el *box*, pero sí su hermana.

—¿A dónde se lo han llevado? —pregunté.

Silencio.

—¿Me puedes decir a dónde se lo han llevado? —volví a preguntar.

De nuevo silencio.

—¡Joder, Lucía, me tienes hasta los mismísimos cojones! —intervino Víctor—. Se lo han llevado para hacerle de nuevo una ecografía abdominal, en la anterior no acababan de ver nada claro y prefieren repetirla. María ha ido con él. No han dicho lo que iban a tardar.

—Gracias, Víctor.

En ese momento, el mundo empezó dar vueltas sobre mi cabeza, no sabía dónde meterme, estaba ante la situación en la que tanto había pensado y no estaba preparada para enfrentarme a alguien como ella. Necesito a Olivia.

Esperé fuera.

Una hora después.

—Hola, mi amor.

—Hola, princesita —sujetó mi mano.

—¿Cómo estás?

—Con el cóctel de calmantes que me han suministrado no tengo dolor, pero sí mucho cansancio.

—¿Te han dicho algo? ¿Qué tienes?

—Nada de nada, nos acaban de decir que pasaré la noche aquí y que mañana volverán a repetir todas las pruebas para estar seguros.

—Violeta, ¿te importa que me quede yo esta noche? —preguntó María.

—Pues claro que te quedas tú, mamá —intervino Lucía.

—A ti no te he preguntado —respondió su madre.

El odio hacia a mí le iba creciendo cada vez más.

—Cómo me va a importar, sí, sí, quédese, yo mañana a primera hora estaré aquí, hasta las once no entro a trabajar, debo recuperar horas. Si quiere que le traiga algo, me lo dice.

—Gracias, hija.

—De nada.

Me quedé sentada al lado de su cama, cogida de la mano de Mateo y se hizo un silencio extraño durante varios minutos.

31.



## Nada concluyente

—Buenos días, cara dulce.

—Buenos días, mi persona favorita. Te echaba de menos.

—Te he traído tu neceser de aseo y ropa limpia.

—Por estas cosas te quiero tanto.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has podido dormir? —empecé la ronda de preguntas.

—Hoy parece que estoy algo mejor, ahora me traen algo para que intente desayunar y empezarán de nuevo con las pruebas.

—Bueno, si te encuentras mejor es buena señal.

—Eso creo.

Su madre dormía en el sillón de al lado.

—¿Me has traído el cargador, Violeta?

—¡Ostras! Me lo he dejado en el coche, voy por él.

De camino al coche y para desgracia mía, me crucé con su Lucía. Iba sola.

—Buenos días —dije por educación, pero sin detener el paso.

—¿Buenos días, so zorra? Todo esto es por tu culpa —continuó diciendo—. Si no hubieras vuelto, nada de esto hubiera pasado, mi hermano está en el hospital por tu culpa.

Mi cara de asombro y pánico era evidente.

—¿Pero de qué estás hablando? —dije mirándola fijamente.

—Lo que oyes, zorra, te estás ganando una ostia, será mejor que sigas tu camino si no quieres recibirla. No quiero volver a verte por aquí, y si le vas con el cuento a mi hermano o a mi madre... te cambio hasta el pelo de color.

Me di media vuelta, aceleré el paso y me metí en el coche. Arranqué. Mientras dos lagrimones caían por mis mejillas.

No sabía a dónde iba, tenía que darle el cargador a Mateo, pero... ¿cómo entraba yo ahora así, de nuevo, al hospital? ¿Cómo podía disimular lo que acababa de pasar? Me había amenazado... Y yo no tenía por ahora el valor de enfrentarme a ella.

Paré el coche en un descampado calle abajo y llame a Olivia llorando.

—Hola, princesita.

—Oly... —No conseguí articular palabra.

—¿Qué te pasa, Violeta? ¿Otra vez esa arpía?

—Sí —contesté entre sollozos.

—¿Qué ha pasado, Violeta? ¿Quieres que vaya?

—Sí.

—Vale, tranquilízate, mándame tu ubicación que voy enseguida.

—Gracias.

La necesitaba.

No tardó más de veinte minutos en llegar. Me abrazó y me pidió que me tranquilizara para poder entender lo que le explicaba.

—Bien, Violeta. Yo sé que no eres como te voy a pedir que seas, pero te toca serlo o esta tía te pisoteará como quiera, ¿vale?

—Vale. ¿Qué propones?

—Vas a volver al hospital como si nada, entrarás en la habitación y harás como si no estuviera, te cogerás a Mateo, le harás arrumacos y lo que se te ocurra sin ser exagerada, que el pobre está convaleciente. Y cuando tengas la ocasión de tenerla a solas, le soltarás lo siguiente: *Si lo que pretendes es separarnos, no lo vas a conseguir.* Y esto ya como cosa mía, si puedes, enciérrala en el baño.

—No sé si seré capaz, Oly.

—Y tanto que lo eres, Violeta. Confío en ti. Eres fuerte, solo te falta un poco de valor. No vas a pegarle un bofetón aunque se lo merezca, vas a mandarle un mensajito con mucho *love*. Debes hacerlo o no te dejará en paz.

—Vale.

—Ven, anda, que te limpio esos churretes.

—Gracias, Oly, te agradezco que hayas venido y te agradezco que estés siempre.

—No me des las gracias, pequeña, lo eres todo para mí. Eso sí, si no funciona, actuaré yo.

—Te quiero.

—No más que yo. Y ahora ve y demuestra quién eres. Luego me llamas.

\*\*\*

No estaba nada segura de mí misma, pero Oly tenía razón: si no le paraba los pies, me haría la vida imposible y tonta tampoco soy. Era mi turno.

La cosa resultó más fácil de lo que imaginé.

Se abrieron las puertas del ascensor y vi que se dirigía al aseo. Y se me encendió la bombilla.

Entré.

—Lucía. Soy Violeta. Escucha atenta porque no lo volveré a repetir: *si lo que pretendes es volver a separarnos, no lo vas a conseguir*. Esta vez no, ya hemos visto de qué pie cojeas y no te tengo ningún miedo. Si vuelves amenazarme, tomaré otro tipo de medidas. ¿He sido clara?

—Maldita demonia.

No parecía haberle sentado muy bien, por lo que no esperé a que saliera por si realmente se le ocurría cambiarme el pelo de color. Capaz era. Y entonces lo vi claro, cogí el palo de la escoba que estaba apoyada en la pared, junto al cubo de limpieza, salí y bloqueé la puerta del aseo con ella. Sé que esto culminaría su odio hacia mí o, por lo contrario, vería que no soy una mosquita muerta (aunque sí lo era). Sea como fuere, lo había hecho, le había plantado clara y estaba orgullosa de mí misma.

Entré de nuevo en la habitación como si nada hubiera pasado y le di el cargador a Mateo.

—Pues sí que has tardado cariño, ya he desayunado.

—Perdona, cielo, me llamaron mi abuela y Olivia para saber cómo estabas y eso me ha entretenido.

—Solo era porque te echaba de menos. Los médicos están a punto de pasar. En breve volvemos a empezar la ronda de pruebas. Vete a trabajar tranquila, te llamo con lo que sea, ¿vale?

—Vale, cariño, me voy a la redacción. Llámame con lo que sea, por favor. Esta noche vengo a darte las buenas noches.

—Que sí, tranquila.

32.



Mateo

Debía aparentar calma, aunque me costaba un mundo. Podía ver reflejadas en sus caras la preocupación e incertidumbre. La misma que yo tenía, pero no podía desahogarme y explicarles que estaba asustado, que tenía miedo a que fuera lo mismo que había padecido mi familia, que esta enfermedad podría volver a nuestras vidas. No podía venirme abajo, tenía que ser fuerte y esperar a que los médicos se pronunciaran.



33.



## La espera desespera

Se armó la gorda.

A Mateo le han mandado a casa a la espera de los resultados, no se ha ido muy convencido y así lo ha hecho saber al equipo médico. Después de cuarenta y ocho horas ingresado y prueba tras prueba, no le habían dado ningún diagnóstico. Seguíamos con el corazón en un puño, pero debíamos llevarlo con la mayor tranquilidad posible por él.

Como era de esperar, y dado que su madre está jubilada, se fue a su casa mientras se recuperaba.

—Será temporal, cielo, ¿vale? Y quiero que vengas cada día y que no te condicione si está o no mi hermana.

—Mateo, no sé si es buena idea que vaya. He de contarte algo referente a tu hermana y yo.

—¿Te ha vuelto a amenazar?

—Bueno, sí y no, esta vez he sido yo la que ha hecho algo.

—¿Cómo? ¿Tú? ¿Qué has hecho?

—La encerré en el baño del hospital, después de que me amenazara en el *parking*. Ya sé que no he actuado debidamente, pero tenía que hacer algo, no puedo ir con la cabeza baja cada vez que esté ella. Quería hacerme notar un poco, pero quizás me pasé. Lo siento mucho.

Mateo empezó a reírse a carcajadas durante unos eternos segundos.

—Mateo, ¿de qué te ríes?

—De lo que has hecho.

Continuó riendo.

—Me ha parecido brillante, de verdad, encerrarla en el baño —se repitió a sí mismo—. ¿Y cómo la encerraste?

—Bloqueé la puerta con el palo de una escoba.

Volvió a reír a carcajadas.

—Vas a tener que dejar de ver series de acción en Netflix —dijo sin parar de reír.

—Vale ya, Mateo, de verdad, que cuando me vea no quiero ni imaginar lo que me dirá o hará.

—Tranquila, en casa de mi madre estará controlada.

—Si tú lo dices...

No las tenía todas conmigo, esa chica no se iba a dar por vencida así como así, y menos después de haberla increpado de esa forma, pero confiaré en que su madre y él mismo intervengan si se vuelve a repetir cualquier situación inapropiada.

—Violeta, ¿te vas a quedar a dormir? —preguntó su madre.

—No, no, gracias. Me voy a casa, que la tengo toda manga por hombro.

Era cierto, entre el viaje, que todavía tenía ropa por lavar, y estos días en el hospital, he tenido que renunciar a algo y ha sido a la limpieza de mi piso. Mi abuela se ha ofrecido a ayudar, pero no puedo dejar a la pobre mujer que se líe trapo en mano. Así que, viendo que ya está en casa y en buenas manos, prefiero irme a mi casa.

—Lo entiendo. ¿Vendrás mañana a comer?

—Si no le importa, vendré a cenar. Mañana me espera una jornada laboral dura. Tengo que viajar a Gerona para cubrir un evento gastronómico en el que asistirán los hermanos Roca y seguro que asoma algún que otro famoso.

—¡Olé! Con las ganas que tenías de poder cubrir ese evento. Me alegro, cariño —dijo Mateo.

—Por eso mismo debo irme ya. Cena, ¿vale?

—Sí, ama —dijo con tono de sirviente.

—Le preguntaré a tu madre, tú mismo.

—Que síiiii, ven aquí.

Y estiró de mi mano hasta que quedé cogida a él.

«Sus abrazos recargan mi energía», pensé mientras me abrazaba.

Ya en casa, me hice una ensalada. No me apetecía cocinar, ni limpiar. Así que cogí la novela y continué revisando la corrección que había hecho Mateo. Me moría de ganas de que viera la luz. Íbamos un poco retrasados, cosa que ya nos había hecho saber Patricia. Quería que estuviera lista la corrección antes de que acabara el mes, y para eso quedaban diez días y Mateo en cama. Sabía que, si lo pensaba mucho, me cogerían los nervios al estómago.

\*\*\*

A las cuatro de la tarde me di cuenta de que tenía varias llamadas de Mateo y un par desde el teléfono de su madre. Me asusté.

Después del evento gastronómico de esta mañana, solo a algunos periodistas privilegiados nos permitían asistir a la comida que ofrecían los hermanos Roca y ¿quién se iba a perder una comida de esa categoría? Porque yo no. Hice que Adrián moviera cielo y tierra para que yo pudiera estar en esa comida.

Con la excusa de que necesitaba ir al aseo, salí de la sala y me dirigí fuera para llamar.

—Mateo, ¿va todo bien? Lo siento, han ido surgiendo cosas y no estaba pendiente del teléfono.

—Tranquila, solo queríamos avisarte de que, cuando termines, no vengas para casa, vayas directa al hospital, el médico quiere verme a las siete para hablar de los resultados.

—¿A las siete? Vale, intentaré estar. ¿Estás bien?

—Nervioso e impaciente.

—Tranquilo, cara dulce, va a ir todo bien, lo presiento.

No podía decirle otra cosa, no era justo decirle que iría todo bien sabiendo los antecedentes que había y la incertidumbre con la que nos tenían, pero algo en mí me decía que no era nada grave.

A las cinco, la gente empezó a levantarse y no sabes lo bien que me vino, estaba ansiosa por salir de allí, tenía poco más de una hora de camino, eso sin contar el tráfico que me podía encontrar.

Los hermanos Roca realizaron un último brindis de agradecimiento y, tal y como bajaron la copa, salí casi derrapando del complejo.

Eran las seis y media, Mateo estaba de camino y aproveché para tomarme un cortado descafeinado corto de café de máquina y mirar todas las fotos que había hecho. Un evento espectacular y había conseguido la foto que tanto ansiaba junto a ellos.

Su madre tenía cara de cansada y Mateo estaba pálido. Entramos al hospital y nos derivaron de nuevo a un *box*.

—Enseguida viene el médico —dijo la enfermera.

Apenas tardó diez minutos, pero se nos hicieron eternos.

—Hola, Mateo.

—Hola, doctor.

—¿Cómo estás? —preguntó el doctor.

—Nervioso y, aunque más débil, continuó con molestias.

—Y continuarás con ellas si no empezamos el tratamiento lo antes posible.

—¿Qué tiene, doctor? —preguntó María.

Sin darnos cuenta, las dos dimos un paso hacia delante como si así fuéramos a escuchar mejor lo que nos tenía decir, pero eran los nervios por saber qué le ocurría.

—Bien, para vuestra tranquilidad y porque sé que es lo que estáis esperando, no es cáncer.

Dios, qué puto alivio, me acaba de bajar la comida a los pies. Los tres respiramos aliviados, incluso a Mateo le había vuelto el color.

—¿Entonces, doctor? —preguntó Mateo.

—Tienes una colitis ulcerosa, es una enfermedad inflamatoria intestinal que da úlceras en el colon, mayormente, por eso había sangre en las heces, diarrea, dolor abdominal agudo... A consecuencia de esto, también hemos detectado una anemia aguda. Por lo que te vamos a dejar ingresado un par de días más para iniciar el tratamiento y ver cómo evolucionas.

—¿Qué tipo de tratamiento? —preguntó.

—Vamos a empezar por una colonoscopia. Antiinflamatorio, inmunoterapia, corticoide... según vayamos viendo. En el peor de los casos, si no respondieras bien, recurriríamos a la cirugía, pero, como he dicho, en el peor de los casos. Para la anemia, hierro. Voy a ponerlo todo en marcha y te veo en un rato.

—Gracias, doctor.

María se abrazó a su hijo con los ojos llorosos, no era para menos.

—Gracias a Dios, hijo.

Me acerqué a ellos y me uní a ese abrazo.

—Os dejo un rato solos, voy a llamar a tu hermana.

Nos volvimos abrazar, aliviados.

—Te quiero, Violeta, gracias por permanecer a mi lado también en las malas.

—No digas tonterías, eres mi chico, claro que voy a estar. Siempre.

# Epílogo



Faltaban tres días para cumplir el plazo de entrega de la corrección. Mateo ya estaba al noventa por ciento y el tiempo jugaba en nuestra contra.

Hoy y mañana habíamos acordado no vernos para evitar distracciones, debíamos cumplir con lo pactado. Estaba muy impaciente por dar el siguiente paso.

Un día antes de que acabara el mes, Patricia tenía sobre su mesa la novela corregida y a mis dedos ya no les quedaban uñas por morder.

Ahora debía revisarla y, si nos daba su visto bueno, la novela pasaba a maquetación. ¡Madre mía! Cada vez la tenía más cerca.

## **Correo de Patricia para mí, con copia a Mateo:**

*Buenos días a los dos:*

*Primero de todo, daros la enhorabuena, habéis formado un equipo magnífico y eso me enorgullece como jefa.*

*Yo estoy de acuerdo con la corrección así que, si no consideráis necesario realizar ningún cambio, envío la novela a maquetación junto con las ilustraciones que adjunta Mateo y las indicaciones de Violeta. ¿Estáis de acuerdo?*

*Espero vuestras respuestas.*

*Un abrazo.*

## **Mi respuesta (de forma inmediata):**

*Hola, Patricia:*

*Gracias por los halagos, Mateo es un profesional y ha hecho muy fácil el proceso.*

*Por mi parte, no considero necesario realizar más cambios, estoy satisfecha con el resultado.*

*Muchas gracias por todo.*

**Respuesta de Mateo (cinco minutos después y bajo mi presión):**

*Hola, Patricia:*

*Gracias por tus palabras. Si la escritora está conforme, adelante con el siguiente paso.*

*Muchas gracias.*

*Nos vemos mañana en la reunión semanal.*

**Respuesta de Patricia:**

*Perfecto.*

*Reenvío la novela para maquetación, este proceso tardará unos siete días. Violeta, se pondrán en contacto contigo para que revises que sea de tu agrado. Espero que sí.*

*Hasta mañana.*

Esa noche salimos a celebrar el buen equipo que formamos y el siguiente paso de mi novela.

Y, como no podía ser de otra manera, fuimos al restaurante donde tuvimos nuestra primera cita.

Esa misma noche cumplíamos meses juntos, por lo que aún era más especial. No habían sido unos meses fáciles por las constantes amenazas de su hermana hacia mi persona, que nos llevaron a la ruptura. Gracias a Dios lleva un tiempo tranquila, tampoco nos hemos vuelto a ver desde el percance en el hospital, ni ganas. Tampoco he recibido ningún mensaje envenenado por su parte. Por ahora. La enfermedad de Mateo, gracias al tratamiento y la dieta,

está mucho mejor y no ha vuelto a tener una recaída. Y que siga así.

***La paz no reina en ningún palacio, pero la unión hace la fuerza.***



***Seis semanas después...***

—Buenas tardes. ¿Es usted la señorita Violeta? —preguntaba un mensajero en la puerta de mi casa.

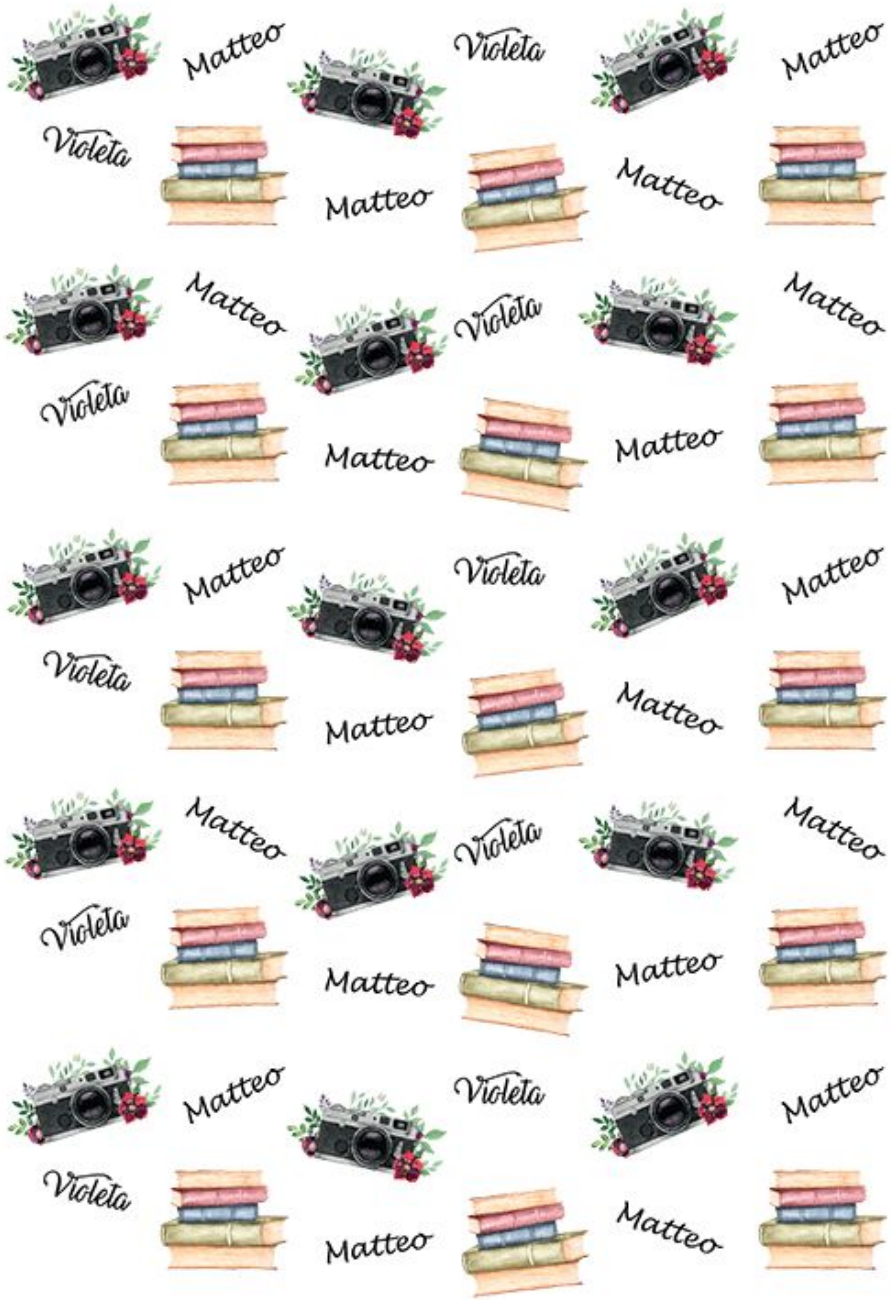
—Sí, soy yo —contesté.

—Pues este paquete es para usted. Si me firma aquí, por favor.

—Claro que sí. Muchas gracias —contesté.

Cerré la puerta. Era una caja pesada. En ese momento, no caía en la cuenta de qué podía ser, hasta que la abrí.

Y allí estaban. Mis libros. Mi primera novela. Me quedé sentada sobre mis rodillas, con las manos tapando mi boca de asombro, mis ojos los observaban emocionados. Desprendían un olor... que solo quién tiene un libro en sus manos sabría describir.



# Índice

BIOGRAFÍA

PRÓLOGO

1.¿Quién es Violeta?

2.Proyectos...

3.Adrián

4.La reunión

5.Mateo

6.El contrato

7.Mateo

8.Mariposas en el estómago

9.De nuevo en la editorial

10.¡Una cerveza, porfavor!

11.Las siguientes semanas...

12.El turno de su familia

13.Mateo

14.Vino y comida china

15.La conversación

16.Un mensaje envenenado

17....

18.Mateo

19.Oly

20.La unión hace la fuerza

21.Sin consuelo

22.Aire... ¿fresco?

23.O todo o nada

24.Mateo

25.Cuando sobran las palabras

26. Buenos días...

27. Nuestro primer viaje juntos con dardo envenado

28. Cuatro días en el paraíso

29. Una de cal y otra de arena

30. Prueba tras prueba, hora tras hora

31. Nada concluyente

32. Mateo

33. La espera desespera

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

# AGRADECIMIENTOS



Gracias a todos los que habéis confiado en mí y me habéis animado a que siga escribiendo.

- Gracias a mi Ita, @martacampos, por haberme dejado utilizar su imagen como Violeta.
- A mis lectoras «0», Andrea y Patricia.
- A Nerea, de @imagina\_design, por la portada.
- A @romeoediciones por la corrección, la maquetación, las imágenes 3D y la impresión de los ejemplares.
- A todos los que habéis reseñado mis novelas durante todo este tiempo, que habéis sido muchos: @springandbooks, @huracanlector, @dreamsofmon, @pasosperdidos, @ijustcantstopreading, @betajulieta, @librosentrenubes, @purrybooks, @littleparadisebooks, @pippi\_calzas, @aunlibrodeti, @sonando\_con\_libros\_, @lecturitatis, @aunoslibrosdedistancia, @beautifuldreamsofworld, @encantadoradelibros, @aunoslibrosdedistancia, @bohemiaanbooks97, @doceminutosmas,

@elcajondemislibros. Entrevista en: @nuestranube y @dreamsofmon. A las menciones en: @paginasindependientes. Lo siento si me dejo a gente.

- A Lina, de la biblioteca de Sant Adrià de Besòs, por darme la oportunidad de poder estar en Sant Jordi 2019 y de tener en sus estanterías mis dos primeras novelas: *Sofía en Londres* e *¿Y tú de dónde sales?*

- Pero, sobre todo, a mi familia por estar y apoyarme una vez más en esta, mi aventura.

Millones de gracias a todos.  
Nos leemos.

# BIOGRAFÍA



Estefanía Gea, nació en Barcelona en 1986.  
Es amante de los animales, del chocolate y de las series.  
Seguidora del Motociclismo.  
Escribir le ayuda a desconectar y leer a soñar.  
Esta es su tercera novela publicada.  
Tiene dos más, la bilogía: Sofía en Londres e ¿Y tú de dónde sales?  
Es puro nervio, generosa y creativa.  
Nunca pilla un chiste.  
Su mayor aventura es su hijo, Hugo.  
Su frase: siempre sonriendo.



Puedes seguirme en mis redes sociales



[Estefania Gea](#)



[@estefaniagea](#)